MARTA FLORES

La mentira que cambió mi vida



MARTA FLORES

La mentira que cambió mi vida

Primera edición.
La mentira que cambió mi vida
©Marta Flores
©junio, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo.

Capítulo 1



El aroma a mantequilla, vainilla y pan recién horneado fue lo primero que me llegó aquella mañana al abrir los ojos. Sonreí incluso antes de desperezarme.

Había personas que se despertaban con alarmas estridentes o maldiciendo porque no les gustaba madrugar. Yo llevaba toda la vida despertando con el olor de la pastelería de mi padre subiendo hasta mi habitación, colándose por debajo de la puerta como si fuera un abrazo.

Y no sabía entonces cuánto iba a echar de menos algo tan simple.

Me incorporé lentamente y miré el reloj de la mesilla. Mierda, llegaba tarde. Otra vez.

—*Joder…* —murmuré, apartándome el pelo de la cara con las dos manos mientras salía de la cama a toda prisa.

A la carrera, entré en el baño, me lavé la cara y las manos a toda prisa. Me cepillé el pelo con energía y con una goma me hice una coleta alta. Me gustaba más llevar una trenza, pero con las prisas que iba, ese día con la coleta iba más que apañada.

Me puse unos vaqueros, una sudadera gruesa y unas zapatillas de deporte rosas antes de bajar las escaleras casi corriendo.

La casa en la que vivíamos estaba encima de la pastelería que llevaba mi padre.

Bueno, no era una casa propiamente dicha, sino más bien un apartamento bastante pequeño, pero para dos personas más que suficiente.

Tenía dos habitaciones, un baño y una cocina abierta al salón. Todo pequeño. Pero eso sí, limpio, recogido y decorado con un estilo único que nosotros nos habíamos encargado de hacer; nada combinaba, pero todo lo hacía al mismo tiempo.

No era nuestra en propiedad, era de alquiler, pero con los años que llevábamos allí viviendo, la sentíamos nuestra igual.

En cuanto llegué abajo, el calor del obrador me envolvió por completo.

La pastelería Moreau, nombre que llevaba por el apellido de mi padre y el mío también, claro, aún estaba cerrada al público, pero el obrador ya llevaba horas en funcionamiento. Como siempre.

Mi padre estaba de espaldas a mí, colocando *éclairs* de chocolate en una bandeja metálica mientras tarareaba una canción antigua francesa que llevaba escuchándole cantar desde que era una niña.

Sonreí. Porque esa escena que tenía delante no era rutina, era algo mejor. Era hogar.

Siempre que mi padre estaba cerca o pensaba en él, la sonrisa me salía sola. Era el mejor padre y mejor persona que cualquiera pudiera conocer, y no, no era amor de hija, era la pura verdad.

—Buenos días, chef.

Le saludé de esa manera, con las mismas palabras que le decía, creo que desde que empecé a hablar.

Mi padre, Henry, giró la cabeza y me dedicó una sonrisa cansada, pero para mí la más bonita del mundo.

—Buenos días, dulcecito.

Me acerqué a darle un beso en la mejilla y él aprovechó para llenarme la nariz de harina con los dedos.

—¡Papá!

Se echó a reír.

—Así estás más guapa.

—Entonces a ti deberíamos meterte en el saco directamente.

Mentira y bien gorda.

Mi padre, a sus cuarenta y cinco años, estaba de muy buen ver y, al menos para mí, era el hombre más guapo del mundo.

Y no era la única que lo pensaba, porque algunas clientas le echaban unas miraditas que podían subir la temperatura de la pastelería más de lo que lo hacía el horno cuando estaba a toda mecha horneando alguna delicia.

Mi padre tenía el pelo castaño claro y unos ojos grises que llamaban la atención, y las largas horas que pasaba amansando hacían parte de su trabajo en su cuerpo, ya que no le sobraba ni una gota de grasa.

Nos parecíamos físicamente, o eso decía la gente. Con la diferencia de que yo tenía el pelo rubio con reflejos dorados, igual que lo tenía mi madre.

Pero en lo demás era igual que él: mismos ojos grandes y grises con largas pestañas, mismos rasgos y misma sonrisa.

Y en el físico yo lo trabajaba tanto como él, pero la genética por parte de mi madre había sido generosa conmigo y había heredado sus curvas. Todas donde debían estar y un pecho generoso, sin ser exagerado.

Así que estaba contenta con lo que me había tocado.

—Oye, un respeto a tu anciano padre.

Puse los ojos en blanco mientras cogía uno de los profiteroles recién hechos de la bandeja.

—¿Qué delicias has preparado hoy?

—Tarta de limón, milhojas, croissants, *macarons* y los bollos de canela que tanto le gustan a la señora Bernard.

Señaló otra bandeja.

—Y aún me quedan esas dos tartas de cumpleaños por decorar.

—Has dormido cuatro horas, ¿verdad?

—Cinco, creo.

Negué con la cabeza.

Era una bobada discutir con él, porque por más que le dijera que tenía que descansar, que tenía que dormir más, que tenía que vivir un poco más, nunca me hacía caso.

—Algún día te vas a caer dormido encima de una masa y te quedarás pegado a la mesa.

—Moriría feliz.

Le sonreí mientras daba un mordisco al profiterol y, de repente y sin que lo viéramos venir, ocurrió el desastre.

Al ir a coger la manga pastelera, esta se le resbaló de las manos y cayó al suelo. Los dos a la vez miramos la que se había liado con la crema pastelera, que estaba toda extendida por los azulejos.

Mi padre suspiró.

—Hoy me he levantado más torpe de lo normal.

Se agachó para recogerla, pero fui más rápida.

—Déjalo, ya lo limpio yo.

—No hace falta.

—Sí hace falta; además, llego tarde igualmente.

Soltó una pequeña risa mientras negaba con la cabeza.

—No cambiarás nunca, siempre vas con prisas.

Le observé un segundo mientras limpiaba el suelo y me quedé pensativa y preocupada al mismo tiempo.

Parecía cansado, mucho, pero mi padre siempre estaba cansado; el ritmo de una pastelería y los madrugones que se pegaba eran para estarlo.

Llevaba trabajando en nuestra pastelería desde antes de que yo naciera. Fue el sueño que tuvieron él y mi madre. Después de casarse, se arriesgaron y alquilaron el apartamento con el local abajo e invirtieron todos sus ahorros en material, decoración e ingredientes de todas las clases.

Les fue muy bien los tres años antes de que yo naciera.

Pero cuando yo nací, ese mismo día mi madre murió dándome a luz, y todo el peso de la pastelería recayó sobre él, además de tener que cuidarme a mí, sin ayuda de nadie más, ya que ninguno de los dos tenía ya familia viva.

Nunca rehízo su vida. Nunca había llevado a una mujer a casa. Nunca dejó de querer a mi madre. Y, aun así, con todo el peso de llevar la pastelería solo y cuidarme, recayó sobre sus hombros.

Nunca permitió que me faltara amor o atención; siempre estaba para mí. Como tampoco me faltaron dulces. Ni abrazos. Ni tampoco momentos juntos como los domingos viendo películas antiguas mientras decorábamos galletas, por ejemplo.

Nada, nunca permitió que me faltara de nada.

Yo había crecido entre sacos de harina, bandejas calientes, aromas deliciosos y nata montada.

Mi infancia olía a azúcar glas, a canela y a dulce, siempre a dulce.

—¿En qué piensas?

Parpadeé.

—En nada.

Mentira. Pensaba en lo mucho que quería tener esa misma vida, la misma que él tenía, agotadora, sí, pero feliz. Aunque a veces me sintiera un poco atrapada en ella.

Cogí mi mochila y me acerqué a la cafetera.

—¿Quieres café?

—Ya voy por el tercero.

—Eso explica muchas cosas. Como que al moverte parece que hay dos padres.

Preparé dos tazas de todas formas y los dos nos apoyamos unos minutos en la encimera del obrador a beberlo.

Eran momentos normales, momentos sencillos, pero eran nuestros. Los mejores momentos, sin duda.

Momentos que en aquel entonces no sabía lo mucho que los echaría de menos y que acabarían convirtiéndose solo en recuerdos.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer el año que viene? El curso está a punto de terminar.

Le miré por encima de la taza.

—¿Por qué preguntas lo que ya sabes?

—Porque me gusta escucharlo.

Sonreí.

—Quiero estudiar repostería en Lyon.

Sus ojos brillaron con orgullo y con cariño también. Los míos lo hicieron un poquito menos.

Era mi sueño y lo que quería hacer. Pero tenía dentro ese come come por tener que irme a dos horas de distancia de casa. Que podía ir y volver todos los días, eso estaba claro, pero sería un palizón.

Por suerte, ya me habían comunicado en el instituto que, por mis excelentes notas, al año siguiente tendría una beca completa para estudiar donde quisiera.

Así que los planes eran irme a Lyon de lunes a viernes, a una residencia de estudiantes, y volver a casa los viernes por la tarde hasta el domingo a última hora, cuando regresaría allí para comenzar otra semana.

Eran tres años de formación y de sacrificios, pero estaba segura de que valdría la pena.

—Vas a ser mejor pastelera que yo.

—Eso es imposible.

—No lo es, tú tienes más talento.

—Y tú, más paciencia.

—Eso se practica respirando y contando hasta diez.

Negué con la cabeza riéndome.

—Eres mi padre; con respecto a mí, no eres objetivo.

—Bobadas, no hace falta ser objetivo, solo hace falta verte.

Mi corazón se calentó, porque nadie me miraba como él lo hacía. Como si yo pudiera conseguir cualquier cosa en el mundo, como si no pudiera fallar en nada. Pero yo eso no terminaba de creérmelo.

Levanté la mirada y miré el reloj que tenía más de mil años, que colgaba torcido en la pared del fondo, pero que, oye, funcionaba a las mil maravillas, y pegué un pequeño salto.

—¡Papá!

—¿Qué?

—Voy tardísimo.

—Eso te pasa por estar aquí de palique con tu viejo padre —dijo riéndose.

Cogí la mochila, de un solo movimiento me la colgué a la espalda y salí disparada hacia la puerta.

—¡Nos vemos luego!

—¡Alma!

Giré la cabeza por encima del hombro y vi que mi padre seguía apoyado en la encimera con la taza en la mano, mirándome con cariño y sonriéndome.

—Te quiero, pequeña mía.

Y aunque me diera vergüenza admitirlo y mucho menos decirlo en voz alta, esas palabras seguían haciéndome sentir segura, sin importar el tiempo que pasara o lo mayor que me hiciera.

Era como si al lado de mi padre nada pudiera pasarme, como si todos los males del mundo quedaran en un segundo plano, como si, porque él estuviera ahí, ya no pudiera rozarme ni el aire.

—Yo también te quiero, papá.

Capítulo 2



Salí de la pastelería hacia las calles de Annecy envuelta en el frío de la mañana; a esas horas siempre refrescaba.

Me encantaba nuestro pueblo. Era nuestro pequeño rincón del mundo digno de una foto para una postal. Las calles empedradas siempre olían a pan recién hecho, a las flores de los jardines y al agua dulce del lago que descansaba tranquilo en medio del pueblo.

Las fachadas eran de colores, los balcones siempre estaban llenos de flores y los canales que atravesaban el casco antiguo hacían que todo tuviera un aire mágico, incluso en los días que llovía o el cielo estaba muy gris.

En invierno, las montañas nevadas rodeaban el pueblo como si nos aislaran del resto del mundo, como si fueran un muro de contención.

La gente sonreía y se saludaba al cruzarse por la calle; los que teníamos negocios nos conocíamos casi todos por nuestros nombres, al igual que los vecinos que vivían cerca.

Yo había nacido allí, había crecido allí y durante mucho tiempo pensé que jamás existiría otro lugar capaz de hacerme sentir en casa, que no podría haber otro sitio que fuera mi lugar; qué equivocada estaba.

Levanté la cabeza mientras recorría el mismo camino de todos los días para ir a clase.

El instituto estaba apenas a diez minutos de mi casa y aun así en ese corto camino me daba tiempo a ver muchas cosas.

A la gente que caminaba deprisa. Unos iban a sus trabajos, otros a llevar a sus hijos al colegio y otros simplemente caminaban así por rutina o por placer.

Las bicicletas pasaban a mi lado, esquivándome o yo a ellas; nunca lo había tenido claro.

En esos momentos, el ruido de la mañana, de la gente, de los coches y de los niños que reían de camino al cole era lo que más se escuchaba; ese ruido era el de la vida.

Dejé de mirar a la gente y centré la mirada al frente. Ya había llegado.

Había llegado al lugar en el que era invisible, o al menos así me sentía yo, o me hacían sentir los demás, porque me consideraban la rara.

Nunca fui como las demás chicas; ellas solo hablaban de fiestas, de chicos, de viajes y de qué trapo nuevo querían comprarse. Yo hablaba de recetas, de mezclas nuevas y de cómo montar las claras sin que se bajaran a los tres segundos. Ese era mi lenguaje.

Mientras ellas salían los viernes por la noche, yo ayudaba a mi padre en la pastelería hasta la hora de cerrar y después seguíamos para quedar preparadas masas que debían fermentar unas cuantas horas.

No las culpaba por apartarme un poco, ni por mirarme o decirme que era rara. Porque no lo era, solo era… distinta y eso no era malo. Por eso no les hacía caso y yo siempre iba a lo mío.

Apreté la mochila contra mi hombro mientras cruzaba la puerta del instituto; nada más entrar, allí estaba lo mismo de siempre.

Risas escandalosas. Empujones de los chicos entre ellos, como si fueran gallos de pelea. Algún beso furtivo, otros no tanto. Chicos y chicas cargados de libros, que algunos ni siquiera habían abierto en todo el curso.

La mañana se pasó como otra más de tantas. Tomando apuntes, escuchando comentarios y preguntas absurdas que algunos hacían simplemente para hacerse los graciosos. Y miradas de reojo acompañadas de algún que otro comentario malicioso, con los que pretendían que saltara, me alterara o reaccionara para tener un entretenimiento extra.

¿Lo conseguían? Ni de coña. Yo pasaba de todo eso.

Yo iba allí, hacía lo que tenía que hacer, no me metía con nadie, apenas hablaba con nadie y cuando llegaba la hora me marchaba a casa.

A casa. A mi sitio seguro, con mi padre, sus recetas y el olor a dulce que era para mí como el aire para el resto de las personas, necesario.

Llegué a casa y, nada más entrar, el olor a chocolate fundido me golpeó en la cara, haciéndome salivar. De todos los sabores del mundo, ese era mi favorito.

Saludé a mi padre con la mano y él me devolvió el saludo con un asentimiento de cabeza y una sonrisa mientras envolvía una de las tartas de cumpleaños que tenía encargadas para ese día.

Dejé la mochila encima de la cama en mi habitación y me fui directamente a la cocina a calentar la comida para que, cuando mi padre subiera en unos minutos, pudiéramos sentarnos a comer.

Cuando por fin se sentó frente a mí en la mesa, suspiró cansado.

—¿Qué tal el instituto?

Me encogí de hombros.

—Como siempre.

Él me observó unos segundos antes de señalarme con el tenedor.

—Tienes que hacer algo más aparte de estar aquí conmigo en la pastelería.

—Papá… —Me quejé.

—Lo digo en serio, Alma, necesitas amigas, salir y vivir un poco.

Bajé la vista al plato.

—No he encontrado a nadie con quien encajar.

—¿Y esa chica con la que hablas?

Automáticamente sonreí. Y él también lo hizo al darse cuenta.

—Camille.

—Esa misma.

—Hablaré con ella luego.

—Pues dale saludos de mi parte.

—Lo haré.

La comida continuó mientras hablábamos de recetas, nuestro tema favorito, de Camille y de nuestros planes para el curso siguiente.

Había conocido a Camille a través de un chat de amistad en el que me metí un domingo lluvioso porque estaba aburrida; por hacer algo diferente, me dije.

Pues en ese gesto espontáneo por mi parte, encontré por primera vez en mi vida a la que ya consideraba una amiga.

Camille sí encajaba conmigo. Y yo con ella. Nos entendíamos. Y muy bien, por cierto, y la razón era porque a ella le gustaba tanto cocinar como a mí hornear.

Lo suyo eran los platos principales y lo mío los postres y los dulces, por eso hacíamos el equipo perfecto.

Camille era de Lyon, donde yo iría a estudiar el próximo curso y por fin nos conoceríamos en persona después de tantos meses hablando. Ella estudiaría cocina y yo repostería en el mismo sitio, así que pasaríamos mucho tiempo juntas.

Cuando terminamos de comer, prácticamente obligué a mi padre a tumbarse en la cama para que descansara un poco antes de que llegara la hora en la que volvería a abrir un par de horas la pastelería por la tarde.

Recogí la mesa, fregué todo lo que habíamos utilizado comiendo y me senté en el sofá con el portátil sobre las piernas.

Abrí el chat y la sonrisa me salió sola. Camille estaba conectada.

Seguramente esperándome, ya que era la hora en la que solíamos hablar casi todos los días un ratito. Hasta que ella tuviera que irse a ayudar a su madre en el restaurante familiar que tenían, para preparar cosas que tenían que estar hechas o reposando para el servicio de cenas.

Camille: *Hola, dulcecito, pensé que hoy te habías fugado con un pastelero sexy.*

Alma: *Hola, cabra loca. Mi vida no es tan interesante.*

Sonreí.

Alma: *¿Qué tal tu madre?*

Se lo preguntaba porque su madre había estado bastante acatarrada y gruñona porque en dos días no había podido ir al restaurante. Según Camille, para ella eso era como si el apocalipsis las amenazara con llegar. Ya que, si su madre no estaba, nadie daba pie con bola allí.

Mentira. Porque, por lo que me había dicho Camille, la gente que trabajaba en el restaurante bajo las órdenes de su madre era de lo más profesional.

Pero su madre también era una profesional. Pero del drama.

Camille: *Está bien ya, y menos mal, porque estaba a punto de pedir la emancipación.*

La carcajada me salió sola, porque no la estaba viendo, pero me la podía imaginar poniendo los ojos en blanco.

Alma: *Está claro que el dramatismo también se hereda.*

Camille: *Te juro que no es dramatismo, son planes de supervivencia. Nos ha vuelto locos a todos los dos días que no ha ido al restaurante.*

Alma: *¿Entonces hoy ha vuelto?*

Camille: *Sí, y menos mal que por la mañana no he estado allí; ahora, cuando vaya, ya estará más relajada. Habrá sido como si entrara un huracán por la puerta.*

Alma: *Exagerada.*

Camille: *Alma, que me ha escrito una de las camareras y me ha dicho si podía acercarme a llevarle un Valium o una caja.*

Otra carcajada.

Su madre era intensa, eso lo sabía, pero Camille era exagerada y dramática hasta el infinito.

Alma: *Vale, retiro lo dicho.*

Seguimos hablando un rato hasta que una notificación privada apareció en la esquina de la pantalla. Fruncí el ceño.

Alma: *Espera un segundo.*

Camille: *¿Qué pasa?*

Alma: *Acaba de escribirme un chico que no conozco de nada.*

Camille: *¿UN CHICO?*

Alma: *No grites.*

Camille: *Mira la foto y enséñamela ahora mismo.*

Abrí el perfil y poco más, y se me cae el portátil de las piernas.

El hombre, porque era un hombre, no un chico, era impresionante.

Llevaba sombrero vaquero, una camisa remangada y estaba apoyado en una valla blanca con los brazos cruzados. Detrás de él se veía un paisaje enorme y montañoso. Parecía sacado de una película del oeste.

Capturé la foto y se la mandé a Camille. Tardó exactamente dos segundos en contestarme.

Camille: *MADRE DE DIOS.*

Esa expresión se quedaba corta, os lo aseguro, porque era para sacar un abanico y darse aire mientras lo mirabas para no morir por un golpe de calor.

Alma: *Seguro que se ha confundido. ¿A qué tono va a escribirme a mí un hombre así?*

Camille: *Ese hombre no parece de los que se confunden.*

Alma: *Camille, venga ya.*

Camille: *Pregúntale si se ha equivocado.*

Me mordisqueé el labio inferior. Era una manía que tenía; siempre hacía eso cuando estaba nerviosa o preocupada.

Camille: *Vamos, hazlo.*

Alma: *Me da muchísima vergüenza.*

Camille: *Qué vergüenza, ni vergüenza, Alma, que solo es preguntar si se ha equivocado, no si quiere casarse contigo, joder.*

Alma: *Odio que tengas razón.*

Camille: *Lo sé, soy la reina de la razón; en un 99.99% siempre la tengo.*

No pude evitar echarme a reír. Mi amiga era única, tenía cada cosa que era para morirse con ella.

Antes de que pudiera contestarle nada, volvió a escribirme.

Camille: *Alma, tengo que irme ya, si no la reina del drama es capaz de desheredarme si no llego a tiempo para cortar pimientos.*

Alma: *Mucha suerte.*

Camille: *Y tú, mucha suerte con tu vaquero. Mañana quiero un informe completo de lo que habléis.*

Alma: *No es mi vaquero.*

Camille: *Todavía.*

La pantalla se quedó vacía cuando se desconectó y yo me quedé mirando la burbuja del mensaje privado del vaquero durante casi un minuto entero.

Dejé el portátil sobre la mesa y me levanté a por una botella de agua; en lo que iba y venía, pensaría en si le escribía o no.

Capítulo 3



Volví al salón con la botella de agua en la mano y volví a sentarme en el sofá después de ponerla cerca encima de la mesa para tenerla al alcance.

Cogí el portátil, volví a ponérmelo en las piernas y volví a quedarme unos segundos más mirando la burbuja del mensaje.

—*Venga, Alma, que solo es preguntar si se ha equivocado. Lo mismo el chico está esperando que le conteste la persona a la que de verdad ha querido escribir y le estás fastidiando* —dije en voz alta dándome ánimos.

Lo pensé. Un segundo más, dos.

—*Vamos allá y que sea lo que Dios quiera.*

Respiré hondo y pinché en la burbuja del mensaje para abrir la conversación.

Alma: *Perdona, pero creo que te has equivocado de persona y este mensaje no era para mí.*

Tragué saliva al ver cómo en la pantalla salían los puntos suspensivos que indicaban que estaba escribiendo.

Vaquero: *No me he equivocado, era para ti.*

Cogí corriendo la botella de agua y di un trago largo; joder, había intentado volver a tragar saliva y no pude.

Alma: *Ah, ¿sí?*

Vaquero: *Sí, he visto tu foto y me has llamado mucho la atención. Me gustaría mucho conocerte.*

Noté el calor subir por mis mejillas.

¿Conocerme a mí? ¿Un hombre como él? ¿Por qué?

Esas y unas cuantas preguntas más se me pasaron por la cabeza en décimas de segundo.

Dudé. Dudé durante un par de minutos, pero después me dije: "¿Y por qué no?". Si no me gusta por dónde van las cosas, con bloquearle es suficiente.

Le devolví un mensaje de vuelta diciéndole que vale.

La siguiente hora hablamos de cosas muy simples. Cosas de las que suelen hablar dos personas que se conocen por primera vez.

Lo primero fue presentarnos. Travis Hunter. Hasta el nombre lo tenía de vaquero total; me encantó.

Después de nuestras edades. Él se sorprendió un poco cuando le dije que me quedaba un mes para cumplir los dieciocho. Pero más me sorprendí yo cuando él me dijo que tenía veinticinco.

Siete años de diferencia. Y aun así no le importó esa diferencia de edad, de siete años, porque quiso seguir hablando conmigo.

Lo siguiente fue hablar de dónde éramos. Yo le hablé de Annecy y de lo bonita que era; le dije que para mí era el mejor lugar del mundo.

Ahí discrepó riéndose porque dijo que el mejor lugar era sin duda su rancho. Rancho que estaba en Bozeman, en el estado de Montana.

Mientras me hablaba de cómo era el rancho, que según me dijo era uno de los más grandes de la zona y más productivo, teniendo a muchísimos trabajadores a su cargo desde que él se hizo cargo al morir su padre, miré a cuánta distancia estábamos.

Nos separaban más de ocho mil kilómetros. Casi nada para que un día pudiéramos conocernos.

Bueno, eso fue un pensamiento fugaz que se me pasó por la cabeza, porque era totalmente imposible que eso pasase.

Incluso mientras hablábamos, pensé que Travis ese día estaba aburrido o no tenía trabajo y, al entrar en el chat, me eligió el azar para charlar un rato y que ahí se quedaría la cosa.

Seguimos hablando y él me contó lo que hacía en el rancho.

Era un rancho de ganado, donde, según me dijo, tenían miles de reses y él, montado a caballo, iba con el resto de los trabajadores, no siempre, claro, a controlar y arrear a todos los animales.

También tenía otras tareas, ya que, como era el jefe, se encargaba de controlar todo para que las cosas funcionaran a la perfección.

Yo le hablé de la pastelería, de mi padre, de mi sueño y de mis planes de estudiar repostería el curso siguiente.

A cada minuto que pasaba, más a gusto me encontraba hablando con él. Tenía esa sensación rara que te pasa con algunas personas que acabas de conocer y parece que hace años que las conoces por lo a gusto que te sientes y lo fácil que resulta la conversación.

Y es que fue una conversación natural, fácil y muy entretenida.

En ningún momento ninguno nos quedamos sin saber qué decir y eso me gustó y me asustó al mismo tiempo. Porque esa conexión no se suele encontrar con todo el mundo, o al menos a mí no me pasaba. Aparte de con Camille y mi padre, Travis era la única persona con la que me había sentido a gusto hablando, pero de verdad.

Travis: *Me reclaman; en los campos, hay algún problema con una de las reses.*

Alma: *Pues ve, espero que no sea nada y todo se quede en un susto.*

Travis: *Eso espero yo también, pero aquí estoy con tantos animales; suele ser rutina.*

Alma: *Yo me voy al obrador a ayudar a mi padre.*

Travis: *Alma.*

Alma: *¿Sí?*

Travis: *Que me ha encantado hablar contigo.*

Alma: *A mí también.*

Travis: *¿Te gustaría que siguiéramos conociéndonos?*

La leche, pues, no había sido solo un rato que estaba aburrido; de verdad parecía que quería seguir conociéndome y repetir el rato de charla.

Ni siquiera me lo pensé, porque de verdad me había sentido muy a gusto hablando con él.

Alma: *Claro, a mí también me gustaría hablar otro día contigo.*

Travis: *Pues cuando pueda, me paso otro rato por aquí y hablamos.*

Alma: *Bien, por aquí nos vemos.*

Travis: *Un beso, macaron, y que lo pases bien haciendo dulces.*

Cuando leí cómo me había llamado, la sonrisa me salió sola; que se refiriera a mí así me tocó algo por dentro, porque eso significaba que había estado pendiente de toda la conversación.

Y que se había dado cuenta, aunque lo dije muy de pasada, de que era mi dulce favorito.

Alma: *Un beso vaquero, que el problema se solucione pronto.*

Así nos despedimos. Cerré el portátil y suspiré.

—*Travis…*

Pronunciar su nombre en alto hizo que algo desconocido para mí me recorriera el cuerpo por dentro.

Podría ser la novedad, la atracción que había sentido por un hombre tan guapo, porque guapo era un rato; eso no lo podía negar nadie que lo viera. O también podía ser que, por primera vez, alguien del sexo opuesto que no fuera mi padre había mostrado un poco de interés en mí.

—*Ya veremos cómo van las cosas; lo mismo ni vuelve a hablarte Alma, así que no te hagas ilusiones* —me dije a mí misma.

Decidí dejar de pensar en Travis o al menos lo intenté y me bajé al obrador a preparar cosas con mi padre, que se había levantado justo cuando llevaba el portátil a mi habitación.

Entre masa y masa y entre azúcar, harina, canela y chocolate, Travis no dejaba de colarse en mis pensamientos.

—Niña, ¿qué te pasa? Estás muy pensativa.

No pude evitarlo y ante la pregunta de mi padre me ruboricé.

—Bueno, bueno, bueno, ese color rojo de tus mofletes no es por el calor del horno; ese color tiene nombre de chico.

Mierda…

Que mi padre me conociera tan bien y que supiera todas mis reacciones no me ayudó nada en ese momento, porque no tenía pensado contarle nada de momento.

No sabía cómo podría reaccionar con lo protector que era conmigo si sabía que había estado chateando con un chico tan mayor, con un hombre al lado mío.

Que sí, que la diferencia de edad tampoco era tanta, solo siete años, no treinta, pero, aun así, no quería que mi padre se enfadara.

—Papá… —dije en voz baja.

—Ni papá ni nada, venga, empieza a largar, que hoy estoy en plan cotilla y quiero saber quién es el culpable de que mi hija haya suspirado tres veces en media hora mientras rellenaba las milhojas.

—No he suspirado tres veces —me quejé.

—No, tienes razón, han sido cuatro.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Bueno, que lo mismo me estoy equivocando y es una chica por la que suspiras. ¿Es Camille?

¿Pero qué decía este hombre? ¿De dónde narices se sacaba él que a mí me gustaban las mujeres?

Que oye, no era nada malo y totalmente respetable; a cada uno puede gustarle lo que quiera. Pero desde luego no era mi caso.

Además, que si hubiera sido así y me hubiera sentido atraída por las chicas, tenía la suficiente confianza para contárselo.

Giré la cabeza para que me viera bien la cara de: "Pero qué dices, hombre de Dios", y él se echó a reír nada más que pilló la indirecta.

—Vale, vale, no es Camille —dijo levantando las manos.

—Ni Camille ni ninguna chica, papá, que no me atraen las mujeres.

—Vale, me ha quedado claro.

—Bien.

—Pero con tu respuesta de "no es Camille ni ninguna chica", me has dicho que es un chico por el que estás así.

La leche, solo me había dicho lo de Camille para que acabara confesando que en verdad había un chico y yo había caído con una pardilla.

—Eres…

—Tu padre, y más viejo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Todo.

—¿Cómo que todo?

—Pues que sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Resoplé y mi padre se echó a reír.

Capítulo 4



Mi padre terminó de batir las claras que estaba montando en silencio, dándome un poco de tiempo antes de volver a la carga. Porque iba a volver; de eso estaba tan segura como de que amanecía todas las mañanas.

Pasaron exactamente cinco minutos. Cinco, antes de que volviera a hablar.

—¿Entonces? —insistió.

Me rendí. Qué remedio me quedaba.

Lo conocía tan bien como él a mí y sabía que no dejaría de insistir; sin agobiar, eso sí, pero lo haría de forma sutil hasta que yo se lo contara, pues el señor Henry no era nada cabezota.

—Se llama Travis —susurré.

—¿Travis? Ese nombre no es muy francés.

Puse los ojos en blanco porque ya sabía de sobra lo que venía a continuación, un interrogatorio que ni el de un policía.

—Porque no lo es.

—Ah… ¿Y dónde lo has conocido? ¿En el instituto?

Me mordí el labio por lo nerviosa que me estaba poniendo y mi padre se dio cuenta enseguida de mi estado.

Dejó la manga pastelera que tenía en la mano apoyada encima de un bol y se giró completamente para prestarme toda su atención.

—Alma, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que no te atreves a contarme? ¿Qué pasa con ese chico?

Mierda…

—No pasa nada, es que…

—Venga, hija, sea lo que sea, dilo sin miedo, no puede ser tan malo.

Suspiré una vez más. Y mientras lo hacía, a mi padre le dio tiempo a preguntar otra cosa que me dejó a cuadros.

—No será un hombre mayor que está casado, ¿no?

—¡¿Qué dices?! Por supuesto que no.

O eso esperaba, porque con veinticinco años que tenía Travis podía estar perfectamente casado, pero no me dio la sensación de ser esa clase de hombre que engaña a su esposa con gente por la red.

Aunque vete tú a saber, porque era verdad que había mucho pirado suelto.

Pero no. Eso no podía ser. No, me repetí a mí misma. Travis no era así.

—Hija, es que tardas tanto en arrancar que ya se me está pasando de todo por la cabeza.

—Es que tiene veinticinco años, papá.

—Anda, coño, ¿y tanto lío por eso?

Ahí sí que ya me quedé helada.

—¿No te parece mayor?

—¿Para ti?

—Hombre, no va a ser para la vecina.

—Pues no, la verdad, yo le sacaba a tu madre seis años. El amor no tiene edad, Alma.

—Pero ¿quién ha hablado de amor? No corras tanto, anda, que solo he hablado con él una vez.

—¿Pero te gusta?

—No le conozco como para que me guste.

—Alma —dijo conteniendo la risa—, no cuela.

—Vale, me ha llamado la atención. ¿Contento?

—Yo estoy contento si tú lo estás.

Asentí emocionada. Joder, pues no me ponía yo tierna cuando me decía cosas como esa ni nada.

—Papá… —Dije, aguantándome las lágrimas.

Vale, que sí que era una llorona sentimental que me emocionaba hasta con los anuncios, pero jolín, no lo podía evitar.

—Venga, Alma, deja las lágrimas de momento fuera de esto y cuéntame algo de Travis, hija, que me tienes en vilo.

—Eres como una vieja cotilla —dije señalándole con el dedo.

—Culpable de todos los cargos, pero habla ya, por Dios.

Solté una carcajada. Esperé un segundo, dos… cinco, y cuando estaba a punto de morderse las uñas, por fin lo solté todo de carrerilla y sin respirar.

—Es de Montana, tiene un rancho; lo he conocido en el mismo chat que a Camille y hemos hablado una hora para conocernos un poco.

Ale, pues ya estaba dicho.

Mi padre me miró alucinado, con los ojos abiertos como platos. Estaba segura de que de todas las cosas que se había imaginado de Travis, ninguna se acercaba a la verdad ni de lejos.

—¿Montana has dicho?

—Sí, concretamente en el pueblo de Bozeman.

—¿Eso está a…?

—Ocho mil kilómetros de aquí —contesté sin dejarlo terminar.

Mi padre volvió a abrir los ojos otra vez sorprendido.

—¿Lo has mirado?

Me encogí de hombros.

—Tenía curiosidad.

Asintió, pero vi que se quedaba con las ganas de decir algo más.

—¿Es un vaquero?

—Sí, de esos con sombrero —dije riéndome.

—Te gusta.

No fue una pregunta, sino que lo afirmó.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—De verdad que no sé si me gusta en el plan que tú dices, solo sé que me ha gustado hablar con él. Y sería una tonta si no reconociera que es guapo, porque lo es.

—Te gusta —insistió.

—Quizá un poco, vale. Pero eso da igual porque, me guste o no, no pasará de una amistad si es que llegamos a tenerla.

—No digas nunca de esta agua no beberé, porque si está en tu destino, ya puedes luchar lo que quieras contra él, que te dará lo mismo; él siempre gana, él manda.

—Papá, es mayor que yo, él tiene ya una vida hecha, seguro que tiene muchas mujeres en su pueblo que se lo rifan, eso sin contar que vive a tomar vientos de aquí.

—Bueno, esas cosas son secundarias.

—¿Cómo van a ser secundarias?

—Lo son, créeme.

—No me vayas a salir otra vez con eso del diablo, que es más viejo y sabe más.

Mi padre se echó a reír con ganas.

—Es, sabe más el diablo por viejo que por diablo. Hija, los refranes no son lo tuyo, te los cargas todos.

Sonreí porque tenía razón; no se me quedaba ni uno y, cuando quería decir uno, lo destrozaba de tal manera que ni se entendía lo que quería decir.

—Bueno, dejemos todas esas cosas de momento aparte. Ahora cuéntame cómo y qué hace el vaquero para haber despertado tanto tu interés.

Miré el reloj antes de empezar a hablar. Quedaban diez minutos para las cinco, que era la hora en la que abríamos otra vez la pastelería hasta las siete; me daría tiempo de sobra para hacerle en esos diez minutos un resumen breve.

Mientras empecé a hablar, comencé al mismo tiempo a colocar los dulces que ya estaban listos para sacarlos a la tienda en sus bandejas correspondientes.

Como ya le había dicho la edad y el nombre de Travis, seguí contándole lo demás que me había contado de su hogar y de su trabajo en su rancho. También le dije lo que yo le había contado de vuelta.

Que le había hablado de él, de la pastelería, de los dulces, de mi sueño y de Annecy.

—Y eso es todo. Ya no hemos hablado de nada más.

Mi padre me miró levantando una ceja.

—¿Y te parece poco?

—¿Cómo poco?

—Alma, sabéis el uno del otro más en una hora hablando de lo que saben otras personas que se conocen desde hace años.

Bueno, yo no diría tanto, o quizá sí. Porque sabía más de él en el rato que habíamos hablado que de cualquiera de mis compañeros de instituto. Como siempre, mi padre volvía a tener razón.

—¿Vais a hablar otro día? ¿En qué habéis quedado?

Se echó a reír al verme ponerme roja otra vez.

—Me ha dicho que le gustaría que nos conociéramos más, que le ha gustado mucho hablar conmigo.

—Vaya, vaya, con el vaquero. Se ha quedado deslumbrado con mi niña.

—Papá, no digas bobadas.

Se encogió de hombros mientras volvía a reír.

—¿Por qué van a ser bobadas? Eres preciosa y una buena chica; cualquier hombre se quedaría deslumbrado contigo.

—Aleee… ¿Cómo se te va, eh, papá? Eso es amor de padre y lo demás, tonterías.

—Quizá, pero no por eso tengo menos razón.

Resoplé.

—Venga, vamos a abrir, anda, que como sigas así, el próximo día que hable con él, si es que hablo, me preguntarás cuándo va a pedir mi mano en matrimonio.

Mi padre estalló en carcajadas y yo con él. Me encantaban esos ratitos con él. Esos ratitos de charla en los que los dos estábamos relajados entre masas, olores y bandejas, totalmente en nuestro elemento, vaya.

Las dos horas que tuvimos abierta la tienda no es que fuera un no parar, pero sí un goteo constante de gente que entró a por todo tipo de dulces o a hacer encargos para los días siguientes.

Mientras mi padre atendía, yo seguía en el obrador; eso algunas veces. En otra cambiamos de sitio y lo hacíamos al revés. Así fue como se nos pasó el tiempo volando.

Media hora después de cerrar y dejar todo preparado para el día siguiente, los dos nos subimos para casa.

Mientras mi padre se duchaba el primero, yo puse una olla con agua a calentar. Esa noche habíamos decidido cenar pasta.

La cena solíamos hacerla entre los dos. Estaba claro que lo nuestro era la repostería, pero en el resto de las cosas en la cocina tampoco nos quedábamos atrás; todo nos quedaba buenísimo o así nos lo parecía a nosotros.

Esa noche, cuando me metí en la cama, pensé en Travis Hunter. Fue inevitable no hacerlo.

Pensé en su sonrisa, esa que se podía apreciar en la foto de perfil que tenía puesta. En su forma de escribir. En lo mucho que me había gustado hablar con él, por lo amigable y respetuoso que había sido.

Y aunque intenté convencerme de que aquello solo podía convertirse en una amistad, una vocecita dentro de mi cabeza susurró algo distinto. Algo peligroso.

Porque había sentido cosas demasiado rápido, cosas que eran nuevas para mí. Pero cosas que sabía lo que eran perfectamente, ya que llevaba años oyendo a mi padre hablar de ellas.

Demasiadas preguntas pasaron por mi cabeza. Todas ellas acompañadas todo el tiempo por la imagen de Travis en la mente, sin que saliera en ningún momento.

Le había dicho a mi padre que era guapo. Pero decir eso era quedarse corta. Era impresionante.

Era rubio. Muy rubio, mucho más que yo, ya que mi pelo tiraba más a dorado y el suyo era más como un rubio platino, pero no de esos feos que se echan para teñirse el pelo. No, era un rubio claro precioso.

Y sus ojos… Madre de mi vida, qué ojos más bonitos. De un azul claro que le hacía parecer un ángel. Sí, como un querubín, esa sería una buena descripción de cómo era.

Con la imagen de sus ojos en la mente me quedé dormida sonriendo.

Capítulo 5



Abrí los ojos esa mañana y me quedé unos segundos mirando la pared que tenía enfrente mientras escuchaba el silencio de la casa.

Un silencio extraño y pesado.

Últimamente me despertaba así casi todos los días. Con un nudo en el pecho.

Suspiré y me levanté despacio. El suelo de baldosas estaba frío bajo mis pies cuando crucé el pasillo para ir al baño.

Di el agua de la ducha para que se fuera templando mientras con desgana me quitaba el pijama corto que tenía puesto. Necesitaba una ducha con urgencia para intentar espabilarme y destensar todos los músculos del cuerpo.

Cuando el agua empezó a caerme por la cabeza, bajando poco a poco por mi cuerpo, suspiré.

Veinte minutos después me fui en albornoz de vuelta a la habitación y saqué del armario ropa cómoda. Un pantalón azul largo, ancho y fino fue la elección para la parte de abajo y una camiseta en color blanco básica para la de la parte de arriba.

Me puse unas deportivas y, medio arrastrando los pies, bajé las escaleras hasta el obrador.

En cuanto entré, el olor a mantequilla, vainilla y azúcar volvió a envolverme como siempre lo hacía. Era el olor de mi vida. El olor de mi hogar. Pero esa mañana ni siquiera eso consiguió tranquilizarme del todo.

Encontré a mi padre sentado detrás del mostrador de la tienda con una libreta entre las manos. Tenía las gafas algo caídas sobre el puente de la nariz y una expresión cansada que ya era rutina en él.

—Buenos días —murmuré acercándome.

Le di un beso en la parte de atrás de la cabeza y él sonrió ligeramente.

—Buenos días, pequeña pastelera.

Sonreí un poco al oírle llamarme así.

—¿Llevas mucho despierto?

—Desde las cinco.

—Papá —dije riñéndole.

—Ya sabes cómo soy.

Sí, lo sabía.

Desde que había empezado el verano tres semanas atrás, apenas descansaba. Y aunque intentaba aparentar normalidad para no preocuparme, cada vez le costaba más esconder que algo no iba bien.

Me acerqué a la cafetera mientras él intentaba levantarse de la silla. El movimiento fue torpe, tanto que tuvo que apoyarse en el mostrador para no perder el equilibrio.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Ves? —solté, girándome hacia él—. Otra vez igual.

Resopló negando con la cabeza.

—Solo me he levantado demasiado rápido.

—No, papá, no es solo eso y lo sabes.

Últimamente se le caían las cosas de las manos cada dos por tres. Arrastraba un poco el pie izquierdo cuando caminaba. A veces le temblaban los dedos al sujetar la manga pastelera. Y otros simplemente parecían agotados, aunque acabaran de levantarse de la cama.

Demasiado agotado y eso me tenía aterrada.

Puse un café para cada uno y me senté frente a él.

—Tienes que ir al médico.

—Alma…

—No, no me cambies de tema otra vez.

Él bajó la mirada a la taza.

—Estoy cansado, nada más.

—Llevas mucho tiempo así, y no es normal.

—Porque trabajo demasiado.

Negué con la cabeza.

—No es normal —repetí.

El silencio se hizo entre los dos. Uno incómodo. Uno que me hizo sentir miedo. Mucho miedo.

Mi padre terminó levantándose despacio y fue hacia el obrador.

—Voy a preparar unas tartaletas antes de abrir.

Lo observé caminar. Ahí estaba otra vez el leve arrastre de pie. La rigidez de los hombros. La forma en que parecía esforzarse en cada movimiento.

Sentí un escalofrío, no por frío, sino por miedo o terror. Porque por primera vez empecé a pensar que quizá aquello era mucho más grave de lo que él quería admitir.

Después de comer subí a mi habitación con el portátil bajo el brazo. Aquella era prácticamente la única parte del día en la que conseguía desconectar un poco.

Hacía tres semanas que habían acabado las clases y desde entonces apenas salía de casa y de la pastelería. Únicamente para hacer la compra en el supermercado y poco más.

Veía a mi padre cada vez más agotado y estaba haciendo todo lo posible por aligerarle la carga de trabajo.

Me senté en la cama, o más bien me dejé hacer y coloqué el portátil sobre mis piernas. Nada más abrir la pantalla, vi varios mensajes de Camille y sonreí.

Camille: *¿Sigues viva o te ha secuestrado el vaquero sexy?*

Solté una pequeña risa mientras me dejaba caer sobre la cama.

Alma: *Muy graciosa.*

Camille: *Eso significa que sí te ha secuestrado.*

Alma: *Ojalá.*

Camille: *ALMA MOREAU QUIERE SER VAQUERA.*

Alma: *Cállate.*

Camille: *Eso jamás explotaría.*

Negué con la cabeza sonriendo mientras seguimos hablando unos minutos. Camille era la única persona con la que sentía que podía ser yo misma. Aunque nunca nos habíamos visto en persona, se había convertido en mi mejor amiga. A la que le contaba todo.

Al principio solo hablábamos de recetas y un poco de nuestros padres.

Ella de su madre, ya que no tenía padre. El muy desgraciado se había largado años atrás con una clienta del restaurante y las había abandonado a ella y a su madre sin mirar atrás y sin decir siquiera adiós. Y desde entonces no habían tenido noticias de él.

Que no querían tampoco.

Y yo le hablaba de mi padre. Le había dicho ya muchos días atrás que estaba preocupada porque no le veía bien, y Camille no dejaba de decirme que siguiera insistiendo para que fuera al médico.

En ello estaba, pero mi padre era un cabezota y más burro que un arado, aunque había tomado la firme decisión de que sería pesada hasta el aburrimiento hasta que le hiciera entrar en razón.

Pero, como decía, las conversaciones entre Camille y yo se habían ido haciendo más extensas y habíamos profundizado más en otras cosas. Y gran parte de la culpa la tenía él. Travis.

Porque desde aquella primera conversación no habíamos dejado de hablar. Cada día. A todas horas. Cuando podíamos. A veces solo unos minutos. Otras durante horas enteras. Y sin darme cuenta se había convertido en una parte importante de mis días y de mi vida.

Tan importante que lo primero que hice al despedirme de Camille fue abrir nuestra conversación.

Desde el primer día que hablé con Travis, lo habíamos hecho en inglés, que fue el idioma en el que él me había escrito. Menos mal que yo me defendía perfectamente en ese idioma.

En el instituto lo estudiábamos, pero no era por eso por lo que yo tenía buen nivel en ese idioma, sino porque siempre me había llamado la atención aprenderlo, y no solo ese, sino otros también. Y a lo largo de los años había hecho varios cursos online.

En las primeras conversaciones le pregunté a Travis si él sabía francés y cuando me dijo riéndose que ni una sola palabra, le dije que no había problema, que seguiríamos con el inglés. Él se defendía así mejor y a mí me venía bien para practicar.

Allí ya tenía un mensaje esperándome de tan solo unos minutos antes. Él ya sabía que solía hablar con mi amiga sobre esas horas y, al saber que estaba conectada, si podía y su trabajo se lo permitía, solía escribirme.

Como acababa de hacer.

Travis: *Buenas tardes, macaron.*

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

Macaron. Todavía no entendía cómo había conseguido que algo tan simple me hiciera sonreír como una idiota.

Alma: *Hola, vaquero.*

Travis: *Pensaba que hoy no aparecerías.*

Miré el reloj y vi que sí, que era más tarde que otros días de la hora en la que solía conectarme. Pero es que ese día teníamos varios encargos de tartas y habíamos subido más tarde a comer.

De ahí el retraso.

Alma: *He estado muy liada en la pastelería.*

Travis: *Entonces el pueblo entero debe oler a azúcar ahora mismo.*

Alma: *Más o menos.*

Travis: *Me gusta imaginarte allí.*

Me mordí el labio.

A veces decía cosas así. Pequeñas frases aparentemente inocentes que conseguían ponerme nerviosa.

Preferí hacer como que no había dicho algo que me había alterado un poquito y cambié de tercio.

Alma: *¿Y tú qué haces?*

Travis: *Acabo de terminar con unos partos.*

Fruncí el ceño.

Alma: *Eso suena a que ha sido un día duro.*

Travis: *Bienvenida a Montana, macaron.*

Sonreí sola.

Seguimos hablando un buen rato. Me contó cosas del rancho, de los caballos, del horrible calor que estaban teniendo al empezar el verano. Yo le hablé de la pastelería, de Annecy, de los turistas que llenaban las calles.

Y entre todos esos mensajes apareció uno que hizo que el corazón me diera un vuelco.

Travis: *Alma, quiero pedirte algo.*

Mis latidos empezaron a acelerarse. Y hasta los dedos me temblaron al escribir.

Alma: *¿El qué?*

Travis: *Creo que deberíamos darnos nuestros números.*

Me quedé paralizada mirando la pantalla.

Travis: *Me gustaría poder hablar contigo sin depender del portátil.*

Travis: *Y también quiero escucharte.*

Travis: *Estoy seguro de que tienes una voz preciosa.*

Noté cómo el calor se me subía a las mejillas y, sin verme, supe que estaba más roja que un tomate.

Alma: *No sé…*

Mentiría si dijera que yo no lo había pensado. Porque sí lo había hecho. Había pensado muchas veces en cómo sería su voz. Si sería de esas dulces o de esas roncas y profundas. Y sí había soñado con escucharla.

Travis: *Vamos, macaron.*

Travis: *No voy a comerte.*

Eso hizo que soltara una pequeña risa.

Travis: *Aunque quizá el que debería preocuparme sería yo.*

Fruncí el ceño. ¿Qué querría decir con eso?

Ni tiempo me dio a pensarlo; el siguiente mensaje entró dos segundos después, sacándome de dudas.

Travis: *Las chicas francesas sois peligrosas.*

Negué con la cabeza mientras sonreía como una tonta. No era la primera vez que me decía eso.

Según su teoría, las chicas francesas teníamos un carácter fuerte y éramos duras por naturaleza, aunque también éramos dulces y cariñosas. No tenía ni idea de dónde había sacado él una cosa así, pero, como he dicho, lo decía a menudo.

Aparté el portátil de mis piernas y lo dejé encima de la cama.

Me levanté de la cama y di dos paseos por la habitación pensándomelo. Solo fueron un par de minutos.

Evalué rápidamente los pros y los contras. Y ganaron los pros por goleada.

Volví a sentarme en la cama, cogí el portátil de nuevo y con dedos temblorosos volví al chat. Cerré los ojos un segundo y cogí aire.

—*Hazlo, Alma* —me ordené a mí misma.

Y lo hice; rápidamente y sin dudar más, tecleé mi número de teléfono; su respuesta fue un emoji sonriendo y otro guiñándome un ojo.

Capítulo 6



Me quedé mirando la pantalla del portátil a ver si escribía algo más, pero no fue así. No llegó nada más.

Lo que sí que hizo unos segundos después de mandar su último mensaje de los emojis fue desconectarse.

Fruncí el ceño pensando que no entendía nada. ¿Así iba a dejar las cosas? ¿Por qué no me decía nada?

Pero antes de hacerme la tercera pregunta que me rondaba la cabeza, me contestó, pero de otra manera.

Mi móvil vibró alertándome de un nuevo mensaje. Estaba encima de una pequeña mesa camilla en una esquina de mi habitación, donde me sentaba a estudiar cuando no lo hacía en el obrador, en la cama o en el sofá.

Volví a apartar el portátil de mis piernas para dejarlo otra vez en el mismo sitio donde lo había dejado la vez anterior cuando me levanté y, con nerviosismo, gateé por la cama y alargué la mano para coger el móvil.

Miré la pantalla y vi que era un número desconocido el que me había mandado el mensaje.

El número era desconocido porque no lo tenía grabado, pero la persona que lo mandaba no lo era.

Travis. Lo reconocí enseguida por la foto de perfil.

Antes de leer su mensaje, guardé su número. Después de hacerlo, entonces ya sí, abrí el mensaje, su primer mensaje por ahí, y sonreí.

Travis: *Ahora sí.*

Travis: *Mucho mejor.*

Aquella simple tontería consiguió hacerme feliz y dejar por un momento, aunque solo fuera uno, la preocupación que sentía por mi padre fuera de mi mente. Me hizo feliz, demasiado feliz.

Y eso era precisamente lo que empezaba a asustarme de verdad, porque ya no era solo que Travis me gustara, que lo hacía, sino que estaba empezando a sentir algo por él.

Cerré la aplicación del ordenador y lo apagué. Lo dejé a mi lado en la cama y agarré el móvil con las dos manos.

Volví a leer sus mensajes, pero en lo que también me fijé fue en que la foto de perfil que tenía puesta era distinta a la que tenía en el chat de amistad.

En esta del móvil tenía puesta una en la que salía sentado en lo que parecía, no, no lo parecía, lo era, una mecedora en el porche de una casa y estaba mucho más enfocado porque se le veía mucho mejor la cara.

Era guapo.

No, guapo no, era guapísimo.

En la foto también salían a su lado dos perros grandes, uno a cada lado de su cuerpo; se les veía muy tranquilos, aunque claro, eso lo mismo es porque era su dueño, o eso supuse, a saber cómo eran con los extraños.

Alma: *La verdad es que sí, de esta manera es más cómodo hablar.*

Travis: *Sí, eso mismo. Además, por aquí podemos mandar fotos, audios y hablar por llamada o videollamada cuando queramos.*

La Virgen, pensé. Que este hombre se estaba acelerando como una moto.

En un par de minutos habíamos pasado de chatear solo viéndonos la misma foto de perfil desde que nos conocimos un mes atrás, a proponer todas esas cosas que nos dejarían tan expuestos del todo al otro.

La idea me tentó; era una chorrada negarlo. Aunque también me dio un pelín de miedo y respeto.

Travis: *Alma.*

Alma: *Dime.*

Travis: *Eres realmente preciosa. En la otra foto del chat estás guapa así de lejos, pero en la del móvil, que se te ve más de cerca, estás espectacular.*

—*La madre que me parió* —murmuré.

Miré la foto que tenía puesta.

Era una foto de un par de meses antes que mi padre me había hecho un lunes, que era el día que cerraba la pastelería por descanso, y salimos a dar una vuelta por la tarde por el pueblo.

Él me pidió el móvil cuando nos paramos a las orillas del lago y se empeñó en hacerme una foto en la que salía el lago de fondo con el atardecer.

En ella salía sonriendo porque mi padre me pilló justo en ese momento mientras me reía de una bobada que había dicho.

La verdad era que no salía mal en la foto. Pero no la había puesto en el perfil del WhatsApp por eso; la puse porque me la había hecho mi padre ese día y, al verla, me hacía recordar la tarde tan bonita que pasamos.

Alma: *No es para tanto, solo es una foto más.*

Travis: *No es una foto más, es la foto.*

Carraspeé y tragué saliva. No sabía qué decirle; se estaba poniendo un poco intensa la situación, así que tiré por lo fácil.

Alma: *Tu foto está muy bien también. ¿Esos perros son tuyos?*

Travis: *Ja, ja, ja. Estos perros no son de nadie, van por libre, porque no me hacen ni puñetero caso.*

Su respuesta me hizo reír, al dar a entender que eran de esos perros que se creían más humanos que perros y allá donde estaban imponían su presencia.

Alma: *Se les ve muy tranquilos.*

Travis: *Lo son, a ratos.*

Travis: *El de la derecha, el negro, es Corso. Y el que tiene el pelo de tres colores es Castan.*

Alma: *Son preciosos.*

Travis: *¿Solo te has fijado en los perros en la foto, de mí no dices nada?*

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Vaya con el vaquero; al parecer, quería tirarme de la lengua y que le regalara los oídos. Pues lo haría, pero solo un poco para que no se le subiera a la cabeza.

Tecleé y borré tres veces el mensaje; no quería mentir, pero tampoco ser demasiado obvia.

Alma: *Vaquero, no creo que te haga falta que te piropee; te miras en el espejo todos los días.*

Travis: *Ja, ja, ja. Vaya, ¿eso qué significa, que te gusta lo que ves o que no?*

Puse los ojos en blanco. Leñe con el vaquero: no se rendía y quería que se lo dijera claramente.

Pues se iba a enterar. ¿Quería saber qué me parecía? Pues, para él iba a tener.

Alma: *Me gusta mucho lo que veo, sí, eres guapísimo, pero eso tú ya lo sabes.*

Travis: *Te ha costado decirlo, ¿eh?*

—*Capullo* —murmuré antes de echarme a reír.

Alma: *No creía que fuera necesario decir algo que es tan obvio; estarás harto de que todas las mujeres te lo digan.*

Travis: *Sí, mi madre me lo dice mucho.*

Una respuesta muy diplomática, sí.

Que era joven, pero no era tonta, que él tenía veinticinco años y llevaba una vida de adulto mucho más avanzada que la mía y seguramente estaba hasta aburrido de estar con chicas.

Con lo guapo que era y la labia que tenía, que sí, escribiendo era de esas personas que te enganchan y te llevan a su terreno, pero para bien, pues en persona tenía que ser de esos que arrasan.

Alma: *Pues ahí lo tienes, tu madre tiene razón.*

Travis: *Mierda, me llaman para otro parto complicado, no puedo seguir hablando, pero en cuanto pueda te escribo.*

Alma: *Espero que todo vaya bien en el parto; yo me bajo también al obrador. Hablamos, vaquero.*

Travis: *Hablamos, preciosa.*

Dos segundos después se desconectó.

Volví a pinchar en la foto de su perfil y la amplié para verla mejor. Era guapísimo; como ya he dicho, su sonrisa era de esas de pillo o canalla que tanto atraían. Y sus ojos tenían un brillo impresionante, pero también, al fijarme bien en ellos, había algo, como si detrás de ese brillo hubiera una oscuridad oculta.

Lo mismo el día que se hizo la foto sonrió a la cámara, pero por dentro estaba teniendo un mal momento, pensé.

La gente, bueno, y yo misma también lo hacía, algunas veces sonreímos por inercia, aunque por dentro llevamos algún pesar.

Miré por última vez la foto y sonreí.

—Venga, Alma, que tienes trabajo, no puedes pasarte la tarde aquí mirando al vaquero embobada.

Después de regañarme a mí misma, dejé el móvil cargando y bajé al obrador a ayudar a mi padre, que ya le había oído bajar un rato antes.

La tarde pasó como otra cualquiera. O eso parecía.

Porque no dejé de observar a mi padre de reojo y noté que no estaba bien; por mucho que él dijera que era cansancio, no lo era. Algo dentro de mí me lo gritaba a voces.

Esa noche encontré a mi padre sentado en el sofá cuando fui desde mi habitación a la cocina a por agua.

Me sorprendió verle allí, porque pensé que hacía rato que se había ido a la cama cuando nos despedimos un rato antes y le dije que yo me iba a mi cama a leer un rato antes de dormir.

Tenía las manos apoyadas sobre las piernas y respiraba con un poco de dificultad, como si le costara que el aire le llegara bien adentro de los pulmones. Fruncí el ceño al acercarme.

—Papá, ¿qué haces aquí?

—No tenía sueño.

Volví a fruncir el ceño porque su respuesta fue rápida y clara, pero no levantó la cabeza para contestarme.

¿La razón? Para que no viera en sus ojos que me estaba mintiendo.

—¿Estás bien?

—Sí… solo estoy cansado.

Y una mierda, joder, otra vez esa excusa del cansancio, una que ya no me valía; además, su respuesta no sonó muy convincente esa vez. Ni un poco convincente. Más bien, nada.

Me agaché frente a él y le agarré las manos.

Noté cómo tenía los dedos rígidos y fríos, y eso no era normal. Mi padre siempre tenía mucha calidez en las manos. Era de esas personas que en invierno, cuando tienes la cara helada, te ponen las manos en las mejillas y te devuelven la vida.

—Papá…

—Alma…

Ese Alma me llegó justamente a ese sitio, al alma, porque lo dijo en voz baja y como con miedo.

Y mi padre nunca tenía miedo, nunca flaqueaba, nunca dudaba ni se hundía con nada. Esa manera de decir mi nombre fue un golpe bien fuerte a mi pecho, porque eso me indicó que por fin él mismo ya se había dado cuenta de que algo no iba bien.

—Hasta aquí hemos llegado —dije con rotundidad.

Por fin levantó la cabeza y me miró a los ojos. Y ahí sí que ya se me encogió el corazón del todo, porque si su voz reflejaba miedo, sus ojos reflejaban puro terror.

Sentí cómo me comenzaban a picar los ojos, cómo se empezaban a formar las lágrimas en ellos.

Parpadeé una vez, dos, tres, lo más rápido que pude para contenerlas; no quería que mi padre me viera llorar, no quería que se preocupara por mí, y sabía que lo haría si me veía en ese estado.

—Vamos a ir al médico —dije con voz temblorosa—. Mañana mismo —añadí de una manera un poco más firme.

—La pastelería…

—La pastelería puede estar cerrada un rato, o como si tiene que estar cerrada todo el día, no podemos seguir fingiendo que no pasa nada.

No me contestó, solo asintió.

—Ahora ve a la cama, por favor, y mañana no te quiero ver en el obrador antes del alba.

—Pero… —Empezó a protestar, pero no le dejé seguir.

—De pero, nada; mañana te quedas más rato en la cama; de lo de primera hora me encargo yo.

Lo dije de tal manera que sonó como una orden y no fue capaz de contradecirme.

Fui a la cocina y le preparé una infusión relajante y ya de paso me hice una para mí también.

Después de tomárnoslas en silencio y al verle que le costaba levantarse del sofá y que caminaba arrastrando el pie más que nunca, le acompañé a la cama.

Se metió en la cama y nos dimos las buenas noches con un abrazo y un beso. Cerré la puerta y con pasos pesados me fui a mi habitación.

Nada más cerrar la puerta, me llevé las manos a la cara y, sin poder aguantar más, exploté. Dejé salir en modo de lágrimas silenciosas todos mis miedos y toda la frustración que tenía.

Porque, como le había dicho, ya no podíamos seguir fingiendo, ya no podíamos mirar hacia otro lado; era hora de saber de una vez qué estaba pasando. Porque algo estaba pasando.

Algo que no quería decirlo en voz alta, pero que dentro de mí sabía que era algo malo.

Rezando para que ojalá no fuera cierto y llorando hasta el agotamiento, me quedé dormida.

Capítulo 7



Las dos semanas siguientes pasaron envueltas en hospitales, salas de espera y un miedo constante que me tenía de los puñeteros nervios.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Pruebas. Análisis. Consultas. Médicos hablando entre ellos con una jerga que yo apenas entendía. Y mi padre.

Mi padre intentando quitarle hierro al asunto para no preocuparme, mientras que cada día que pasaba, o cada hora, no lo tenía claro; se le veía más y más cansado.

La pastelería seguía abriendo, porque necesitábamos el dinero, era nuestro modo de vida y nuestro sustento y también porque mi padre se negaba a dejar de trabajar.

Pero ya no era igual. Nada era igual.

El olor del obrador era distinto. Cuando siempre había olido a casa, a hogar y a felicidad, ahora olía a miedo, a incertidumbre por querer saber de una vez qué era lo que le pasaba y a desesperación por verle cada vez peor.

Hasta hacer las masas y batir la crema o la nata era distinto. Todo lo que antes me encantaba se me hacía cada vez más cuesta arriba.

No porque me hubiera dejado de gustar hacer dulces, eso nunca pasaría, sino porque la persona con la que disfrutaba haciéndoles desde que no levantaba ni un palmo del suelo no estaba bien.

Y eso me estaba matando por dentro cada día un poco más.

Había mañanas en las que le costaba hasta coger la manga pastelera y, para disimular y no hacerme sufrir más, me decía: "Toma, hazlo tú, que hace mucho que el aprendiz ha superado al maestro".

Yo solo sonreía. Una sonrisa que no llegaba a mis ojos, pero que me forzaba a poner por él, por no hacerle sentir peor de lo que sabía que ya se sentía.

Otras veces tenía que apoyarse en la encimera del obrador porque las piernas le fallaban durante unos segundos.

Y aun así sonreía. Siempre sonreía.

—No me mires así, Alma —me decía—, que todavía no estoy para que me entierren.

Yo intentaba devolverle la sonrisa. Pero después, cuando subíamos a casa al acabar de trabajar, bien en la ducha o en la soledad de mi habitación cuando sabía que se había quedado dormido, me derrumbaba.

Lloraba hasta que no me quedaban fuerzas o hasta que el sueño me vencía.

Los únicos momentos en los que conseguía desconectar un poco eran cuando hablaba con Camille.

Le había contado días atrás lo que pasaba con mi padre; no quería aburrirla con mis problemas y cuando así se lo hice saber, poco más y me deja sorda.

Bueno, eso era una manera de hablar porque en el chat sería ciega, con sus letras en mayúscula, esas que tenía mucha costumbre de poner para enfatizar sus frases.

Después de tanto tiempo hablando por el chat, un día al hablar, después de estar dos días sin entrar.

Porque había estado de trabajo hasta arriba en la pastelería, cuando me conecté y le dije que no podría hacerlo tan a menudo como antes, me respondió que era una pena, pero ahí le propuse darnos nuestros números como había hecho con Travis, cosa que no le había contado, a lo que ella dijo un rotundo sí, y que antes tendríamos que haberlo hecho.

Desde ese día ella me escribía a cualquier hora o me hacía una llamada perdida para que se la devolviera cuando pudiera.

No había día que no me preguntara cómo iban las pruebas de mi padre, o cómo estaba yo. Y aunque a veces no sabía qué contestar, agradecía sus preguntas porque eso quería decir que le importaba y que me quería como la buena amiga que era.

Me quería, como yo a ella. Porque con ella y solo con oír su voz o leer sus letras me sentía menos sola.

Con Travis las conversaciones también continuaron, aunque diferentes.

Bueno, diferentes tampoco era la palabra adecuada para describirla; menos constantes, sí, eso sí se aproximaba más a la realidad.

Él estaba hasta arriba de trabajo en el rancho y yo apenas tenía tiempo libre entre la pastelería, la casa y las visitas al hospital. Pero aun así encontrábamos momentos para mandarnos algunos mensajes cortos o alguna foto de dulces o de algo del rancho.

Travis había empezado sin querer. Sin pedir permiso. Y sin pretenderlo, se convirtió peligrosamente en una rutina para mí, en una constante en mi vida.

Aquella tarde estaba sentada en el suelo del obrador mientras esperaba a que se enfriaran unos bizcochos, que teníamos encargados para el día siguiente, cuando me sonó el móvil.

El sonido retumbó en las paredes del obrador, ya que estaba allí sola y en silencio, pensando en todo y en nada, y en mi padre, sobre todo en mi padre.

O más bien en su estado, que era cada vez peor. Dando pasos de gigante hacia peor, así estaba su estado.

Le había convencido esa tarde por primera vez en días para que no bajara por la tarde al obrador, diciéndole que yo me encargaba de todo.

¿Y cómo se vería que solo me dio las gracias y se quedó en casa tumbado en el sofá viendo la tele, o fingiendo que la veía sin protestar?

Desbloqueé el móvil y sonreí. Poco, pero lo hice, al ver que era un mensaje de Travis. Pero cuando entré en el chat, me quedé congelada al ver que no era un mensaje de texto, sino de voz.

Me quedé mirando el mensaje unos segundos mientras apretaba el móvil con la mano con más fuerza de la que en verdad pretendía. Nunca había escuchado su voz.

Me puse nerviosa al pensar en ello. Al pensar que solo con un clic de mi dedo la oirían por primera vez.

—*Vamos, Alma, dale ya, si lo estás deseando* —me dije.

No dudé más, y di a reproducir.

—Hola, macaron.

Dios… Tuve que darle a parar antes de seguir oyéndole porque, virgencita de mi vida, qué voz más bonita tenía.

Me la había imaginado cientos de veces, pero no había acertado ni lo más mínimo.

Yo había pensado, ni idea de por qué, que su voz sería grave, ronca, profunda y de esas que parece que hablan a cámara lenta.

Pero no. Era una voz fresca, alegre, un poco grave, pero lo normal en un hombre, pero sobre todo era una voz que enganchaba. Que te hacía no querer dejar de escucharla. Adictiva. De esas voces que parecían querer atraparte.

Di a reproducir de nuevo para seguir escuchando.

—Solo quería comprobar si seguías viva. Llevas varios días en los que apenas me contestas ni me escribes tú, y empiezo a preocuparme.

Tenía razón en lo que me había dicho. En los últimos días apenas habíamos cruzado cuatro mensajes; siempre era yo la que con alguna excusa le decía: "Lo vi tarde, no oí el móvil o he estado hasta arriba de trabajo".

Eso último era verdad, pero es que él no sabía el motivo de mi carga de trabajo. No le había contado nada de lo de mi padre, ni siquiera se lo había insinuado.

Habíamos hablado mucho, sí, y teníamos confianza, pero no me parecía que fuera tanta como con Camille, por ejemplo, para contarle mis problemas.

Lo mismo él no quería hablar de cosas tan tristes, o de mis problemas, o yo qué sabía ya, porque tenía la cabeza tan ida que ni pensar con claridad podía.

Suspiré y seguí escuchando el mensaje hasta el final.

—Además, estoy cansado de imaginarme cómo suena tu voz francesa.

Hizo una pausa porque se oyó un ladrido a su lado.

Supuse que sería o Castán o Corso, que estaban con él; sí, seguro que eran uno de los dos, porque, por lo que me había dicho, esos perros no se separaban de él.

—Así que te toca, déjame oír tu voz, macaron.

Noté cómo el calor se me subía por el cuello hasta la cara y no, no era por el que desprendía el horno, ya que llevaba un rato apagado. Era por la manera pícara en la que me había pedido que quería oír mi voz.

Me quedé inmóvil unos segundos intentando calmarme. No lo conseguí.

Mi corazón iba demasiado rápido por algo tan absurdo como un mensaje de voz.

Pero es que, puff… qué voz tenía el vaquero.

Volví a escuchar el mensaje entero. Dos veces. Tres. Y cada vez que lo escuchaba, más me gustaba su voz y más me atraía.

Me quedé mirando el botón del micrófono como si fuera una bomba.

—*Venga ya, Alma…* —Murmuré para mí misma.

Tardé casi diez minutos en atreverme. Diez minutos en grabar un audio decente. Diez minutos en borrar audios porque me parecía que sonaba ridícula.

Hasta que finalmente respiré hondo y grabé uno corto.

—Hola, vaquero…

Solo decir aquello ya me dio vergüenza.

—Sigo viva. Estoy en la pastelería ayudando a mi padre.

Miré el móvil dudando.

—Y no tengo voz francesa, tengo una normal, creo.

Solté una risa nerviosa antes de cortar el audio y mandarlo rápidamente antes de arrepentirme.

En cuanto lo envié, escondí la cara entre las manos.

—*Dios mío…*

Dejé el móvil a mi lado en el suelo y apoyé la cabeza en la pared con los ojos cerrados, esperando su respuesta.

Porque si de algo estaba segura, es que una respuesta llegaría, en modo de audio o escrito; eso no lo sabía, pero lo averiguaría pronto.

Capítulo 8



El móvil vibró menos de un minuto después.

Travis: *Creo que acabo de enamorarme un poco de tu voz, macaron.*

Abrí mucho los ojos y, sin pestañear siquiera, releí el mensaje tres veces para cerciorarme de que era verdad lo que habían visto mis ojos.

Pues sí, sí que había puesto eso. El estómago me dio un vuelco tan fuerte que tuve que apoyar la cabeza contra la pared.

Travis: *La próxima vez no quiero un audio.*

Travis: *Quiero una llamada.*

Me mordí el labio intentando contener una sonrisa tonta.

Alma: *Eso da más miedo.*

Travis: *¿Yo te doy miedo?*

¡Sí! Quise gritarle; bueno, en realidad él no me daba miedo, era la situación más bien.

Porque no hacía ni dos meses que nos conocíamos y esta relación, si es que lo era, de amistad o de lo que fuera, iba demasiado deprisa.

O eso pensaba yo. Pero claro, ¿quién era yo para juzgar una cosa así? Sí, aparte de con Camille, no me había relacionado con nadie de verdad que no fuera mi padre.

Así que no tenía ni la más remota idea de cómo debían ir las cosas con un chico.

Que sí, que lo mismo me estaba yo montando una película en la cabeza que ni para un Óscar, pero, coño, es que me decía cada cosa y me tiraba cada indirecta que me dejaba con las patas colgando.

Además, que yo podía estar pez en el terreno de los chicos, pero Camille no lo estaba.

No es que fuera una fresca ni mucho menos, pero ella, que tenía los mismos años que yo, bueno, ella ya había cumplido los dieciocho; a mí me quedaba un mes escaso. Ya había estado con varios chicos y se había acostado con al menos tres diferentes.

Y ella, que estaba más espabilada en ese terreno que yo, cuando le había comentado alguna de las cosas que me decía Travis, siempre me decía lo mismo.

Que más o menos venía siendo que ese vaquero me estaba metiendo fichas porque quería meterse entre mis bragas.

Sé que mi amiga no era delicada al decir las cosas. Las soltaba tal cual las pensaba, pero eso no significaba que tuviera menos razón. Con cada día que pasaba y más cosas me decía Travis, yo misma empezaba a pensar como ella.

Pues crudo lo va a tener, le solía decir yo. Pero ella me contestaba que lo mismo un día me sorprendía y, al salir a atender a un cliente, me llevaba la sorpresa de mi vida y era él el que estaba allí.

Y no para comprar dulces, sino para secuestrarme y llevarme a su rancho, para hacer vaqueritos.

Mucho nos reíamos cuando a Camille se le ocurrían esas locas ideas.

También solía burlarse de mí, pero con cariño. Me decía que el vaquero se llevaría una sorpresa cuando me cogiera para empotrarme contra la pared y se diera cuenta en el primer empujón de que era inmaculada.

Sacudí la cabeza y dejé de pensar en Camille y volví a prestar atención al teléfono para contestar a Travis. Pero no me dio tiempo.

En ese momento me entró un mensaje suyo que me dejó con la boca abierta.

Era un audio otra vez. Y esa vez su tono de voz había cambiado radicalmente.

Era como si estuviera muy enfadado o molesto o una mezcla de las dos cosas, pero al hablarme a mí había intentado disimularlo.

—Alma, lo siento, hoy no puedo seguir hablando. Mi hermano acaba de llegar al rancho y se avecina tormenta. En cuanto pueda, seguimos. Un beso, macaron.

Muerta. Sí, muerta me quedé al oírle. Porque en todo el tiempo que llevábamos hablando no me había dicho nunca que tenía un hermano. Y al parecer el motivo era que no debían llevarse muy bien.

Eso lo deduje, por lo de la tormenta que había dicho y por la manera un poco despectiva en que había dicho la palabra hermano.

Oí toser a mi padre con fuerza en el piso de arriba, y todo lo demás, Travis incluido, pasó a un segundo plano.

Subí corriendo a ver qué le pasaba y me asusté al verlo tan pálido, todavía tumbado en el sofá. Me tumbé a su lado y le abracé.

—¿Papá?

—Estoy bien… —dijo intentando incorporarse.

Pero no estaba bien y los dos lo sabíamos. Los dos sabíamos que algo malo se avecinaba, algo que ya no podíamos obviar, algo que nos iba a cambiar la vida.

—Venga, voy a traerte algo de cena y luego te acuestas.

Me miró intentando sonreír. Y digo intentando, porque no lo consiguió; solo fue una mueca, y eso me asustó más que nada, porque mi padre siempre sonreía, siempre. Pasase lo que pasase, siempre lo hacía, pero es que se le veía que ni fuerzas para ello tenía.

—No tengo hambre.

Y ahí estaba la respuesta de los últimos días.

Cada vez que le decía de comer o cenar, siempre me decía que no tenía hambre, pero es que se estaba quedando delgadísimo. Así que yo hacía oídos sordos y le medio obligaba a que comiera algo, aunque fuera poco.

—Un caldo al menos, por favor.

Vio el ruego en mi voz y la desesperación en mis ojos y, finalmente, después de pensárselo, asintió.

Una hora después y ya con mi padre cenado y acostado en la cama, me desplomé en la mía. Ni la ropa tan siquiera me quité, solo quería dormir y que cuando me despertara todo lo que estaba pasando fuera un mal sueño.

Con mil pensamientos en la cabeza que me volvían loca de preocupación, acabé quedándome dormida por agotamiento mental.

Abrí los ojos cuando todavía era de noche; sin mirar, alargué la mano y apagué la alarma del móvil.

Durante unos segundos me quedé inmóvil, mirando el techo de mi habitación, intentando recordar qué era esa sensación horrible que me aplastaba el pecho.

Un momento después lo recordé.

El hospital. Las pruebas. Los resultados. Y el miedo volvió a caer sobre mí como una losa.

Ese día, era el día. El día en el que, para bien o para mal, sabríamos por fin qué era exactamente lo que le pasaba a mi padre. Teníamos por la mañana consulta con el médico que le estaba llevando y el que nos había llamado la tarde anterior citándonos a esa hora para hablar con nosotros.

Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo antes de levantarme de la cama. No podía permitirme derrumbarme. No todavía.

Me recogí el pelo en un moño rápido y bajé como si fuera un zombi por las escaleras hasta la pastelería.

El obrador olía a mantequilla, harina y chocolate. Siempre había sido mi lugar favorito del mundo. El sitio donde me sentía segura.

Pero esa mañana ni siquiera eso conseguía calmarme, porque estaba allí sola, y eso pocas veces había pasado. Siempre estaba allí mi padre conmigo y, al no estar, era como si me faltara algo, como si me faltara el aire.

Encendí las luces y empecé a trabajar mecánicamente. Preparé masas, coloqué los cruasanes en las bandejas y decoré algunas tartas que habían quedado pendientes del día anterior.

Intentaba mantener las manos ocupadas para no pensar. Porque en cuanto dejaba de moverme, el pánico volvía.

Afuera empezó a amanecer lentamente. Los primeros tonos anaranjados tiñeron las calles de Annecy mientras la ciudad despertaba poco a poco.

Suspiré. Hasta el pueblo se veía distinto.

Era como si el miedo por mi padre que tenía dentro me hubiera hecho ser otra chica distinta, una en la que todo lo que la hacía sonreír, por pequeño que fuera, como un amanecer, quedara en segundo plano.

Negué con la cabeza.

—Venga, Alma, termina todo esto, no puedes entretenerte pensando.

Y eso hice: dejar la mente en blanco y seguir.

Capítulo 9



Con todo hecho en la pastelería y colocado en el mostrador para que cuando volviéramos del médico no tuviera que entretenerme en hacerlo, subí a casa para prepararme y despertar a mi padre.

Me di una ducha tan rápida que ni tiempo dio a que se calentara el agua. Me vestí también deprisa con lo primero que pillé en el armario; había mirado el reloj ya tres veces y ya íbamos pillados de tiempo.

Con el corazón latiéndome a toda velocidad, por los nervios, el estrés y lo rápido que había hecho todo, fui a buscar a mi padre. Cuando abrí la puerta de su habitación, vi que ya estaba despierto.

Estaba sentado al borde de la cama a medio vestir, intentando abotonarse la camisa sin conseguirlo. Sus dedos parecían no querer colaborar.

Aparté la mirada y negué con la cabeza. Porque eso no era la primera vez que le pasaba.

Había empezado tiempo atrás a fallar en cosas más grandes, menos complicadas, pero en cosas. Como resbalones con las bandejas o la manga pastelera, pero en los últimos días, el simple gesto de poner un botón o atarse las deportivas se le hacía una misión imposible.

Era horrible. Era horroroso ver su cara de cansancio. O ver cómo suspiraba cada vez que algo no salía como tenía que hacerlo. Y, aun así, nunca perdía los nervios.

Me acerqué a él con decisión.

—Déjame a mí —le pedí intentando sonreír.

—Alma…

—No digas nada, ¿vale? Ahora vamos a ir al médico y estoy segura de que te podrán ayudar si ya saben lo que te pasa.

Me retiró la mirada. Y eso no me gustó nada, porque antes de hacerlo pude ver en sus ojos muchas cosas.

Miedo. Aceptación. Rendición. Esa era la peor, porque era como si él supiera algo que yo no.

—Esto ya está —dije cuando le puse el último botón.

Asintió agradecido.

Le ayudé a ponerse la chaqueta, a levantarse y, apoyándose en mí, salimos de la habitación y de la casa hasta la calle.

Antes de ir a buscarle, había pedido un taxi para que nos llevara al hospital y, efectivamente, cuando salimos, allí estaba ya esperándonos.

Ninguno de los dos dijo nada en todo el trayecto. Fue silencioso. Un silencio de esos que te vuelven más loca que si estuvieran en una habitación muy pequeña en la que te pones alarmas o ruidos a muchos decibelios.

Un silencio que me iba asfixiando por dentro a cada metro que el taxi recorría.

Yo iba con las manos en el regazo, retorciéndomelas sin parar y mordiéndome el labio más que nunca. Mi padre iba con la cabeza apoyada en la ventanilla, mirando el paisaje o fingiendo que lo hacía, para no dejarme ver que estaba igual o más aterrado que yo.

Cuando el taxista paró en la puerta del hospital y nos dijo con voz amable que ya habíamos llegado, quise salir corriendo. Quise coger a mi padre y desaparecer. Como si haciendo eso toda la mierda que estaba a punto de caernos encima pudiéramos evitarla.

Pero eso sería en un mundo de fantasía; por desgracia, estábamos en uno donde al parecer unos viven toda su vida sin recibir palos y otros nos llevamos los nuestros y los de ellos.

No esperamos ni cinco minutos en la sala de espera. Una enfermera con cara seria vino a buscarnos.

Intenté tragar saliva, sin conseguirlo, cuando entramos en la consulta.

Olía a café y a desinfectante, pero a mí me pareció que ese olor no era precisamente el acertado, porque a lo que realmente olía allí dentro era a sentencia.

.

El médico nos hizo sentar frente a él y, durante unos segundos, solo escuché el sonido de las hojas del informe al moverlo entre sus dedos, dando vueltas a las páginas mientras repasaba con la mirada algunas líneas que tenía marcadas con fluorescente amarillo.

.

Después de esos segundos que se me hicieron eternos, por fin levantó la cabeza y nos miró muy serio.

.

Y al verlo así, supe en ese instante que nuestra vida acababa de romperse y que no nos iba a decir nada bueno, sino todo lo contrario.

—Henry —empezó a decir con voz suave—, ya tenemos todos los resultados de las pruebas.

Noté la mano de mi padre buscar la mía. Se la agarré con fuerza.

—Lo que muestran las pruebas es que padeces esclerosis lateral amiotrófica.

A mí me sonaron esas palabras como si me hubiera hablado en chino.

—¿Eso es? —me atreví a preguntar con la voz temblorosa.

El médico cerró los ojos un segundo, lo suficiente para saber que su explicación menos técnica sí que nos iba a dar un fuerte golpe.

—ELA.

Esas tres letras me cayeron como si se me hubiera derrumbado encima un rascacielos. Esas letras sí las entendí. Esas letras eran horribles.

No es que fuera una experta en esa enfermedad, ni en ninguna en realidad, pero sabía, no con todos sus datos, que era una enfermedad mala, muy mala.

El médico siguió hablando mientras yo intentaba respirar.

—Es una enfermedad neurodegenerativa irreversible del sistema nervioso que afecta a las neuronas motoras. Eso significa que poco a poco los músculos dejan de responder.

Miré a mi padre. Él permanecía en silencio. Muy quieto. Pero su mirada de desolación lo decía todo.

—La enfermedad irá avanzando. Primero notarás cada vez más debilidad en brazos y piernas. Después llegará la dificultad para caminar, para sostener objetos y, con el tiempo, afectará al habla y a la respiración.

¿Qué cojones decía ese hombre? Sí, todo eso ya había llegado; hacía tiempo que eso ya había empezado a pasar y cada día era más evidente.

Sentí la garganta seca y cómo el mundo empezaba a girar demasiado rápido a mi alrededor.

Hice varias respiraciones profundas para evitar desmayarme.

—No… por favor, no… —Susurré sin darme cuenta.

El médico me miró con tristeza.

—Ojalá pudiera daros mejores noticias, lo siento.

Mi padre apretó un poco más fuerte mi mano.

—¿Tiene tratamiento?

El hombre asintió despacio.

—Hay tratamientos que pueden ralentizar el avance y ayudar con los síntomas. También terapias respiratorias y fisioterapia. Hoy por hoy no existe cura, pero en tu caso…

El médico dejó la frase sin terminar y eso me asustó muchísimo más de lo que ya estaba.

—En mi caso, ¿qué?

Mi padre preguntó, pero vi en sus ojos que ya sabía la respuesta que le iba a dar. Vi cómo ya había aceptado lo inevitable; no es que se hubiera rendido, no, es que estaba ya seguro de lo que iba a pasar.

—Siento decir esto, de verdad que sí, pero en tu caso el tratamiento apenas funcionará; las pruebas son claras, tu ELA está muy avanzada.

¡No, no, no! ¡No, por favor!

Quise gritar, patalear, dar golpes a lo que fuera, pero no hice nada de eso; simplemente me quedé paralizada procesando lo que el médico acababa de decir.

Nada, no se podía hacer nada. Eso era lo que había dicho.

Mi padre carraspeó e hizo la pregunta que yo ni me atrevía a pensar.

—¿Cuánto?

El médico bajó la mirada y soltó el aire despacio antes de soltar la sentencia definitiva.

—Es difícil saberlo con exactitud. Cada paciente avanza de manera distinta. Pero teniendo en cuenta el estado avanzado en el que se encuentra la tuya.

Noté cómo el aire desaparecía de la habitación.

—No más de un año.

No escuché más.

¿Un año? ¿Un jodido año? ¿Trescientos sesenta y cinco días? ¿Había dicho un año? No, no podía ser cierto.

¿Cómo íbamos a tener tan poco tiempo? ¿Cómo podía ser la vida tan cruel con nosotros?

Mi padre se iba a ir y yo iba a quedarme sola. Sola.

Sola, sin él, sin sus sonrisas, sin sus consejos, sin sus besos, sin sus abrazos y sin compartir esos momentos que para nosotros eran únicos entre aromas de dulces.

Esas y muchas preguntas más, aparte de maldiciones, se me pasaron por la cabeza en décimas de segundo.

Las lágrimas empezaron a caerme antes incluso de darme cuenta, como si fueran por libre, y a la vez negaba con la cabeza una y otra vez, murmurando lo mismo.

—No, no, no… no puede ser.

Mi padre me abrazó inmediatamente, fuerte, como si quisiera sostenerme él a mí, cuando era a él al que habría que sostenerle.

Nada más notar su contacto, no pude soportarlo más y me derrumbé.

Lloré allí mismo, en aquella consulta fría y silenciosa, agarrada con los dedos a su camisa, apretando con todas mis fuerzas, como si así pudiera impedir que se marchara.

—No quiero perderte… —Sollocé—. Papá, no quiero quedarme sola… por favor… quédate conmigo.

Me abrazó más fuerte pese a que ya apenas tenía fuerza.

Noté la humedad de sus lágrimas en mi sien, y eso sí que me acabó de destrozar, porque mi padre nunca lloraba, jamás. Al menos nunca en público, nunca delante de mí.

—Eh… mírame, pequeña.

Me separó lo justo para secarme las lágrimas con manos temblorosas.

—Tienes que ser fuerte —me pidió.

Negué rápidamente.

—No puedo…

—Sí puedes.

Su voz se quebró un poco.

—Porque eres la persona más valiente que he conocido jamás. Y la más fuerte también, mucho más que yo.

Volví a abrazarme a él mientras sentía cómo el mundo entero se rompía bajo mis pies.

La vuelta a casa fue incluso más silenciosa que la ida al hospital. Porque cuando habíamos ido, al menos teníamos dentro la esperanza de que lo que pasaba no fuera tan malo.

Pero a la vuelta, cualquier rastro de esperanza se había desvanecido como si fuera un hilo de humo que se lleva un fuerte viento.

Esa noche no pegué ojo. Pensé, lloré, maldije a todo lo que se me ocurrió, incluso golpeé la almohada de mi cama sin descanso.

Pero cuando me levanté a la mañana siguiente, el alma que había sido hasta ese momento había desaparecido.

Esa que bajó a la pastelería a las cinco de la mañana con los ojos rojos de llorar era otra Alma totalmente diferente.

Un alma fuerte, un alma valiente, una que llegó al obrador con muchas decisiones tomadas.

Pero la más importante de todas era que estaría con mi padre hasta el final, haría lo que hiciera falta para que lo que le quedaba estuviera de la mejor manera posible y yo dejaría mi vida y todo de lado para conseguirlo.

Capítulo 10



Once meses después…

Apoyé la cabeza contra el respaldo del sofá y cerré los ojos.

El silencio de la casa volvía a aplastarme un día más, como lo había estado haciendo todos y cada uno de ellos el último mes. Era un silencio horrible.

Pesado. Vacío. De esos que parecían quitarte hasta el aire.

Un mes. Ya había pasado un mes desde que mi padre murió y todavía había momentos en los que esperaba escucharle toser en el piso de arriba mientras estaba amasando con un ojo y un oído en el obrador y los otros en él.

Un mes desde que me quedé sola. Un mes desde que mi corazón y mi alma se habían quedado vacíos. Un mes desde que la casa y la pastelería se habían quedado mudas. Y dolía. Cada día dolía más.

Tragué saliva mientras las imágenes de los últimos once meses empezaban a desfilar por mi cabeza una detrás de otra, como si se tratara de una película.

Una película muy cruel. Una de esas de bajo presupuesto. Una que nadie querría vivir. Y que, por desgracia, a mí me había tocado vivirla y no solo eso, sino que me había tocado ser una de las protagonistas.

Recordé el día que salimos de la consulta.

El miedo. El llanto. La sensación de que el mundo se nos había caído encima. La noche que pasé en vela llorando, pensando y maldiciendo. Y que cuando salí de mi habitación horas después, lo hice siendo un alma distinta. Una que no pensaba rendirse y que no dejaría a su padre solo en ningún momento.

Una que tomó decisiones ese día. Decisiones con las que él no estuvo de acuerdo, pero que, por mucho que dijo, no desistí de ellas ni cambié de opinión.

Lo primero fue comunicar por correo que no empezaría el curso siguiente en Lyon para estudiar lo que tantas ganas tenía. Ganas que se fueron de mi cabeza de un plumazo desde que el médico pronunció esas tres letras malditas, ELA.

Perdí la oportunidad de cumplir mi sueño estudiando lo que quería y, por consiguiente, la beca que me habían concedido, una que ya nunca más recuperaría, pero no me arrepentía de mi decisión ni siquiera un poquito.

Hice lo que tenía que hacer. Estar con y para mi padre. Como él había hecho conmigo toda su vida. Y no lo hice por agradecimiento o porque me sintiera obligada a hacerlo.

Lo hice porque quise, lo hice porque él para mí era lo más importante de mi vida.

Con esa decisión tomada, la siguiente fue que él trabajara lo menos posible en la pastelería, aunque eso fue un poco más difícil de conseguir, ya que decía que no había mejor sitio para pasar sus últimos meses de vida que allí, entre dulces y conmigo.

Las primeras semanas después de que el médico nos diera esa sentencia fueron más o menos iguales a las que habían sido las anteriores.

Pero eso cambió pronto. El deterioro se impuso sin pedir permiso, cada día un poco más. La enfermedad avanzó mucho más rápido de lo que yo esperaba, ni tampoco él esperaba que fuera así, tan rápido y cruel.

Dos meses después del diagnóstico, mi padre ya no podía prácticamente trabajar en la pastelería. Las manos le fallaban continuamente y las piernas apenas le sostenían.

Aun así, seguía bajando conmigo todas las mañanas. No falló ninguna hasta que su cuerpo se lo permitió.

Se sentaba en una silla junto al obrador o detrás del mostrador y me hacía compañía. Hablábamos muchísimo. Más de lo que lo habíamos hecho en toda nuestra vida juntos.

Me contaba historias de mi madre, de cómo le gustaban tanto las galletas de canela, que cuando las hacían tenía que acabar escondiéndolas de su vista porque, si no, la bandeja se vaciaba antes de llegar a la vitrina para venderlas.

De cómo se conocieron, en un bar una noche en la que los dos habían salido con los compañeros de clase a tomar algo, y cómo desde ese día ya no pudieron separarse.

Me contaba la ilusión con que vivieron el embarazo y cómo no dudaron al elegir mi nombre. En cómo había vivido la pérdida de mi madre y lo asustado que estaba al quedarse él solo con todo.

Nos reíamos muchísimo cuando me contaba historias de cuando era pequeña, enredada en el saco de harina y cómo acababa blanca de pies a cabeza, o cómo cuando deshacía chocolate acababa manchada hasta las pestañas.

Aunque también hablábamos del miedo. Porque, aunque intentaba esconderlo lo más posible, igual que hacía yo, los dos estábamos igual de asustados, sabiendo que cada día que pasaba el final estaba cada vez más cerca.

Los meses siguieron pasando. Y la enfermedad se lo fue comiendo poco a poco. Hasta dejarlo reducido a una cama, de la que ya no pudo levantarse nunca más.

Yo me encargaba de todo, sin quejarme, sin flaquear y siempre con una sonrisa en la cara para él, aunque cuando salía de su campo de visión se me borrara del rostro con rapidez.

Me encargaba de levantarlo. De darle de comer. De asearle. De cambiarle de postura cada poco tiempo para que los dolores no fueran tan insoportables.

Dormía apenas unas horas y siempre mantenía un ojo abierto porque temía que me necesitara para algo y no escucharlo.

Y mientras hacía todo eso, intentaba también mantener la pastelería abierta. Pero era imposible.

Había días que cerraba antes o abría más tarde, u otros incluso que no podía abrir en todo el día.

Las consecuencias de eso fueron que las ventas empezaran a caer, que los clientes se fueran a buscar otro sitio que tuviera un horario fijo que no dependiera de cómo mi padre estuviera ese día o del tiempo que hubiera tenido para hacer según qué dulces. Ya que los que eran de mucha elaboración fueron los primeros que desaparecieron del mostrador.

Como así lo hicieron los encargos, esos dejé de cogerlos porque nunca podía estar segura de si podría cumplir con ellos.

Eso trajo que las ventas empezaran a caer y que los ahorros que teníamos, que no eran muchos, lo hicieran a la misma velocidad. Pero eso a mi padre no se lo dije jamás.

No quería que se marchara preocupado por mí y por la situación en la que me iba a quedar. No quería añadirle más dolor; bastante dolor tenía en el cuerpo como para añadirle más en el alma.

La respiración se me quebró un poco y los ojos se me llenaron de lágrimas en el momento en que por mi mente pasó el último recuerdo que tenía de él.

No había querido ingresar en el hospital; desde el principio tuvo claro que quería morir en casa, rodeado de ese olor a dulce que era su favorito y conmigo a su lado. Y así fue.

Un mes atrás, cuando entré a asearle por la mañana, negó con la cabeza e hizo el amago con la mano para pedirme que me tumbara a su lado, y lo hice.

Acercó su cabeza a la mía y, con la dificultad que tenía desde hacía días, me susurró que había llegado el momento y que lo escuchara antes de partir.

Ni siquiera pude contestarle. Solo lo abracé y aguanté las lágrimas como pude.

—Prométeme algo, Alma… Cuando yo ya no esté, no dejes de vivir por quedarte mirando atrás. El dolor pesa, sí, pero tú naciste para seguir adelante, naciste para endulzar vidas, no para detenerte por mí.

—Papá…

—Prométemelo.

—Te prometo que endulzaré vidas.

No dijo más, solo me acarició la cara, sonrió, una sonrisa de despedida, y cerró los ojos por última vez.

Y desde entonces esa última conversación que tuvimos me pesaba como una losa, porque no estaba cumpliendo mi promesa, ni siquiera lo intentaba. Porque sabía muy bien que esa petición de que endulzara la vida a la gente no se refería solo a que hiciera dulces; era otra cosa.

Era que me relacionara con gente y les hiciera la vida un poco mejor con mi presencia, como tantas veces me había repetido que había hecho con la suya.

Abrí los ojos y miré al techo intentando contener las lágrimas. No lo conseguí. Porque le echaba tanto de menos que sentía dolor físico y no solo en el alma; ese ya era totalmente insoportable.

Tenía un vacío constante dentro del pecho. Ese vacío que solo se llenaba un poquito cuando pensaba en Camille. Ella había sido mi salvavidas todos esos meses; ni un solo día había fallado.

Si no era una llamada, era un mensaje, pero siempre pendiente, siempre cogiéndome la mano en la distancia para que no cayera.

A veces hablábamos cinco minutos, otras hasta dos horas. Incluso había venido a casa desde Lyon tres veces durante esos meses para quedarse conmigo unos días y ayudarme con mi padre cuando todo empezó a empeorar tanto que se me hacía imposible seguir yo sola.

No tendría vida para agradecérselo. Se había portado como una verdadera amiga. De esas que llegan a tu vida por casualidad y sin aviso, pero que se quedan para siempre.

Me pasé la mano por la cara y me limpié las lágrimas que me habían caído por las mejillas. Suspiré.

Eran las diez de la noche y ese día no me había movido del sofá nada más que para ir al baño un par de veces y para coger una botella de agua de la cocina.

Era lunes. Era el día de descanso de la pastelería y no había abierto. Sin embargo, no habría habido mucha diferencia en las ventas si lo hubiera hecho, ya que apenas sacaba para pagar los ingredientes.

Y mucho menos para pagar el alquiler o todo lo demás.

Capítulo 11



Me levanté del sofá y me acerqué a la ventana.

Fuera todo estaba en silencio, pero un silencio muy distinto al que yo sentía, al que llevaba muchos días acompañándome.

Ese silencio era de paz. El mío no. El mío era soledad y desolación.

Ya había anochecido hacía un rato y eso significaba que la noche se había abierto paso en Annecy.

Una noche en la que mucha gente estaría paseando por el lago o cenando en alguna terraza o simplemente en la calle disfrutando de las buenas temperaturas que hacían, ya que el verano hacía solo dos días que había empezado.

Cerré los ojos y pensé en algo del pasado, como hacía cada dos por tres. Esas noches me encantaban o al menos lo habían hecho en otra época.

En esa en la que, después de cenar algunos días, mi padre y yo dábamos un paseo hasta el lago, respirábamos un poco y estirábamos las piernas mientras charlábamos de todo y de nada y nos reíamos de cualquier bobada.

Luego volvíamos a casa agarrados del brazo y pasábamos por el obrador, cogíamos un dulce y nos sentábamos en el sofá a comérnoslo mientras comentábamos el paseo.

Sacudí la cabeza con fuerza para no pensar en esos recuerdos dolorosos; no era que no me gustaran, sino que sabía que nunca volvería a poder hacer ninguna de esas cosas que tanto disfrutaba con mi padre.

Caminé despacio hacia el sofá para sentarme y seguir en modo hibernación, pero justo cuando me estaba sentando, mi móvil sonó.

Solo podían ser dos personas. Camille o Travis.

Voté por la primera opción porque con Travis había hablado esa misma mañana durante una hora.

Ay… Travis. Solo de pensar en él, la sonrisa me salía sola; era leve, pero salía y no de las forzadas, de las de verdad.

Porque si Camille había estado ahí para mí, él no se había quedado atrás; estuvo mucho más, más que nadie en realidad.

Volví a sonreír esa vez un poco más al pensar en lo que había sentido por él al principio, cuando vi su foto, cada vez que me llamaba *macaron* o las primeras veces que oí su voz.

Todas esas mariposas o esa atracción que sentí por él fueron una cortina de humo o algo pasajero que se esfumó de mi interior o quizá simplemente mutó.

Sí, eso fue, cambió. Pero a algo mucho mejor.

Eso que parecía haber nacido entre nosotros porque sabía por su propia boca que él también sintió lo mismo al principio, desapareció para dar paso a algo mucho más importante.

A algo que, bajo mi punto de vista, era de las cosas más importantes del mundo, porque el amor va y viene, o se acaba o desaparece.

Pero la amistad, si es verdadera, como lo era la nuestra, esa sí que no desaparecía nunca, ni porque hubiera distancia, ni tiempo sin ver a esa persona o sin hablar con ella.

No, la verdadera amistad dura para toda la vida y sobrepasa todo.

Y eso era lo que nos había pasado a Travis y a mí, que con el paso de los días eso que sentimos desapareció y nos convertimos en amigos.

Los mejores amigos. Así de simple y bonito fue.

Él se había convertido en la persona con la que más hablaba del mundo y mira que con Camille lo hacía y la quería muchísimo como la buena amiga que era.

Pero Travis… él era especial y, en esos momentos en los que ya no estaba mi padre, había pasado a ocupar el primer puesto en ser la persona más importante y querida de mi vida.

Durante todos esos meses, al igual que Camille, no falló ni un solo día; todos y cada uno de ellos me llamaba, a cualquier hora, y no solo una vez; había días que llegó a llamarme varias veces y mensajes, bueno, mensajes de esos hubo miles.

Daba igual el trabajo que tuviera; incluso si tenía que quedarse sin dormir lo que necesitaba o delegar trabajo, me llamaba.

Fue el único durante esos meses que consiguió hacerme reír con sus tonterías, incluso en los peores días.

Mi padre me repetía una y otra vez que había tenido mucha suerte de encontrar un amigo como él.

Que eso era algo difícil de encontrar. Y sí, al parecer yo había tenido la suerte de que me tocara y estaba agradecida al cielo, a Dios o a quien fuera por poner a Travis en el camino de mi vida.

Habíamos pasado noches enteras hablando por teléfono mientras yo permanecía sentada junto a la cama de mi padre.

Había momentos en los que ni siquiera decíamos nada, solo descolgábamos y nos quedábamos en silencio, pero solo con saber que estaba al otro lado ya me daba la paz y las fuerzas que necesitaba para seguir adelante.

Y jamás se cansó. Jamás me hizo sentir una carga. Incluso cuando yo sabía perfectamente que él tenía mucho trabajo y que sacrificaba su poco tiempo libre hablando conmigo, y así se lo hacía saber.

En esos momentos se enfadaba y me decía: "No me hagas ir hasta allí y darte unos azotes por tonta".

Apreté un poco los labios al recordar todas las videollamadas.

Como en ellas me enseñaba los caballos, o los terneros recién nacidos, o el paisaje del atardecer desde la mecedora del porche de su casa. O cuando me ponía cerca de la cámara a Corso y Castan para que me saludaran con un ladrido.

Apreté más los labios antes de sonreír, pensando en Helen, su madre.

En una de esas videollamadas, al principio de todo me la presentó y esa mujer, que era la más dulce y cariñosa que yo había conocido en mi vida, también se convirtió en una constante en mi vida.

Casi siempre, cuando veía a su hijo hablando conmigo, le quitaba el teléfono de un tirón bajo las protestas de él y se ponía a charlar conmigo como si nos conociéramos de toda la vida.

—*Come más cielo* —me decía siempre—. *Estás demasiado delgada, tienes que cuidarte tú para estar fuerte para tu padre.*

Y tenía razón. Porque había perdido muchísimo peso del ajetreo que tenía todo el día y de lo mal que comía y a deshoras también, pero no lo pude evitar; mi padre iba primero y yo me dejé un poco, o bastante.

Incluso las clientas, las pocas que venían a la pastelería, las fieles de siempre, las que no había día que, aunque no compraran, se pasaran por allí a preguntarme por mi padre o por mí, me regañaban con cariño y preocupación, eso sí, para que me cuidara más.

El teléfono volvió a sonar y me sobresaltó. Me había quedado tan ida pensando en Travis, en su madre y en todo lo demás que me había olvidado por completo de que el móvil estaba sonando.

Di dos pasos rápidos y lo cogí de encima de la mesa y, como había supuesto, era Camille.

Descolgué rápido.

—Hola.

—Alma, no estarías durmiendo y te he despertado, ¿verdad?

Ojalá hubiera estado durmiendo, pensé antes de contestarla.

—No, estaba pensando y no me dio tiempo a cogerlo.

—Esa voz no me gusta nada, suenas más apagada que nunca.

Cerré los ojos y suspiré. Porque tenía toda la razón del mundo. Cada vez me sentía más apagada, más vacía, más sola.

—A mí tampoco me gusta, pero es lo que hay.

Escuché cómo suspiraba.

—¿Has comido algo hoy?

Mentí automáticamente.

—Sí.

—Alma…

Ante mi silencio, no insistió más; sabía que era una batalla perdida.

—No puedes seguir así, no puedes estar encerrada todo el día en casa, te estás hundiendo cada día más.

Sí, exactamente eso era lo que estaba pasando. Pero no sabía cómo seguir. No sabía cómo salir de ese pozo en el que me había metido.

Ese que parecía que en el fondo tenía lodo y cada día que pasaba me hundía un poco más.

Miré un segundo a mi alrededor lentamente. La casa. La pastelería. Los recuerdos. La ausencia de mi padre. Todo me estaba asfixiando.

—No sé qué hacer, Camille —murmuré rota.

—Siento que ya no encajo aquí, no sin él. Todo me pesa demasiado.

Hubo unos segundos de silencio.

—Necesitas un cambio.

Me reí sin humor.

—¿Cuál? ¿Desaparecer?

—No. Respirar.

Respirar, sí, eso estaría bien.

—Tienes que marcharte de ahí y lo sabes.

Hizo una pausa.

—Necesitas hacerlo para seguir. Sabes que sería lo que tu padre querría.

Lo sabía, claro que lo sabía. Y no porque lo pensara, que también, sino porque en muchas de nuestras conversaciones me lo había dicho.

—No te ancles aquí cuando yo no esté, sigue adelante donde sea, pero sigue; a mí me llevarás en el corazón, esto solo es un lugar. Es el mío; tú tienes que buscar el tuyo.

Esas palabras las tenía clavadas en el alma. Porque cuando me las dijo, hasta me enfadé pensando que cómo iba yo a irme de ahí, que ese también era mi lugar, no solo el suyo.

Pero cada día que pasaba, más cuenta me daba de que mi padre tenía razón. Ese no era mi sitio. No era mi lugar. Solo lo había sido mientras él había estado, pero al irse ya no lo era.

Y por eso me sentía tan perdida, porque no tenía lugar, uno mío, uno que amara como mi padre hizo con el suyo. O como Travis hacía con el rancho.

Me pasé una mano por la cara y me senté de nuevo en el sofá.

—Estoy cansada, Camille.

—Lo sé. Y sabes que puedes venir aquí, nos apañaremos.

Negué con la cabeza. No era la primera vez que me ofrecía que me fuera a vivir con ella y con su madre.

Pero ellas vivían en un piso pequeño de dos habitaciones y no era plan de invadir sus vidas y su sofá.

Además, que no quería ir a vivir a Lyon; estar allí me recordaría que no pude estudiar lo que quería y el motivo por el que lo hice constantemente, y eso era lo último que necesitaba.

—Sabes que no puedo ir allí.

Lo sabía porque ya le había explicado mis motivos y ella los había entendido perfectamente, pero aun así estaba tan preocupada por mí que solía ofrecérmelo cuando me veía más baja, como ese día.

—Lo sé, pero algo tienes que hacer; así no puedes seguir.

Eso también lo sabía. Tenía que decidir qué hacer y pronto. Porque la pastelería no podría tenerla abierta mucho más. Y seguir viviendo ahí también pendía de un hilo, ya que debía en esos momentos tres meses de alquiler.

Seguimos hablando un poco más y, antes de despedirme, le prometí que al día siguiente empezaría a pensar de verdad qué iba a hacer.

No me había dado tiempo a dejar el teléfono encima de la mesa y acomodarme otra vez en el sofá cuando sonó el timbre.

Fruncí el ceño. Era muy tarde y no conocía a nadie que pudiera venir a mi casa a esas horas. Me encogí de hombros pensando que seguramente era alguna vecina que necesitaba ayuda o alguien que se había equivocado.

Pero cuando abrí la puerta, me di cuenta de que no podía haber estado más equivocada.

—¿Travis?

—Hola, *macaron*.

Capítulo 12



Parpadeé varias veces, como si con eso pudiera obligar a mi mente a aceptar lo que estaban viendo mis ojos.

Travis estaba allí, delante de mí, de verdad. Y no era un espejismo o una alucinación. Era real.

No reaccioné, no fui capaz. Me quedé quieta, tiesa como un palo en el umbral de la puerta, mirándolo de arriba abajo, intentando encontrar una explicación lógica, intentando buscar el motivo de por qué estaba allí, pero no lo encontré.

Lo único que sí supe es que era él. Mi amigo, mi protector, mi ancla, mi todo. Y, sin embargo, mi cabeza se negaba a creerlo.

Travis debió de notar mi bloqueo, porque dio un paso al frente, dejó caer la bolsa que llevaba al hombro en el suelo y abrió los brazos. Ese gesto me rompió.

Me moví antes de pensarlo siquiera, me lancé hacia él y cuando me rodeó con los brazos, todo lo que llevaba dentro, que me estaba destrozando desde hacía meses, salió en tromba sin pedir permiso.

Empecé a llorar sin control, rota, de una manera tan desgarradora que cualquiera que me hubiera podido oír hubiera pensado que me estaban torturando.

—Tranquila, tranquila… ya estoy aquí —me susurró, apretándome contra su pecho—. Ya estoy aquí, *macaron*, te tengo.

No sabría decir cuánto tiempo pasó, minutos o tal vez más. Solo sé que lloré como no había hecho en mucho tiempo, y él no se movió ni un centímetro; solo me sostuvo entre sus brazos como si yo fuera lo único importante en ese momento.

Cuando los sollozos empezaron a bajar, levanté la cabeza y miré confusa hacia ambos lados. Ya no estábamos en la puerta, estábamos en el sofá. Ni siquiera recordaba cómo habíamos llegado hasta allí.

Estaba sentada en sus piernas, y abrazada a él con mis brazos alrededor de su cuello y los de él rodeándome la cintura, sosteniéndome contra su pecho.

Me miró con una sonrisa suave y me pasó el pulgar por las mejillas para limpiarme las lágrimas.

—No quiero ver más esto —me dijo en voz baja—. Ya has llorado bastante, ya has sufrido bastante. Ahora toca seguir. Toca cumplir la promesa que le hiciste a tu padre y buscar tu lugar.

Tragué saliva al oír esas palabras que me atravesaron más de lo que lo habían hecho las de mi padre en su momento.

—Travis… no puedo, no sé qué hacer, no puedo más.

Negó despacio, sin soltarme.

—Pues para eso estoy yo aquí, para ayudarte con todo.

Me pasé la mano por la cara, retirando los restos de las últimas lágrimas que me quedaban, y lo miré confusa.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Cómo has venido? ¿Qué has hecho con el rancho?

Travis soltó una pequeña risita ante mi interrogatorio, ya que las preguntas no salieron despacio de mi boca, sino con mucha rapidez, casi montando unas palabras con las otras.

—Tranquila, tranquila, no te aceleres.

Asentí, pero no dije nada; esperé a que él siguiera hablando.

—En el rancho se ha quedado mi madre al frente. Ya sabes que puede con eso; los chicos le harán más caso incluso que a mí.

Imaginar a Helen montada a caballo dando órdenes, con lo dulce que era, me pareció increíble. Pero según me había dicho Travis muchas veces, yo solo conocía la parte amable de su madre, no la otra; cuando se ponía autoritaria y seria, ahí, según decía, daba miedo. Estaba segura de que exageraba.

Intenté responder, pero me falló la voz al pensar en esa mujer que tantos ánimos y cariño me había dado en mis peores momentos, aunque fuera en la distancia.

—Tu madre… cuánto me gustaría darle un abrazo —murmuré sin pensar muy bien lo que decía.

Me miró unos segundos poniéndose serio; luego volvió a suavizar el gesto.

—Y lo harás, más pronto de lo que crees.

Negué con la cabeza sonriendo porque pensé que era algo que había dicho por decir, pero no, no era así, y con su siguiente frase me sacó de mi error.

—He venido para llevarte conmigo.

Me quedé quieta.

—¡¿Qué?! —pregunté más alto de lo que pretendía.

—Alma, no voy a dejar que te hundas aquí sola —dijo con voz firme—. He venido a por ti. Te voy a llevar conmigo a Montana y allí vas a curar tu alma. Allí vas a seguir, allí pensarás si ese es tu camino o decidirás con calma cuál crees que es.

—Travis, no… no puedo dejar todo esto… —Balbuceé.

—Sí puedes —me interrumpió, sin dureza, pero sin duda—. Aquí solo te quedan recuerdos. Y los recuerdos se llevan aquí —se llevó una mano al pecho para que lo entendiera—. Pero no te pueden romper la vida, solo te pueden acompañar el resto de ella.

Bajé la mirada.

—Es mi casa.

—Y también es el lugar donde más has sufrido, mucho más de lo que deberías para la edad que tienes.

En eso tenía razón; con diecinueve años, esos que cumplí el verano anterior y que no celebré, y que mi padre ya estaba cayendo tan en picado que ni se acordó, pensaba que ya tenía el cupo de sufrimiento lleno.

—El recuerdo de tu padre lo llevas contigo, Alma. Eso nadie te lo puede quitar. Pero esto —dijo extendiendo una mano— ya no es para ti, ya no es tu sitio, ni tu lugar.

Le miré con los ojos húmedos otra vez.

—Siempre le caíste bien; me decía que ese vaquero guapo de una forma u otra siempre formaría parte de mi vida.

—Y tenía razón, sobre todo en lo de guapo —dijo intentando bromear.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Entonces dime, *macaron*, ¿te vienes conmigo a Montana para que te enseñe a montar a caballo?

Solté una risa rota entre lágrimas, y es que no sabía si reír o llorar o hacer las dos cosas al tiempo.

Me quedé pensando un segundo. No me hizo falta más tiempo para tomar la decisión que cambiaría mi vida.

—Gracias —susurré—. Gracias por venir a salvarme.

Travis negó despacio.

—No sabes si te estoy salvando yo a ti o tú a mí; ya veremos lo que es.

Se hizo un silencio distinto entre los dos. Más pesado. Más real.

Le miré interrogándole con la mirada, porque no tenía ni idea de por qué había dicho esas palabras.

—Hay cosas de mi vida que todavía no te he contado. Cosas que siguen doliendo, aunque haya pasado bastante tiempo. Pero ahora no es el momento; ya te las contaré cuando estemos en casa.

Sus últimas palabras me calentaron el corazón porque no había dicho en mi casa, sino en casa, como si ya diera por hecho que yo ya formaba parte de allí aun sin haber estado nunca.

Lo otro que había dicho me dejó preocupada porque vi dolor en sus ojos al decirlo, pero no le presionaría; sabía que me lo contaría cuando estuviera preparado y, como había hecho él conmigo, estaría para él, para ayudarle en todo lo que necesitara.

Se levantó despacio, conmigo aún en brazos. Dios mío… Si es que me levantaba sin ningún esfuerzo y no era porque estuviera delgada, que, si eso algo contaba también, sino porque era enorme.

En ese momento y estando así entre sus brazos, que parecía más una niña que una mujer, ahí me di cuenta de lo mucho que engañaba la cámara del móvil. Porque Travis me había parecido alto y fornido, pero joder, verlo al natural era mucho más impresionante.

—¿Qué haces?

Le pregunté al ver que no me soltaba y que tenía intención de caminar conmigo en brazos.

—Voy a dejarte en tu cama, es tarde y necesitamos descansar; mañana tenemos que estar frescos, hay mucho de lo que hablar.

Asentí sin fuerzas.

Con la mano le indiqué dónde estaba mi habitación y, nada más entrar, en dos zancadas estaba al lado de la cama, donde me dejó caer con delicadeza.

—Voy a por mi bolsa. Necesito quitarme esta ropa.

Le indiqué dónde estaba el baño para que se diera una ducha, que estaba segura de que agradecería después del largo viaje.

Quince minutos después se tumbó junto a mí en la cama y me rodeó por la cintura para pegarme a él. No hubo absolutamente nada sexual en ese gesto, ni por su parte ni por la mía. Solo éramos dos amigos que dormirían juntos abrazados, nada más.

—Duerme, *macaron* —dijo dándome un beso en el pelo.

Suspiré porque, por primera vez en mucho tiempo, no me dio miedo cerrar los ojos; por primera vez no me sentí tan sola.

Capítulo 13



Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, tardé unos segundos en entender qué era lo que notaba distinto.

Había algo. Algo diferente dentro de mí. Algo diferente en el ambiente.

Parpadeé varias veces, todavía medio dormida, sintiéndome extrañamente más ligera y confusa también. Como si durante la noche alguien hubiera colocado las piezas del puzle roto que tenía dentro.

Intenté moverme, pero no pude hacerlo ni un milímetro. Unos brazos fuertes y musculosos me tenían agarrada por la cintura y pegada a un cuerpo grande e igual de musculoso.

Todos los recuerdos de la noche anterior volvieron a mi cabeza de golpe. Travis.

Sonreí incluso antes de girarme. Lo hice despacio y me encontré con él completamente dormido a mi espalda, con el pelo totalmente revuelto, con mechones cayéndole sin orden por la frente.

Su respiración era tranquila y constante; era ajeno a que yo lo estaba observando. Lo miré más porque era como si no terminara de creerme que estuviera allí, conmigo.

Mi amigo. El que se había cruzado medio mundo para venir a buscarme. El único capaz de hacer que, después de meses sintiéndome vacía, despertara sintiéndome un poco más en paz.

Mientras lo miraba, los nervios volvieron a aparecer en mi estómago.

Montana. El rancho. Irme con él. Dejar mi vida atrás. A eso había venido, a llevarme con él.

Me daba miedo, muchísimo. Pero también sabía que, en el fondo, todos tenían razón.

Necesitaba un cambio, necesitaba seguir, necesitaba encontrar mi lugar y para eso necesitaba salir de allí, necesitaba cambiar mi vida.

Allí en esa casa y en la pastelería ya no me quedaba nada excepto recuerdos y dolor.

—Buenos días, *macaron*.

Su voz rasposa por el sueño, susurrada en mi oído, me sacó de mis pensamientos y sonreí.

—¿Ya estás despierto?

—Estoy en proceso de estarlo.

Me apreté un poco más contra él mientras se me escapaba una risita al verlo bostezar.

—¿Vas a prepararme uno de esos desayunos tuyos con los que llevo soñando desde que te conocí?

Solté otra breve risa.

—Eso ni se pregunta.

—Perfecto, porque llevo meses pensando en tus dulces. Cuando me los enseñabas por el móvil, solo me faltaba chupar la pantalla.

Negué con la cabeza.

—Buena la hemos hecho.

Levantó una ceja mientras a la vez fruncía el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Porque nos hemos juntado una pastelera que adora hacer dulces y el ranchero más goloso de toda Montana.

Le salió una carcajada que hizo que yo sonriera también.

—Tienes razón, en casi todo. Hay algo que has dicho que no es cierto.

Ahora fui yo la que levantó una ceja interrogante.

—¿El qué?

—Que no soy el más goloso de toda Montana, sino de Estados Unidos.

Nos quedamos mirándonos y nos echamos a reír a la vez.

—Pues venga, vamos a levantarnos; ese goloso que vive en ti se va a relamer con el desayuno que le voy a preparar.

—Gracias, Dios… gracias —dijo levantando las manos hacia arriba.

Nos levantamos y, mientras Travis pasaba el primero por el baño para asearse, yo fui directamente a la cocina a encender la cafetera. En casa no solía tener ingredientes para hacer dulces, así que bajé de una carrera hasta el obrador a coger lo que necesitaba.

Dejé todo en la cocina y, mientras Travis se vestía en mi habitación, pasé por el baño. Diez minutos después estábamos los dos en la cocina.

Suspiré antes de ponerme al lío, pero fue un suspiro bueno, porque por primera vez en mucho tiempo la casa no se sentía tan vacía ni yo tan sola.

Preparé unas tortitas con nata, fresas y chocolate mientras Travis me observaba totalmente alucinado por mi destreza, mirándome como si fuera una bruja que estaba haciendo magia.

—Voy a llorar —dijo cuando le puse el plato delante lleno de tortitas.

—Exagerado.

—No, *macaron*. Esto es amor verdadero; estoy enamorado de tus dulces desde la primera vez que los vi.

Me reí con ganas por primera vez de verdad en mucho tiempo. Y eso dolió un poco. Porque me hizo darme cuenta de cuánto lo necesitaba.

Después de desayunar, nos duchamos, ya que antes solo nos habíamos aseado de forma rápida, y nos pusimos ropa cómoda. Cuando estuvimos listos, Travis me pidió que nos sentáramos en el salón.

Ahí volvieron los nervios.

Él se acomodó frente a mí en el sofá mientras yo me sentaba en una silla para poder mirarnos a la cara mientras hablábamos. Apoyó los antebrazos sobre las rodillas y me miró serio.

Eso hizo que mis nervios aumentaran todavía más, porque Travis solo se ponía serio cuando lo que iba a decir era muy importante.

—Como te dije anoche, quiero que vengas conmigo a Montana.

Tragué saliva.

—¿Tú estás seguro de esto?

No dudó ni un segundo.

—No he estado más seguro de nada en mi vida.

Sonrió un poco para aligerar el ambiente.

—Además, si vuelvo sin ti, mi madre no me deja entrar otra vez en el rancho. Y tú no quieres que eso pase, ¿verdad?

Eso me hizo reír.

—Entonces, ¿tu madre está de acuerdo con esto?

—Por supuesto. Es más, yo pensaba viajar la semana que viene porque tenía que arreglar unas cosas relacionadas con unos caballos, pero cuando le conté mis planes de venir a por ti, me dijo: Te vas mañana, no podemos esperar más.

Negué con la cabeza riendo, porque al parecer sí que tenía razón cuando me dijo que Helen era dulce, pero que también tenía mucho carácter.

Cerré los ojos un par de segundos antes de hablar y decir con mis palabras que aceptaba.

—Vale… pues vamos allá.

Travis sonrió satisfecho.

—Eso era lo que quería oír.

—Aunque no tengo ni idea de cómo funciona nada de esto —añadí rápidamente—. ¿Puedo viajar así sin más? ¿Necesito permisos? ¿Papeles? No sé cómo funciona lo de viajar y vivir en otro país.

—Lo primero que necesitas es sacarte el pasaporte.

—Bueno, eso es fácil y sé que se hace rápido.

—Y luego está el pequeño detalle de poder quedarte legalmente allí.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso cómo se hace?

Vi cómo se removía un poco nervioso en el sofá.

—Bueno… he estado mirando distintas opciones.

Lo señalé con el dedo por impulso, porque eso me dejó descolocada. Era imposible que hubiera mirado las opciones en un día si su madre le había pedido que adelantara el viaje.

—Entonces esto de venir a por mí no ha sido un impulso repentino, ¿no?

Travis me miró a la cara y soltó una pequeña risita.

—No. La decisión la tomé antes incluso de que Henry se fuera. Sabía que ibas a necesitar salir de aquí, y no me equivoqué.

El pecho me dio un vuelco al oír el nombre de mi padre.

—¿Y cuál es tu idea? ¿Cuál de todas esas opciones es la mejor en mi caso?

Travis se inclinó hacia delante.

—No te asustes, ¿vale?

Entrecerré los ojos.

—Uy… madre. Me das miedo.

Abrió la mochila que había traído el día anterior y que antes de sentarnos había dejado en el suelo a sus pies. De ella sacó unos papeles y los puso sobre la mesa. Con un movimiento de cabeza me pidió que los cogiera.

Solo llegué a ver las letras en mayúsculas que ponía en el encabezamiento del primer papel porque me quedé congelada. "Acta de matrimonio".

Tardé unos segundos en poder articular palabra.

—¿Qué es esto?

—La manera más fácil y rápida de que puedas entrar y quedarte en Estados Unidos.

Lo miré fijamente. Él me sostuvo la mirada con total seriedad. Y entonces… me eché a reír.

Pero no suavemente, no, me eché a reír a carcajadas. Hasta me pareció extraño oír mi risa de esa manera, porque hacía mucho, mucho tiempo que no me reía de esa manera. Hasta un par de lágrimas se me escaparon y tuve que agarrarme el estómago del dolor que me dio.

Travis arqueó una ceja al verme en ese estado.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿En serio? —dije todavía riéndome—. ¿Esta es tu solución? Joder, ¿estás loco o qué? ¿Cómo vamos a casarnos?

—Pues casándonos, solo tienes que poner tu firma y ya está, todos los datos están ya puestos.

Volví a reírme más fuerte al ver que no era una broma; es que estaba hablando totalmente en serio. Y sí, me reía, pero no sabía si era por nervios, por lo alucinante de su idea o por qué coño me reía, si he de ser sincera. El caso es que lo hacía.

—¿Esta es tu propuesta de matrimonio? Qué decepción, y yo que pensé que Travis Hunter era más romántico, más de cena, flores y arrodillarse.

No pude evitarlo y le dije eso para burlarme un poco.

Se me quedó mirando dos segundos y, cuando procesó mis palabras, se echó a reír de la misma manera que lo estaba haciendo yo.

—*Macaron*, no he tenido tiempo de preparar una pedida más romántica, pero si quieres, me arrodillo, ¿eh?

Hizo amago de levantarse y le agarré del brazo para frenarle sin parar de reír. Pasaron un par de minutos hasta que los dos conseguimos calmarnos.

—Venga, Alma, ¿qué me dices? ¿Te casas o no?

—Estás loco, que lo sepas.

—No.

—Sí.

—Solo es un trámite, el más rápido para que nos podamos ir cuanto antes. Solo tienes que firmar, presentamos los papeles, lo registran y ya serías oficialmente una Hunter. Dentro de un año firmas el divorcio y ya está. Tú tendrás residencia legal y nadie sospechará nada.

Intenté ponerme seria otra vez.

—¿Y si investigan y descubren que es un matrimonio falso? Eso nos puede traer muchos problemas a los dos.

—Ya lo he pensado.

Claro que lo había pensado, si al parecer traía las respuestas preparadas para todas las dudas que me estaban surgiendo.

—Diremos que nos enamoramos en la distancia. Que llevamos meses en una relación. Tenemos pruebas de ello.

Hizo una pausa para respirar.

—Los mensajes están ahí, que sí que en ellos no hay nada que parezca amor, pero para eso están los registros de las videollamadas, diremos que ahí era cuando dábamos rienda a nuestros sentimientos y a algo más…

Ese algo más sabía de sobra lo que era. Que en esas videollamadas para que no sospecharan, teníamos que decir que eran entonces cuando había algo sexual y también romántico.

Lo miré unos segundos, y odié admitirlo.

—Es…bastante creíble.

—Lo sé, es una idea cojonuda.

Negué despacio, todavía riéndome un poco. Aquello era una locura. Una auténtica locura. Pero también era la primera vez en meses que el futuro no me parecía completamente negro.

Travis me tendió la mano teatralmente.

—Entonces… señorita Moreau. ¿Quiere ser usted una Hunter?

Volví a echarme a reír.

—Es una locura.

—Pero una locura necesaria.

Lo miré unos segundos más y por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a la esperanza. Esa que se marchó de mi cuerpo meses atrás.

Alargué la mano y de debajo de la mesa cogí un bolígrafo que siempre tenía allí con una libreta para apuntar cosas.

Acerqué mi mano a los papeles y sin leer nada sin pensármelo más, estampé mi firma donde ponía mi nombre y un hueco debajo para hacerlo.

—Ya soy una Hunter —susurré.

—Así es —dijo sonriendo.

—Ahora solo queda hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Seguir Alma, seguir.

Asentí con los ojos aguados y me tiré a sus brazos cuando los abrió para firmar nuestro trato con un abrazo.

Capítulo 14



Nunca había montado en avión, como iba a hacerlo si no había salido de mi pueblo.

Todo lo más lejos que había llegado desde Annecy había sido a los pueblos cercanos algún lunes con mi padre en los que me había llevado de excursión para ver alguna parte más de Francia, había dicho.

Nada más que el avión se puso en marcha descubrí una sensación mucho más extraña de lo que había imaginado en mi estómago.

Durante el despegué me agarré tan fuerte al reposabrazos que Travis terminó soltando una carcajada.

—*Macaron*, relájate. No vamos a morir.

—Eso lo dices tú porque no es tu primera vez, yo estoy cagada.

Soltó una carcajada que tuvo que disimular tapándose la boca con la mano para que no le oyeran todos los pasajeros.

—Pues los baños están al fondo, este asiento no es sitio para hacer esas cosas.

Sería capullo el vaquero.

—Serás idiota —dije fingiendo estar ofendida.

—Venga, en serio, ya verás cómo te gusta la sensación de estar entre las nubes.

—Ya veremos —murmuré agarrándome con fuerza al reposabrazos cuando el avión tomó velocidad.

Pero después de un rato cuando el avión ya estaba en el aire estabilizado y miré por la ventanilla al ver las nubes tan grandes y parecían tan esponjosas no pude por más que darle la razón. Se veía impresionante el paisaje desde allí.

Miré un poco hacía abajo y suspiré al ver como las luces de Francia se quedaban atrás, como mi vida se quedaba allí y noté como todo se hacía más real. Demasiado real.

Teníamos muchas horas de vuelo por delante, muchísimas. Yo no tenía ni idea de cómo sería el viaje hasta el rancho, pero Travis se encargó de contármelo todo para que no me pillara desprevenida el día que saliéramos de Francia.

Primero desde Annecy viajamos hasta Ginebra en autobús cargados con todo mi equipaje que sinceramente no era mucho, me llevaba lo justo, no porque no quisiera llevar más, sino porque con la vida que llevaba en mi pueblo mucha ropa no tenía.

Eso era otra cosa que estaba hablada antes de salir, cuando llegáramos a casa, como Travis decía siempre que hablaba del rancho ya se encargaría Helen de llevarme de compras para que tuviera ropa adecuada para vivir allí.

Una vez que llegamos a Ginebra allí tomamos el avión en el que estábamos en ese momento que nos llevaría hasta Nueva York.

En Nueva York era la primera escala que haríamos hasta Denver. Y en Dever la segunda y última en la que cogeríamos otro avión hasta Bozeman.

Cuando me contó los planes de viaje poco más y me caigo de culo o me echó para atrás. Porque joder de no haber montado nunca en avión, lo iba a hacer por partida triple en menos de veinticuatro horas. Pero me dije "es necesario, así que tú aguanta".

Con el paso del tiempo, Travis terminó quedándose dormido, ese primer vuelo era el más largo y la verdad es que era una buena oportunidad para descansar unas horas.

Le miré de reojo y sonreí. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y los brazos cruzados sobre el pecho, estaba completamente tranquilo.

Todo lo contrario, a mí. Porque llevaba tantos nervios dentro por el cambió tan grande que estaba dando a mi vida que fui incapaz de pensar en dormir y mucho menos hacerlo.

Después de beberme el refresco que me había traído una de las azafatas apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cerré los ojos.

Y todos los recuerdos de los días anteriores desde que Travis se presentó en mi casa esa noche me volvieron de golpe.

Todo había pasado muy rápido, demasiado quizá.

Al día siguiente de aquella absurda propuesta de matrimonio fuimos a hacerme el pasaporte. Después al registro.

Todavía me daban ganas de reír cuando recordaba a la mujer que nos entregó el libro de familia, el certificado de matrimonio y toda la documentación necesaria en esos casos.

Esa mujer nos dijo “Muchísimas felicidades a los dos, hacéis una pareja preciosa” en esos momentos los dos nos miramos sonriendo y le dimos las gracias, cuando la verdad es que nos estábamos aguantando las ganas de reír.

También uno de los momentos más raros fue cuando el hombre del registro o el que casa o como se diga, me preguntó “¿Confirma usted que desea contraer matrimonio con el señor Hunter?”

Ahí sí que tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no reírme, porque, madre de dios, en la vida había pensado yo que me casaría, mucho menos de esa manera y muchísimo menos todavía con Travis.

La verdad es que Travis llevaba todo lo necesario muy bien preparado y yo no tuve que hacer nada, solo firmar lo que firmé en mi casa y estar ese día allí con él.

Él se encargó de todo, de coger todos los papeles, del libro de familia y demás cosas.

Lo guardó todo en una carpeta y al salir del ayuntamiento nos fuimos a comer a un restaurante del pueblo para celebrar que todo había salido bien. También se encargó de ayudarme a vaciar la pastelería.

Ese recuerdo me hizo apretar los puños con fuerza.

Sabía que era necesario para seguir, pero dolió hacerlo y no pude evitar llorar hasta el cansancio mientras lo hacía.

Sonreí al recordar a las vecinas entrando una tras otras mientras yo les regalaba ingredientes, moldes, cajas de harina, chocolate, decoraciones y todo lo que no podía llevarme.

Todavía podía escuchar sus voces.

—Te echaremos muchísimo de menos, Alma.

—Tú padre estaría orgulloso de ti.

—Vuelve algún día a visitarnos.

Tuve que apretar los ojos con fuerza al notar cómo se me aguaban, no, no quería llorar más. Así que desterré ese recuerdo y dejé que otro mejor llegara. El de Camille.

Al día siguiente de la llegada de Travis después de comer en el restaurante cuando llegamos a casa, hicimos una videollamada con ella.

Esa llamada había sido un espectáculo digno de Broadway.

En cuanto vio aparecer a Travis a mi lado en la pantalla y después de quedarse unos segundos mirándonos con la boca abierta pegó tal grito que poco más y nos deja sordos.

—¡Coño, el vaquero guapo!

Travis se había echado a reír mientras yo me tapaba la cara de la vergüenza.

—¡Está en Francia! ¡Esto no me lo pierdo yo! —había seguido chillando *—¡Mañana mismo voy para allí!*

Y cumplió su palabra. Al día siguiente bien temprano se presentó en mi casa como un huracán, de esos que arrasan.

Todavía sonreía al recordar su cara cuando le dijimos que ya no era Alma Moreau.

—¿Cómo que Alma Hunter? —había dicho mirándonos con los ojos abiertos como platos *—¿Qué me estás contando? Será una puta broma ¿no?*

Ese día nos reímos muchísimo, tanto que los tres terminamos llorando.

Le explicamos el plan, el matrimonio, mi inminente cambio de vida y el viaje que ya estaba programado para solo unos días después para irnos a Montana.

Y lejos de parecerle una locura, Camille terminó abrazándome emocionada.

—*Esto es exactamente lo que necesitas* —me dijo después cogiéndome la cara con las dos manos—, *un nuevo comienzo.*

Y luego miró a Travis, muy seria.

—*Como le hagas daño o le pase algo, vaquero, cruzo el océano nadando para matarte o dejarte eunuco.*

Travis se llevó las manos hasta sus partes y se las cubrió mirándola con horror. Ella un segundo después estalló en carcajadas al verle la cara y acabamos riéndonos los tres.

Poco a poco, entre recuerdos, cansancio y el ruido constante del avión, terminé quedándome dormida.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que abrí los ojos sobresaltada al escuchar la voz del comandante anunciando que comenzábamos el descenso hacía el aeropuerto de Nueva York.

Y ahí los nervios volvieron otra vez a mi estómago al sentir esa sensación de vértigo.

Miré por la ventanilla y vi las luces interminables bajo nosotros. Estados Unidos. Dios mío…

Travis se desperezó a mi lado y sonrió al verme tan tensa.

—Esta pregunta ya no tiene mucho sentido, pero…ya no puedo arrepentirme ¿cierto?

Soltó una carcajada.

—Demasiado tarde, señora Hunter.

Puse los ojos en blanco.

—Todavía no me acostumbro al cambio de apellido.

Recogimos las maletas y atravesamos un trozo del aeropuerto para ir a la siguiente terminal donde salía el próximo vuelo, el que nos llevaría a Denver.

Allí todo era enorme. Ruidoso. Nuevo para mí. Nada que ver con la tranquilidad de mi pueblo.

Allí cada uno iba a lo suyo. Unos corriendo maleta en mano, otros hablando por teléfono y otros totalmente perdidos intentando encontrar donde tenían que ir

.

El vuelo hasta Denver fue mucho más corto y ahí Travis ya no se quedó dormido.

Nos pasamos todo el vuelo comiendo chucherías que habíamos comprado en una de las tiendas del aeropuerto y charlando de dulces, del rancho y de Camille.

Bajamos del último avión ya bien entrada la tarde.

Había pasado casi un día entero desde que salimos de Francia y el cansancio se notaba en nuestro cuerpo, sobre todo en el mío que no había sido capaz de dormir más de dos horas.

Recogimos mi equipaje, el de Travis no hizo falta porque su bolsa al ser de mano la había subido con él al avión y la llevaba colgada al hombro.

Al salir del aeropuerto lo primero que noté fue un calor asfixiante típico de donde estábamos, y que se notaba mucho más al ser verano.

Salimos por las puertas del aeropuerto y al ver a Helen allí esperándonos sin poder evitarlo dejé caer la bolsa que llevaba colgada, me llevé las manos a la boca y me eché a llorar. Se acercó con rapidez y me envolvió entre sus brazos.

Sentí una sensación de paz en sus brazos impresionante. Porque aquella mujer, incluso a través de una pantalla, había conseguido hacerme sentir acompañada y comprendida como si fuera mi madre durante los perores meses de mi vida.

Me abrazó y me acarició el pelo mientras me repartía besos por toda la cara haciéndome reír entre lágrimas.

—Niña…—susurró emocionada también—. Vas a estar muy bien aquí con nosotros, ya lo verás.

Asentí sin poder hablar.

El trayecto hasta el rancho se me hizo cortísimo, no porque estuviera cerca sino porque entre que iba alucinada viendo el paisaje por la ventanilla y que Helen no dejó de darme conversación en ningún momento.

Nunca había visto paisajes así. Montañas enormes. Carreteras infinitas. Bosques que parecían sacados de un libro de fantasía.

Cuando por fin llegamos al racho que estaba iluminado solo por una luz en el porche y por la claridad de la luna, sentí algo extraño dentro de mí.

Miedo. Pero también calma.

Helen me dijo que ya tenía una habitación preparada para mí desde el mismo día que Travis salió de allí para ir a buscarme.

Al subir las escaleras detrás de ella, me fijé en una fotografía que estaba colgada en el pasillo. En ella pude distinguir enseguida a Helen, a Travis y a su padre, el que conocía por las fotos que Travis me había mandado, pero había alguien más en la foto, alguien a quien no conocía,

Un hombre moreno un poco más mayor que Travis que tenía sus mismos ojos azules, pero más profundos, más duros. Era increíblemente guapo.

Y si Travis era atractivo, ese hombre era directamente impresionante.

Me quedé observando la fotografía unos segundos más, como si los ojos de ese hombre me hubieran hipnotizado.

—¿Qué miras?

La voz de Travis sonó detrás de mí. Se acercó hasta quedarse a mi lado.

—¿Quién es? —pregunté sin apartar la mirada de la foto.

Tardó un par de segundos en contestar.

—Wyatt.

Giré un poco la cabeza hacía él.

—¿Tu hermano?

Asintió.

—Nunca me has hablado mucho de él, solo sé que viene al rancho de vez en cuando, nada más.

Vi cómo algo cambiaba en su expresión. Se puso muy serio.

—Supongo que tarde o temprano acabarás conociéndolo, sí algún día decide volver a aparecer por aquí. Estuvo aquí hace un par de meses y solo dos días.

—¿Y eso qué significa?

—Es una historia un poco complicada.

Vi cómo al decirlo en sus ojos había cierto dolor. Eso me dijo que algo pasaba entre ellos o que Wyatt había tenido algún problema en el rancho.

Se quedó pensando unos segundos mirando la foto y negó con la cabeza.

—Mañana mientras te enseño el rancho si quieres te la cuento. Ahora descansa. Ha sido un día muy largo y no has dormido nada.

Asentí sonriéndole. Pero antes de seguir hacia delante miré por última vez la fotografía.

Y no sé por qué… pero algo dentro de mí me dijo que ese hombre de los ojos azules tan profundos iba a cambiar mi vida.

Lo que no tenía claro era, si sería para bien o para mal.

Capítulo 15



Abrí los ojos despacio, todavía desubicada por completo. Durante unos segundos me quedé inmóvil, mirando el techo de madera sobre mi cabeza mientras intentaba recordar dónde estaba.

Entonces el silencio me golpeó. No era un silencio incómodo, no, era uno de esos silencios que te arropan y que te hacen sentir en paz contigo misma.

Profundo. Tranquilo. Limpio. Sonreí sin darme cuenta.

El rancho. Estaba en Montana.

Me incorporé despacio sobre la cama y miré alrededor por primera vez con verdadera atención.

La noche anterior había llegado tan agotada que apenas me había fijado en nada antes de desplomarme en la cama y quedarme dormida.

La habitación era preciosa. Todo estaba decorado en tonos cálidos, los muebles eran de madera oscura la cama era enorme y estaba cubierta por una colcha beige de punto gordo. Había una cómoda antigua junto a la pared, una mecedora al lado de la ventana y unas cortinas color blanco que dejaban entrar la tenue luz del amanecer.

Sobre una de las paredes colgaban fotografías antiguas del rancho y varios cuadros con paisajes montañosos, eran preciosas y muy realistas. Olía a madera, a flores y a hogar.

Y en ese momento me di cuenta de verdad de cuánto había necesitado sentir esa paz que me estaba llenando por dentro y ese cambio.

Me levanté despacio y abrí la maleta. La noche anterior estaba tan cansada que no había colocado nada en el enorme armario que estaba en una de las paredes. Lo haría más tarde, me dije mientras escogía qué ropa ponerme.

Saqué ropa interior, unos leggins negros, una camiseta de tirantes también negra y una sudadera gris, también cogí las deportivas que había usado el día anterior y con todo en las manos me fui directamente hasta el baño.

Sonreí nada más entrar y no solo porque el baño fuera grande y precioso sino porque por primera vez en mi vida, tendría uno para mi sola que no tendría que compartir con nadie.

El agua caliente de la ducha terminó de despertarme y despejarme la cabeza.

Cuando bajé las escaleras todavía no había nadie en la cocina. Fruncí un poco el ceño.

Miré la hora en mi móvil el que llevaba metido en el bolsillo delantero de la sudadera. Las cinco y diez.

—*Vale, igual aquí no madrugan tanto como yo pensaba* — murmuré.

A lo mejor yo tampoco tendría que haberlo hecho, pero llevaba tanto tiempo levantándome sobre las cinco de la mañana para preparar todo lo necesario en la pastelería, que era como sí llevara un reloj incorporado dentro de mí.

Ni alarma ni nada me hacía falta para levantarme ya. Aunque por lo que me había contado siempre Travis de su trabajo, estaba segura de que no tardaría en levantarse y seguro que Helen, aunque no arreaba ganado, también llevaba el mismo ritmo y madrugaba.

—*Pues vamos a hacer algo útil mientras tanto, Alma* —me dije a mí misma.

Abrí los armarios de la cocina, encontré harina, huevos y mantequilla. Seguí inspeccionando todo un poco y cuando abrí una puerta que me llamó la atención, que estaba al lado del frigorífico, sonreí como si me hubiera tocado la lotería.

Era una despensa. Era enorme y estaba perfectamente organizada.

—*Bueno, pues vamos allá* —dije poniéndome un mandil que había encontrado precisamente en la despensa colgado de una percha que estaba en una de las paredes.

La única que estaba libre allí dentro.

Casi cuarenta minutos después la cocina olía a canela, mantequilla y azúcar tostado cuando escuché voces acercándose desde fuera.

La puerta se abrió, Helen fue la primera en entrar y se quedó completamente quieta. Travis, que venía detrás, se chocó con ella y menos mal que la mujer no era pequeña que si hubiera sido yo con ese choque del vaquero me hubiera tirado al suelo con el tamaño que tenía.

Ninguno dijo nada. Cerraron los ojos e inhalaron el delicioso olor que había en toda la cocina haciéndome sonreír con ese gesto.

—Madre de dios —murmuró Helen—. ¿Qué es ese olor tan maravilloso?

No pude evitar reírme. Helen se llevó una mano al pecho.

—No voy a dejarte ir nunca, quedas oficialmente secuestrada.

Solté una carcajada.

—Buenos días.

—¿Buenos días? —repitió Travis acercándose a la encimera—. Buenos no, los mejores.

Helen observó todas las cosas que había preparado: panecillos, rollitos de canela, bizcocho de limón y unos huevos revueltos. Aparte del café y una jarra llena de zumo de naranja que acaba de exprimir hacía tan solo cinco minutos.

Negó lentamente con la cabeza.

—Travis ya te adora, pero cuando venga el otro con lo goloso que es te hará una reverencia.

Sonreí.

—¿Más goloso que Travis? No creo que eso sea posible.

—Sí que es posible, mi hermano, si por él fuera, solo comería dulces y prescindiría del resto de la comida.

—Entonces cuando venga esconderé mis dulces, hasta que no se coma la comida no hay postre.

Madre e hijo se miraron y se echaron a reír haciéndome fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

Los dos negaron con la cabeza.

—No cielo, nos ha hecho gracia lo que has dicho, porque con lo gruñón que es Wyatt si le escondes un dulce que al parecer es lo único que le saca una sonrisa, lo mismo te ladra.

Alcé una ceja. Así que el hermano moreno tenía malas pulgas, bien pues a mí pulgas, ninguna, eso sí que no.

—Que ladre lo que quiera, si no come no hay dulces, regla número uno de una pastelera responsable.

Nos echamos a reír los tres mientras les pedía con la mano que se sentaran a la mesa para desayunar.

Travis sin pensárselo y medio babeando cogió una tortita y se la metió entera en la boca. Negué mientras reía, porque apenas podía revolverla en la boca.

—*Macaron*, definitivamente estoy enamorado de tu cocina —dijo cuando tragó.

Helen asintió mientras saboreaba un trozo de bizcocho.

—De verdad, cariño, no tenías que hacer nada, eres una invitada.

Negué rápido.

—No, no, no. Yo no sé estar sin hacer nada. Me moriría de aburrimiento. Además, me encanta cocinar.

Y era totalmente cierto.

Llevaba tantos años ayudando a mi padre con la casa, cocinando y haciendo dulces en la pastelería que, si ahora tenía que estar de brazos cruzados, me daría un soponcio por el aburrimiento.

Mi cuerpo y mi mente necesitaban actividad. Helen resopló divertida.

—Pues me has hecho un favor, porque odio cocinar, lo hago porque no me queda más remedio, pero nunca me ha gustado y eso no ha cambiado con el paso de los años, ni cambiará.

—Pues hacemos un trato, yo cocino y vosotros coméis.

Los dos se echaron a reír.

—¿Estás segura? No quiero parecer una aprovechada por dejarte que cocines tú.

—Segurísima, y de aprovechada nada, encima que me habéis acogido aquí.

—No te hemos acogido, joder diciéndolo así, parece que eras un perrillo que estaba a un lado de la carretera y lo recogimos al pasar con el coche —protestó Travis.

—Era una manera de hablar —dije poniendo los ojos en blanco.

—Pues no lo digas más así, *macaron*, no me gusta cómo suena.

—Valeee. ¿Entonces tenemos un trato, Helen?

Me sonrió y pude ver el alivio en sus ojos al ver que no tendría que acercarse más a los fogones, me aguante la risa, porque de verdad que me podía imaginar el suplicio por el que habría pasado esa mujer cocinando tantos años si no le gustaba.

—Sí, sí lo tenemos. Además, así puedo dedicar más tiempo a mi querido huerto.

Mis ojos se abrieron como platos, porque saber que tenían un huerto me encantó, siempre había soñado con tener uno, y poder plantar muchas cosas, especias sobre todo para luego usarlas en los postres.

—¿Tienes un huerto?

—No es solo un huerto, es el huerto —dijo orgullosa.

—Eso es maravilloso, las verduras recién cortadas saben muchísimo mejor. Y las especias recién recogidas son maravillosas para los postres.

—Especias no tengo muchas, pero ahora que estás aquí, como tengo sitio podremos plantar las que quieras para que las uses.

—Eso sería estupendo —dije ilusionada.

—Y por los huevos tampoco te tienes que preocupar, puedes gastar los que quieras para los dulces —añadió Travis antes de comerse la quinta tortita.

Madre mía este muchacho, comía como una lima, menos mal que luego lo quemaba trabajando, sino en poco tiempo tendríamos que llevarlo rodando, pensé aguantándome la risa.

—¿También tenéis gallinas?

Travis sonrió al verme emocionarme por todo.

—Prepárate porque vas a flipar con este sitio y con lo que tenemos.

—Estoy deseando verlo.

—Pues ahora cuando desayunemos te haremos un tour, para que sepas donde está todo.

—Sí, sí, sí —dije emocionada como una cría pequeña.

Los dos se echaron a reír.

Seguimos desayunando mientras Travis me preguntaba qué haría ese día para comer. La madre que lo parió, no había terminado lo que tenía delante y ya estaba pensando en lo siguiente.

Capítulo 16



Después de desayunar salimos fuera de la casa los tres y empezaron a enseñarme todo.

El aire fresco de Montana me golpeó en el rostro, aunque sabía que eso duraría poco, porque a medida que avanzara la mañana el calor empezaría a apretar como ya me habían avisado.

Respiré profundamente mientras observaba las enormes extensiones de tierra que rodeaban el rancho. Todo parecía infinito, eterno.

El primer sitio al que fuimos que estaba detrás de la casa fue al huerto. Y sí que aluciné, sí, pensé que sería grande pero esa palabra se quedaba corta, era gigante y tenía tantas cosas plantadas que no sabía ni donde mirar de lo emocionada que estaba.

Había calabacines, tomates, lechugas, zanahorias y muchísimas cosas más. Incluso había algunas verduras que yo había visto en mi vida y ni sabía cómo se llamaban.

—Este espacio es el de las especias, como ves no tengo muchas, pero cuando bajemos al pueblo compraremos las semillas que quieras y en este trozo vacío las plantaré.

Ni hablar podía de lo emocionada que estaba, así que solo asentí sonriendo.

La siguiente parada fue el gallinero. Otro que me había imaginado que sería pequeño con tres o cuatro gallinas, una vez más me equivoqué.

—Virgencita, pero… ¿Cuántas gallinas tenéis?

Los dos soltaron una carcajada al verme mirarlas como corrían de un lado a otro con los ojos abiertos como platos.

—Unas treinta y cinco, aunque a veces parecen cien por el alboroto que forman.

—¡Treinta y cinco! Eso son muchos huevos.

Los dos volvieron a reír.

—Sí que lo son.

—¿Y qué hacéis con ellos?

—Unos son para nuestro consumo y los demás los repartimos entre los trabajadores del rancho.

Vaya, eso sí que me hizo alucinar, era un gesto impresionante el que Travis y Helen tenían con los trabajadores dándoles los huevos, no todos los jefes eran así de espléndidos.

A cada paso que daba más alucinada estada, no podía dejar de mirar a todos lados como una niña pequeña.

—Chicos, yo os dejo aquí, tengo que ir a regar las hortalizas.

Travis y yo asentimos, y Helen se marchó dejándonos seguir a los dos con el tour.

Travis me llevó mucho más lejos, atravesando varios cercados, hasta que de pronto lo vi. Y eso sí que hizo que se me descolgara hasta la mandíbula de la impresión.

Ganado. Muchísimo ganado. Miles.

Mis ojos recorrieron la inmensidad de aquel terreno lleno de cabezas y cabezas de animales.

—Dios mío…—susurré—. ¿Cuántas hay?

—Ahora mismo, unas cuatro mil cabezas entre todo el terreno.

Me giré hacia él a la velocidad de la luz.

—¡¿Cuatro mil?!

—Más o menos.

—Travis, esto es gigantesco.

Él sonrió con orgullo.

—Es uno de los ranchos más grandes y productivos de la zona.

—¿Y cuánta gente trabaja aquí?

—Entre fijos y temporales —se quedó pensando un segundo—, unos cincuenta hombres.

Abrí la boca sorprendida.

—Madre mía… Esos son muchos trabajadores.

—Sí. Ya los irás conociendo. Sobre todo, a los más veteranos, que son más amigos o familia que trabajadores.

Sonrió al pensar en todos ellos, se lo noté en la mirada.

—Como, Liam el capataz y mi mano derecha, que es como un padre para mí, sin él no sería capaz de llevar todo esto yo solo.

—Sé te nota que lo aprecias por cómo se te ilumina la mirada al hablar de él.

—Así es, como te he dicho es como un padre para mí. Y su mujer, Violet, que es la mejor amiga de mi madre, es una mujer sensacional.

—¿No tienen hijos?

Al preguntarle eso vi cómo una estela de dolor pasaba por sus ojos y cómo se ponía tenso.

Dudó en si contestar unos segundos, pero finalmente lo hizo, aunque su tono era un poco más duro que el que utilizaba siempre.

—Tienen una hija, Savannah. Pero vive en Las Vegas.

Su respuesta escasa y su expresión me dijeron que ahí había otra historia detrás pero no quise preguntar, ya me acabaría enterando. Bien porque me lo contara él, Helen o algún cotilla, ya que de esos siempre había en todos los sitios.

Debió de ver todos los pensamientos que se me estaban pasando por la cabeza. Porque soltó una pequeña risita.

—Si estás pensando que hay una historia con ella no te equivocas.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué crees que estoy pensando eso?

—Porque eres un libro abierto para mí, *macaron*. Después de este año hablando todos los días y viéndonos la mayoría de las veces, ya conozco tus gestos y tus reacciones casi mejor que las mías propias.

—Eres un listillo —dije antes de resoplar.

—Observador.

—Yo también lo soy, por eso he notado cómo te has tensado al decir el nombre de esa chica y cómo tus ojos se llenaban de…

No quise terminar la frase, preferí dejarla en el aire porque decir la palabra dolor me pareció que sería meterme demasiado en un terreno pantanoso.

—Hay una historia, la peor que tengo para contar de mi propia vida, pero para hablar de ella necesito al menos tres cervezas y que estemos sentados en el porche tranquilos.

Asentí a la vez que le apretaba el brazo en señal de comprensión.

—Estoy aquí, cuando quieras, te escucharé.

—Gracias.

Seguimos caminando hasta que llegamos a las cuadras que era el último sitio que nos quedaba por ver.

Y allí dentro ya fue el acabose, allí terminé de enamorarme totalmente del rancho.

Los caballos eran preciosos. Grandes, fuertes, elegantes y estaban tan limpios que a todos les relucía el pelaje.

Me acerqué despacio a uno color negro.

—Con cuidado —me advirtió—, deja que te huela primero. Huracán tiene las mismas malas pulgas que su dueño y es igual de borde. No suele ser muy sociable, es selectivo con la gente.

Levanté una ceja. Pensé procesando sus palabras, y no me digáis porque, pero supe enseguida de quién era ese caballo que era realmente impresionante de lo bonito que era.

—¿Wyatt?

Asintió. Acerqué la mano hasta el caballo, no tuve miedo, era raro, pero así fue. Dejé que me oliera, no moví la mano y fue él mismo el que segundos después me empujó con el hocico pidiéndome que le acariciara, y lo hice.

Pasé la mano lentamente por su testuz varias veces mientras el relinchaba bajito, como si fuera un ronroneo.

—Creo que le has conquistado porque hueles a dulce.

—Yo no huelo a dulce.

—Sí que hueles a dulce, *macaron*, siempre lo haces, seguramente tú no lo notas porque estás acostumbrada.

Me encogí de hombros riendo, porque era muy raro lo que decía ¿oler a dulce? Menuda tontería.

Me acerqué a otro caballo en la siguiente cuadra que era también impresionante, todo blanco, tanto que su pelaje parecía irreal.

A ese no tuve que ganármelo, él mismo nada más verme acercarme acercó su cabeza y me dio un toquecito en el hombre pidiéndome atención.

—Este es más cariñoso. Y también el más guapo de por aquí, como su dueño.

Travis acompañó su comentario con una risita y un levantamiento de cejas.

—Y supongo que tú eres ese dueño ¿no?

—Hombre, por favor, la duda ofende.

—Eres idiota.

—Pero un idiota encantador.

—Eso también.

—Alma, te presento a Nube.

—Encantada, Nube, eres precioso —dije acariciándole entre los ojos.

Me respondió con un relincho que nos hizo reír a los dos.

—Nunca había estado cerca de un caballo y mucho menos tocar a uno, son geniales Travis.

—Sí que lo son, mejores que muchas personas ¿te gustaría montar?

Me aparté hacía atrás enseguida asustada, porque una cosa era verlos, tocarlos y otra era montarme en uno, eso me imponía mucho respeto.

—¿Qué? Ni de coña, no quiero morir hoy, me da muchísimo miedo y respeto.

Travis soltó una carcajada que rebotó contra las paredes de todo el establo.

—Venga, *macaron*, no seas cagueta.

—No soy cagueta, soy prudente.

—Pues esta prudente hoy va a montar.

—No.

—Sí.

—Que no —dije quejándome.

—Vas a subir sí o sí.

—Travis…

—Venga, por ser el primer día puedes montar conmigo. Pero solo hoy, a partir de mañana empezarás a aprender.

Lo miré con horror. ¿Mañana? Sí claro no había un día más cerca, ¿no? Quise decirle antes de salir corriendo.

—Antes de que acabe el año tienes que ser toda una vaquera. Y una buena vaquera tiene que saber montar hasta con los ojos cerrados.

Puse los ojos en blanco y ni me molesté en protestar. Porque Travis tenía muchas cosas buenas, pero también era cabezota como él solo, así que sabía que acabaría saliéndose con la suya.

Ensilló a Nube con una destreza impresionante en apenas cuatro minutos, es lo que tenía haber aprendido a montar a caballo casi antes que a andar como tantas veces me había contado.

Me agarró por la cintura y me levantó como si pesara como una pluma para sentarme a lomos de nube y dos segundos después subió él con una agilidad pasmosa sentándose detrás de mí.

Me agarró por la cintura con una mano y con la otra agarró las riendas.

Miré de reojo al suelo y al verlo tan lejos, volví a subir la mirada al frente con rapidez del vértigo que me dio.

Sin decir nada, ni avisarme siquiera, espoleó a Nube y el caballo obedeció.

Capítulo 17



Salimos del establo y empezamos a avanzar por los campos lentamente.

El paisaje que se extendía delante de mis ojos era tan bonito que dolía. Durante un rato ninguno habló. Solo disfrutamos del paseo y de ese silencio cómodo, como habíamos hecho tantas veces a través del teléfono.

Hasta que Travis carraspeó un poco.

—¿Quieres que te cuente la historia de mi hermano?

Giré un poco la cabeza para mirarlo.

—Solo si tú quieres hacerlo.

Tardó unos segundos en contestar como si pensara cual era la mejor forma de empezar la historia.

—Es complicado.

—Las historias complicadas suelen ser las más interesantes.

Soltó una pequeña risa.

—Wyatt tiene veintinueve años. Me saca tres.

Me quedé pensando que ya había sido su cumpleaños entonces porque el de Travis era en marzo y ya había cumplido los veintiséis, y el mío sería en apenas dos semanas y cumpliría diecinueve.

—Uf…entonces a mí me saca diez.

—Sí.

Sonrió apenas.

—¿Y por qué no vive aquí? —me atreví a preguntar en voz baja.

Cerró los ojos unos segundos.

—Porque se marchó hace ya once años, en cuanto cumplió los dieciocho.

Fruncí el ceño.

—¿A dónde?

—Al ejército —contestó con pesar.

—Vaya…—dije sorprendida porque eso sí que no me lo esperaba —. ¿Era su sueño?

Travis negó levemente.

—No. Wyatt nunca quiso irse realmente. Él adoraba este sitio, pero mi padre y él chocaban constantemente.

Hizo una pausa.

—Los dos tenían caracteres muy fuertes y eran incapaces de ponerse de acuerdo en algo o estar más de dos días sin discutir.

Tragué saliva. No podía imaginarme cómo sería llevarse a matar con tu propio padre, yo había vivido una situación totalmente opuesta y no me entraba en la cabeza una cosa así.

—Wyatt siempre fue muy distinto a mí. Rebelde e impulsivo. Le gustaban las fiestas, las chicas, en definitiva, vivir cosas propias de su edad.

—Era muy bromista, siempre estaba riendo y se llevaba bien con todo el mundo. Era la alegría personificada.

—¿Y a ti no te gustaban?

—Sí, pero siempre fui más calmado, yo desde los doce mi vida se centró en el rancho y no salía ni la mitad que él cuando llegué a la adolescencia.

Suspiró.

—Mi padre era demasiado duro con él.

—¿Discutieron?

—Discutían constantemente. Hasta que Wyatt un mes después de cumplir los dieciocho explotó y se marchó.

Me quedé mirando el paisaje con un nudo en la garganta mientras Travis seguía con la historia de su hermano, bueno con la de su familia, porque eso les afectaba a todos.

—Se alistó en el ejército por rabia, por orgullo, por demostrar que podía sobrevivir lejos del rancho sin tener que dar cuentas a todas horas de lo que hacía.

Su voz se quebró mucho al decir lo siguiente.

—Mi padre ese día dijo que Wyatt estaba muerto para él.

Noté cómo apretaba con fuerza el puño con el que tenía agarradas las riendas.

—Y cuando le vio salir por la puerta de casa con una mochila diciendo que se iba porque estaba hasta los cojones de sus órdenes, le contestó que ni se le ocurriera volver.

Madre mía… qué triste todo, pensé con el corazón encogido.

—¿Pero él aquí trabajaba o…?

—Sí, trabajaba como un cabrón igual que todos, pero luego al terminar, disfrutaba del poco tiempo libre que tenía y eso mi padre era lo que no veía bien.

—No lo entiendo.

—Sí hubieras conocido a mi padre lo entenderías.

Giré la cabeza y le miré interrogante.

—No era mal hombre, pero sí con unas ideas muy antiguas y cerradas. La mujer en casa a cuidar de los hijos y el marido. Y nosotros a trabajar y nada más.

Paró frunciendo el ceño.

—Mi madre nunca lo reconocería en voz alta por respeto, y no me malinterpretes, no quiero decir que se alegrara de su muerte porque lo quería, pero ahora es más feliz al no vivir reprimida.

—¿A tanto llegaba?

—Sí, solo te voy a poner un ejemplo para que lo entiendas.

—Vale.

—Mi madre tiene el huerto desde después de que mi padre falleciera, antes nunca se lo permitió.

Joder… ¿Pero qué daño podría hacer Helen por plantar hortalizas?

Nunca había entendido a hombres, bueno y a mujeres que parece que no pero también las hay, que parecía que vivían todavía en la prehistoria.

Travis suspiró con cansancio, como si ese tema le agotara.

—Eso para él era la vida, trabajo y más trabajo, la diversión no estaba bien vista según sus ideas para un hombre de provecho. Y las mujeres a sus labores y sin salirse de esa línea.

—Y Wyatt pensaba todo lo contrario ¿no?

—Más o menos. Decía que, si trabajaba de sol a sol, también tenía derecho a disfrutar de su vida como quisiera.

Respiré y me armé de valor para dar mi opinión.

—Pues creo que tenía razón.

—La tenía.

—Antes has dicho era, cuando lo has descrito. ¿En el ejército cambió?

Travis soltó una risa amarga.

—Por completo.

—¿Tanto?

Asintió con amargura.

—El ejército le quitó la luz que tenía dentro.

Sus palabras hicieron que se me encogiera el estómago.

—Cada vez que vuelve, cosa que hace desde hace cuatro años que murió mi padre, mientras él vivía no volvió ni una sola vez, está más callado, más frío y más encerrado en sí mismo.

Que su padre había muerto de un infarto hacía cuatro años sí que lo sabía, porque me lo había dicho en una de las muchas conversaciones que habíamos tenido a lo largo de los meses.

Ahí me contó que fue cuando con la ayuda del capataz y de su madre se hizo cargo del rancho con tan solo veintidós años.

En ese momento me di cuenta de que como solían hacer por esa zona y con los ranchos, debería haber sido Wyatt el que se pusiera al mando al ser el mayor, pero al haberse marchado, esa responsabilidad recayó en Travis.

¿Muy joven para una responsabilidad tan grande? Puede que para otros así fuera, pero para Travis no supuso mucho cambio con lo solía hacer normalmente.

Porque estaba acostumbrado al trabajo, solo cambió a que después de la muerte de su padre también pasó a dar las directrices de qué hacer. Y digo directrices que no órdenes porque era una palabra que no le gustaba utilizar y ahora sabiendo un poco como era su padre supe el motivo.

El señor Hunter era al parecer de los de ordeno y mando, sin posibilidad de que nadie pudiera rebatirle o aportar alguna idea. Vamos, que todos a obedecer, agachar la cabeza y punto.

Hice un cálculo mental rápido de lo que había dicho Travis. Si Wyatt se marchó hacía once años y su padre murió hacía cuatro eso quería decir que se había pasado siete años sin pisar el rancho.

Sin pisar su hogar. Sin tener contacto con este maravilloso lugar.

Una pena. Una auténtica pena, que hubiera estado alejado de su lugar tanto tiempo, pensé sintiéndolo mucho por él. Y también por Travis y por Helen.

Porque estaba segura de que estar tantos años sin verlo, porque no creía que su padre les hubiera permitido ir a ningún sitio a encontrarse con él, había sido un sufrimiento para ellos.

Travis se pasó una mano por la cara antes de seguir.

—Sé que ha estado en sitios horribles. Sé que ha visto cosas que nadie debería ver y eso cada año que pasa lo vuelve un poco menos humano.

Me estaba dando una pena horrible oír a Travis oír contar la historia de su hermano. Se le veía que lo quería muchísimo y que sufría mucho con su situación.

—Y encima cada vez que viene discutimos.

—¿Por qué?

—Porque quiero que vuelva a casa.

Su voz al decir eso se quebró un poco.

—Lo echo muchísimo de menos, *macaron*.

Aquello me enterneció, joder a quien no lo haría.

—¿Y él qué dice? ¿No quiere volver?

—Dice que el rancho ya no es su hogar.

—Eso es imposible, lo que le pasa es que ha perdido el rumbo, solo tiene que regresar definitivamente y no de visita para volver a estar en su camino.

—Eso mismo pienso yo. Aquí con él tiempo creo que podría volver a ser el de siempre, podría volver a sonreír.

Nube avanzó despacio hasta la puerta de los establos. Sin darme cuenta y al estar centrada en la conversación no me había enterado de que habíamos tomado el camino de regreso.

—La última vez que estuvo aquí solo estuvo dos días. Discutimos antes de que se fuera.

Negó con la cabeza para que las lágrimas que estaba reteniendo no salieran de sus ojos.

—Le dije gritándole que dejara el ejército de una puta vez, que cualquier día nos llamarían para decirnos que lo habían matado en algún país a tomar por culo de aquí y que mamá y yo sufriríamos por su cabezonería.

—¿Qué te dijo?

—Al verme así de alterado y a mi madre marcharse de la habitación llorando, dijo que se pensaría en serio lo de volver.

—Va a volver —dije con seguridad.

Y no lo dije por decir lo dije porque algo dentro de mi estaba totalmente convencida desde que le vi en esa fotografía la noche anterior, de que a ese hombre el destino lo había puesto en mi camino para algo.

—Lo dices muy segura.

—Lo estoy.

Travis me miró con una ceja alzada. Me quedé pensando unos segundos y sin pedir permiso la imagen de mi padre me vino a la cabeza y también sus últimas palabras y mi posterior promesa.

—Cuando venga, porque vendrá, voy a endulzarle la vida.

Ya nos habíamos bajado de nube y Travis acababa de quitarle la silla, estábamos él la puerta del cubículo de nube donde le había metido para que descansar y yo fuera apoyada en la pared esperándole.

Al oír mis últimas palabras se volvió a la velocidad de la luz para mirarme y echarse a reír a carcajadas. Me quedé pasmada por su reacción.

—¿De qué coño te ríes? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Puede que le endulces el estómago, pero a él lo dudo. Es más agrio que un limón.

—Pues voy a hacerlo.

—¿Es una amenaza? —preguntó sin dejar de reírse.

—Es una promesa —dije muy sería.

Travis, al verme tan seria, dejó de reír.

—Joder, *macaron*, que lo estás diciendo en serio. Hostias, pensé que estabas de broma.

—No es una broma, cuando regrese yo le endulzaré la vida, le ayudaré a ser el mismo que era y tú me ayudarás, entre los dos le haremos volver.

Travis asintió emocionado y me dio un abrazo que casi me dejó sin respiración.

Capítulo 18

El olor a canela y mantequilla derretida llenaba toda la cocina mientras sacaba la última bandeja del horno.

Sonreí satisfecha al ver los *cinnamon rolls* perfectamente dorados.

—*Vale, creo que estos han quedado perfectos, pero con Travis van a durar un suspiro* —murmuré.

Había pasado un mes y medio desde que llegué al rancho.

Un mes y medio y todavía había momentos en los que me costaba creer que aquella fuese ahora mi vida. Porque lo era.

Y tenía que admitir que aceptar la propuesta de Travis había sido la mejor decisión de mi vida, porque estaba totalmente encantada de estar allí.

El rancho ya no se sentía como un sitio ajeno. Ni siquiera como un lugar temporal. Se sentía hogar. Se sentía como mi lugar.

Ese del que mi padre tantas veces hablaba, ese que me dijo que yo tenía que encontrar, ese que él sí tenía.

La pastelería había sido su lugar. Y yo me había dado cuenta de que el rancho era el mío.

Sonreí al pensar en ello.

Ya conocía a todos los trabajadores, ayudaba a Helen en el huerto, me encargaba de todas las comidas.

Había aprendido a montar a caballo sin parecer un saco de patatas al que tiraban encima y caía de mala manera.

Y hasta Liam decía que empezaba a defenderme bastante bien con las gallinas, esas que parecía que me odiaban porque cuando entraba al gallinero a darles de comer me rodeaban, acojonándome.

Travis decía que es que las alteraba por mi olor a dulce y que querían comerme a mí en vez del pienso que les daba.

El muy capullo solo lo decía para hacerme rabiar y lo sabía, y aun así no dejaba en su empeño, aunque se llevara una buena colleja cada vez que me picaba.

Y lo peor de todo era que empezaba a querer aquel lugar con una intensidad peligrosa.

Rezaba todos los días para que nada se torciera, para que nada cambiara y que no me tocara marcharme de allí. Porque no quería hacerlo, quería quedarme allí para siempre.

Aquella mañana estaba sola en casa. Travis y Helen llevaban dos días fuera y no volverían hasta por la tarde.

Habían viajado a Wyoming para que Travis cerrara un trato de venta de ganado enorme y su madre le había acompañado aprovechando el viaje para visitar a una buena amiga que vivía allí desde hacía unos años.

Me habían ofrecido ir con ellos, pero había declinado la oferta porque preferí quedarme sola en el rancho disfrutando de un par de días de silencio y soledad, para pensar en todo lo que me había pasado.

De vez en cuando todo el mundo necesitaba un par de días de desconexión para estar solo consigo mismo, o eso pensaba yo.

Necesitaba silencio. Aunque, siendo sincera, también echaba de menos a Travis y a Helen.

Se habían convertido en mi familia, sin quererlo, sin pretenderlo, pero así había sido, o así los sentía yo. Y sabía que yo para ellos también lo era, y no, no eran sospechas, sino una realidad, porque ellos mismos me lo habían dicho.

Helen ya me había dicho en varias ocasiones que me sentía como una hija, una que se quedó con las ganas de tener, pero que dios no había querido brindarla con más hijos y se había quedado con los dos cafres que le habían tocado.

Cuando decía eso, lo decía con la boca pequeña y para hacerme reír, porque Helen adoraba a sus hijos.

Y Travis… Ay… Travis, él no dejaba de repetirme que era como una hermanita pequeña para él.

Y mucho nos reíamos cuando recordábamos entre bromas cómo sentimos atracción el uno por el otro al principio de conocernos.

Cosa que ahora era imposible que volviera a pasar de ninguna de las maneras por parte de ninguno de los dos, ya que lo nuestro era amor, sí, pero de otro tipo, era un amor totalmente fraternal.

El mismo amor que también sentía por Camille, con la que seguía en contacto telefónico.

No hablábamos todos los días, pero no pasaban más de tres sin que o bien una o la otra llamara.

Ella seguía su vida en Lyon como siempre, estudiando y en el restaurante con su madre, lo único que había cambiado era que había empezado a salir con uno de sus compañeros de estudios y se la veía muy ilusionada.

Me alegraba mucho por ella. Al igual que ella por mí, y no dejaba de repetirme cada vez que hablamos de que ese lugar me estaba curando, que hasta la voz la tenía distinta.

No sé si curando era la palabra que yo escogería, quizá menos perdida.

Porque, aunque seguía echando de menos a mi padre muchísimo y no había día en el que no pensara en él. Ahora ya lo hacía sonriendo al recordarle y no hundida.

El teléfono fijo de la cocina sonó de repente, sacándome de golpe de mis sentimientos.

Fruncí ligeramente el ceño mientras me limpiaba las manos en el delantal y caminaba hacia él. Descolgué.

—Buenos días, dígame.

—Buenos días ¿es la residencia Hunter?

La voz grave y seria al otro lado hizo que me pusiera tensa automáticamente.

—Así es.

—¿Con quién hablo?

—Con Alma.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Es usted familiar del capitán Wyatt Hunter?

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

Capitán… La leche, Travis nunca me había dicho exactamente qué rango tenía su hermano en el ejército.

Yo había dado por hecho que era un soldado normal, pero no, me había equivocado de lleno.

Capitán, nada menos, vaya con el moreno de los Hunter.

Sacudí la cabeza y me centré en contestar al hombre que seguía al teléfono.

—Eh…sí. Sí, soy parte de la familia.

—Perfecto. Llamamos para informar de que el capitán Hunter llegará esta tarde a su domicilio acompañado por personal militar y sanitario.

Mi cuerpo se tensó del todo y hasta los pelos de los brazos se me erizaron.

—¿Sanitario?

—El capitán Hunter ha resultado herido en combate, necesitará reposo temporal, bajo supervisión médica esporádica. Él no quiere pasar su convalecencia en la base y ha solicitado ser trasladado a su domicilio familiar.

Virgencita… Tuve que apoyarme en la pared para tener sostén y no caerme redonda allí mismo.

—¿Está…está bien? —balbuceé.

—Lo siento señorita, pero no estoy autorizado para darle información sobre el estado médico del capitán, él mismo así lo ha decidido. Quiere ser él en persona quien le cuente a su familia lo que le ha pasado.

—Vale…entiendo.

—Llegaremos al domicilio aproximadamente en tres horas.

—Bien.

Ni despedida ni nada. La llamada se cortó y yo me quedé inmóvil sujetando el teléfono.

Herido. Wyatt estaba herido.

No sabía porque aquello me afectó tanto cuando ni siquiera lo conocía, pero sentí una angustia horrible dentro del pecho.

Lo primero que pensé fue en Helen. Y en Travis. Dios mío… el disgusto que se iban a llevar.

Volví rápidamente a la realidad y dejé el teléfono en su sitio. Entonces reaccioné.

Subí las escaleras casi corriendo hasta la habitación de Wyatt.

Ya había estado allí varias veces con Helen cuando la ayudaba a limpiar la casa. Era una habitación enorme, bastante sobria y ordenada con precisión militar, como no podía ser de otra manera.

Abrí las ventanas para que entrara aire fresco, cambié las sábanas, aunque en teoría estaban limpias, pero lo hice igualmente y preparé todo lo que pensé que podría necesitar.

Mientras colocaba una colcha limpia sobre la cama, los nervios empezaron a crecerme dentro.

No sabía en qué estado venía. No sabía si podía caminar. No sabía absolutamente nada.

Aquellas tres horas se me hicieron eternas.

Paseé por la casa desgastando los suelos de un lado a otro. Hice para tranquilizarme una Tarta Tatin (tarta de manzana caramelizada), n Fraisier (bizcocho con fresas y crema de queso) y una bandeja de al menos treinta profiteroles.

Hacer dulce era para mí como una terapia en la que siempre encontraba paz. Pero ni cocinar como una maniaca consiguió calmar un poco mis nervios.

Estuve a punto al menos diez veces de marcar el número de Travis o de Helen, pero las diez veces desistí.

Seguramente ya venían de camino y no quería asustarles y que pasaran mal viaje o que por querer correr para llegar cuanto antes pudieran tener un accidente.

Cuando escuché el sonido de un vehículo acercándose al rancho, el corazón me dio un vuelco.

Salí rápidamente al porche, para salir de dudas de si eran Travis y Helen o el transporte militar que traía a Wyatt.

Fue lo segundo.

Un vehículo medicalizado avanzó lentamente por el camino de tierra hasta detenerse frente a la casa. Tragué saliva.

Dos hombres uniformados se bajaron de la parte de delante y otro que claramente era personal sanitario lo hizo de la parte de atrás.

Entre los tres sacaron una camilla en la que venía tumbado Wyatt. Me acerqué con pasos temblorosos hacia ellos. Y mis ojos se fueron a él sin remedio.

Lo reconocí enseguida por la foto, aunque ese hombre que tenía delante estaba bastante más desmejorado.

Tenía bastantes ojeras, se le notaba visiblemente más delgado y se le notaba en los ojos que algo le dolía, aunque no dijera nada. Eso lo sabía porque ese mismo gesto por desgracia tuve que vérsele a mi padre infinidad de veces.

Que no se quejaba para no preocuparme, pero sus ojos no podían mentirme y yo lo sabía.

También por debajo de la sábana que llevaba puesta se podía distinguir que llevaba un brazo en cabestrillo, algo también parecía tener en una pierna, pero no sabría decir el que.

Además, en la cara tenía una brecha bastante grande todavía con puntos encima de la ceja izquierda. Pero a pesar de verlo en ese estado y de todo lo que tenía lo que más me impactó fueron sus ojos.

Azules. Fríos. Durísimos. Sin vida.

Ese hombre estaba más perdido de lo que Travis me había dicho.

Estaba como lo había estado yo antes de encontrar mi lugar, por eso reconocí ese mismo vacío en sus ojos, porque yo misma lo había visto en los míos cuando me miraba en el espejo.

Capítulo 19



Uno de los militares se acercó a mí.

—¿Señorita Alma?

—Sí.

—Necesitamos acomodar al capitán Hunter en una cama cuanto antes. Requiere descanso y el viaje ha sido largo y fatigoso.

Asentí rápidamente.

—Por supuesto. Síganme por favor.

Wyatt me observó durante todo el camino hasta su habitación con una expresión dura y de sorpresa, y vi en sus ojos que se estaba haciendo varias preguntas.

Era como si mi presencia le molestara. Como si no quisiera que estuviera allí.

Los militares con mucha eficiencia y cuidado lo acomodaron en su cama. Yo permanecí apartada observando todo muy nerviosa.

Cuando terminaron, uno de ellos se giró hacia mí.

—Necesitará reposo relativo durante una temporada. En la bolsa que hemos dejado en la mesilla está toda la medicación que tiene que tomar. Está todo perfectamente especificado en un papel, en cuanto a dosis y horas a la que tiene que tomar cada cosa.

Le presté total atención para que luego no se me olvidara nada y poder contarles todo a Travis y Helen cuando llegaran.

—De acuerdo.

—A partir de mañana el médico de Bozeman pasará a visitarlo cuando él lo crea oportuno, para seguir su caso y su recuperación.

—Vale.

—¿Alguna pregunta?

—Creo que no.

Contesté eso, porque por la mirada fulminante que me estaba echando Wyatt no le estaba haciendo ni puñetera gracia que me estuvieran contando a mi todo eso, así que cualquiera se atrevía a preguntar algo.

Y eso que las preguntas me quemaban la punta de la lengua. Pero me las tragué.

Tenía muchísimas, pero sabía que a la primera que hiciera Wyatt que tenía cara de querer ladrar, me soltaría alguna fresca. Y no tenía ganas de dar el espectáculo allí delante de esos hombres.

Menos mal que desde que Travis me contó su historia ya tiempo atrás, estaba avisada de cómo era, sino literalmente me hubiera cagado encima de miedo por cómo me miraba

—Pues eso es todo por nuestra parte.

—¿Quieren un café o algo de comer antes de irse?

Uno de ellos sonrió ligeramente.

—Gracias, señorita, pero tenemos que volver a la base.

Asentí.

—Le deseamos lo mejor, capitán Hunter, en la base se le echará de menos.

Los tres militares le hicieron un saludo militar antes de salir de la habitación a lo que Wyatt respondió de la misma manera con la mano que no tenía herida.

Bajé con los tres hasta la puerta para despedirlos y antes de que se fueran les di las gracias por todo.

Entré otra vez y al pie de las escaleras me paré un segundo. Lo hice para coger aire. Y para reunir el valor necesario para enfrentarme a solas a ese hombre que me imponía como ninguno que yo hubiera conocido nunca.

Subí las escaleras despacio, midiendo los pasos, mientras me daba ánimos a mí misma.

Llegué a la puerta de la habitación y aunque estaba abierta porque así la había dejado antes de bajar, di dos toques suaves con los nudillos, para pedir permiso para entrar.

Como el señor, sudo educación por todos mis poros, no me contestó, cosa que no me sorprendió, entré igualmente.

Al ver la libertad que me había tomado de pasar sin que me diera permiso me fulminó con la mirada.

Menos mal que había tenido tiempo para prepárame durante semanas sabiendo cómo se las gastaba para no hacerle ni puñetero caso si se ponía en plan borde.

Así con toda mi parsimonia y una tranquilidad fingida me acerqué a la cama.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te suba lago?

Me miró en completo silencio de arriba abajo durante varios segundos como si me estuviera haciendo un estudio, o como si yo fuera un bicho raro y estuviera decidiendo en qué especie podía encajarme.

—¿Quién cojones eres tú?

Parpadeé. Vale. Bonito saludo me daba.

—Soy Alma.

Me miró más fijamente casi sin parpadear.

—Tu nombre me importa una mierda.

Abrí la boca ofendida. Coño, que no solo era borde, es que también era un maleducado insufrible, Travis se había quedado corto al describirle.

—Pues empezamos bien.

—¿Te han contratado para limpiar la casa o algo así?

Lo miré incrédula.

—¿Perdona?

—Eres tonta o no entiendes bien mi idioma, creo que mi pregunta ha sido bien clara.

Noté como empezaba a hervirme la sangre.

—Pues yo tengo otra. ¿Siempre eres así de gilipollas u hoy te estás esforzando?

Sus ojos al decirle eso ya no me fulminaron, sino que me traspasaron directamente. Y durante un segundo sentí algo rarísimo.

Una especie de descarga absurda por todo el cuerpo como si un rayo me hubiera entrado dentro recorriéndome todo mi sistema nervioso.

Pero él volvió a hablar antes de que pudiera entender qué demonios había sido aquello.

—Estoy en mi casa y hablo como me sale de los huevos.

Abrí mucho los ojos. ¿Pero este tío de qué iba?

—Pues a mí me hablas bien porque yo en ningún momento te he hablado mal o te he faltado al respeto.

Mi tono sonó duro y hasta yo misma me sorprendí de que así fuera. Nunca solía hablar a nadie así, pero es que Wyatt me estaba sacando de mis casillas.

Soltó una risa seca.

—Vaya, la niña parece que tiene carácter, quién lo diría, si parece una monjita.

Hijo de pu… Me tuve que morder la lengua para no llamarle de todo, sobre todo porque Helen no tenía la culpa de lo capullo que era su hijo.

—Y tú eres insufrible.

—Me han llamado cosas peores.

—No creo que todas las que te mereces —murmuré.

Lo dije bajo, pero aun así me oyó y eso hizo que me mirara por primera vez de verdad.

Volvió a recorrerme entera con la mirada de arriba abajo. Con intensidad. Demasiada.

—Entonces —dijo lentamente—. ¿Qué haces aquí?

Me crucé de brazos.

—Vivo aquí.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Vivo aquí —repetí.

—¿Con quién?

—Pues con tu familia, con quién va a ser —dije poniendo los ojos en blanco.

Su expresión se endureció.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace casi dos meses.

—Eso sigue sin explicar quién eres.

Resoplé.

—Soy Alma.

—Eso ya lo has dicho.

—Pues escucha mejor porque parece que no te enteras.

Vi claramente cómo le temblaba la mandíbula indicándome que estaba al borde de su paciencia y a punto explotar. Y, sorprendentemente, aquello me dio ganas de picarlo más.

—¿Sabes qué? Ya entiendo por qué Travis dice que siempre discutís.

Sus ojos brillaron peligrosamente al oírme nombrar a su hermano.

—¿Travis habla de mí contigo?

—Sí.

—Qué adorable —dijo con ironía.

Rodé los ojos y resoplé al mismo tiempo.

—Mira, solo estoy aquí para ayudarte con lo que sea necesario y estás siendo bastante desagradable.

—No necesito tu ayuda.

—Pues tiene pinta de que sí —dije señalando con la mano su cuerpo.

Eso hizo que tensara la mandíbula. Muchísimo.

Durante un segundo pensé que iba a echarme de la habitación a voces. Pero me equivoqué porque volvió a la carga con las preguntas.

—¿Qué eres exactamente de mi hermano?

Y ahí llegó el momento, que tanto había temido, no por nada en concreto sino porque me hubiera gustado que Travis estuviera allí para que se lo explicara él.

Tragué saliva.

—Soy su mujer, tu cuñada.

Hubo un silencio. Un silencio absoluto. Wyatt parpadeó una vez. Dos. Y de pronto, dejándome totalmente descolocada, soltó una carcajada. Pero una carcajada de verdad, de esas que te salen de lo más dentro del alma.

Grave. Ronca. Y tan inesperadamente bonita que sentí un escalofrío por todo el cuerpo que me hizo tensarme, al notar eso tan desconocido para mí.

—¿Mi qué?

Fruncí el ceño.

—Tu cuñada, he dicho.

Volvió a reírse.

—¿Qué cojones dices? ¿Estás loca?

Abrí la boca para contestarle, pero justo en ese momento escuché un jadeo a mi espalda.

Me giré rápidamente y vi que Helen y Travis estaban en la puerta de la habitación.

Helen tenía las manos cubriéndose la boca, completamente pálida. Y Travis parecía haberse quedado congelado.

Helen fue la que primero reaccionó. Corrió hasta la cama y abrazó a su hijo con lágrimas en los ojos.

—Dios mío, hijo… ¿Qué te ha pasado?

Wyatt bajó la mirada y le acarició el pelo con cariño.

—Estoy herido mamá. Pero sobreviviré, creo.

Travis se acercó rápidamente. La emoción en sus ojos era brutal. Pero también había miedo.

—Joder…te dije que acabarías volviendo herido —protestó.

Wyatt soltó una pequeña risa amarga.

—Podría haber vuelto en una caja de pino. Así que no te quejes demasiado.

Vi cómo Travis tragaba saliva con fuerza y le fulminaba con la mirada por decir esa chorrada.

—¿Qué te ha pasado?

—Luego te lo cuento.

Después volvió a mirarme. Y me señaló con la cabeza.

—Pero antes explícame una cosa.

Noté como Travis se tensaba por completo. Y como Helen se ponía muy nerviosa de repente. Wyatt entrecerró los ojos al darse cuenta de lo mismo que yo.

—¿Qué mierda significa eso de que ella es mi cuñada?

Travis abrió la boca, pero fui yo quien respondió primero.

—Me he casado con Travis.

Wyatt volvió a soltar aquella carcajada ronca que parecía sacudirme entero el pecho.

—Sí, claro, y yo soy bailarina de ballet.

Me ofendí.

—¿Qué tiene eso de raro? —dije muy seria.

Dejó de reírse de golpe. Vi cómo Travis negaba con la cabeza, cómo Helen bajaba la mirada y cómo Wyatt miraba directamente a su hermano, después a su madre y finalmente a mí

—O eres tan tonta que te has creído algo imposible, o aquí está pasando algo muy raro que no me cuadra.

Noté como el corazón empezó a latirme más rápido. Wyatt apoyó la cabeza contra el respaldo de la cama y sonrió con una frialdad que me puso los pelos de punta.

—Porque mi hermano, es imposible que haya podido casarse contigo.

El silencio fue sepulcral.

—Porque ya está casado —dijo para rematar.

Capítulo 20



Me quedé completamente inmóvil.

El aire dejó de entrarme en los pulmones. Sentí cómo toda la sangre me abandonaba la cara mientras miraba a Wyatt sin entender nada.

—¿Qué… qué acabas de decir? —balbuceé.

Las piernas me fallaron ligeramente y tuve que agarrarme al respaldo de la silla que había junto a la cama.

Wyatt seguía mirándome con aquella mezcla de burla y dureza que daban ganas de abofetearlo.

—Que mi hermano ya está casado.

Giré la cabeza hacia Travis. Él cerró los ojos lentamente. Y negó. Después miré a Helen y me apartó la mirada.

Con esos dos gestos al comprender que era verdad lo que Wyatt estaba diciendo el mundo se me vino encima. Y miles de preguntas empezaron a martillarme la cabeza.

Noté el corazón golpeándome tan fuerte que pensé que se me saldría del pecho y como mi respiración se aceleraba tanto que ni dando grandes bocanadas de aire conseguía que el aire me entrara en condiciones en los pulmones.

—Travis…—susurré.

Él seguía sin mirarme.

—Dime por favor que lo que acaba de decir no es verdad —le rogué aun sabiendo que sí que lo era.

Wyatt soltó una carcajada seca.

—Joder, eres más tonta de lo que pensaba. Si te lo acabo de decir. ¿Para qué coño lo preguntas otra vez?

Lo miré completamente rota.

—No puede ser…

Y justo cuando estaba diciendo eso algo encajó en mi cabeza de golpe, como si fuera una revelación, una horrible.

Por mi cabeza pasaron a toda velocidad recuerdos de Annecy. Las palabras. Las conversaciones. Los silencios. Mi firma en el acta sin mirar nada más. La frase de Travis cuando me propuso matrimonio "¿Quieres ser una Hunter?" No "¿Quieres casarte conmigo?"

Todos los papeles que yo nunca vi, esos papeles que llevaba bien guardados en esa carpeta que no soltó en ningún momento.

Al hombre del registro. Las felicitaciones de la chica que estaba en el mostrador. Ninguno de ellos nunca dijo el nombre de Travis. Solo el apellido. Hunter. Hunter. Hunter.

Ese apellido del que tan orgullosa había estado al cambiarlo por el mío, ahora se estaba convirtiendo en una losa pesada sobre mis hombros, en una auténtica pesadilla.

Dios mío… Me llevé una mano a la boca a la vez que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—No…

Miré a Travis otra vez.

—Yo…Yo he entrado en este país como Alma Hunter, no como Alma Moreau.

Wyatt alzó una ceja.

—Pues entonces te han engañado, pero bien.

—Sí, pero no como tú piensas —le contesté sin mirarlo.

—¿Qué?

—Travis…

Mi voz se quebró tanto que ni yo misma reconocía mi propio sonido.

—Tú dijiste que lo arreglarías, que era lo más rápido, que era lo mejor. ¿Qué has hecho?

Por fin levantó la mirada hacía mí. Y lo vi. Vi la culpabilidad en ojos, vi que mis sospechas eran ciertas. Y eso me destruyó todavía más.

—*Macaron*…

—¡No! No me llames así. Dime que no es verdad, dime que no lo hiciste —le exigí.

Silencio. Esa fue su respuesta. Un puto silencio. El peor silencio de mi vida. Hasta que finalmente cerró los ojos otra vez.

—Lo siento.

Noté cómo algo dentro de mí se rompía del todo.

—Pero sí que es verdad.

La habitación entera empezó a darme vueltas.

—Era la única manera de hacerlo rápido, sino ahora todavía no estarías aquí.

Wyatt volvió a reírse, con esa jodida risa que me gustaba y me ponía de los nervios al mismo tiempo.

—¿Qué cojones está pasando aquí? No me estoy enterando de nada.

Pues casi mejor que no lo hagas, pensé. Porque yo sí que ya me había enterado de lo que pasaba y ojalá no lo hubiera hecho.

Miré directamente a Helen. Estaba nerviosa, no dejaba de frotarse las manos una contra la otra ni dejaba de mover una pierna dando con el pie en el suelo.

—¿Tú también lo sabías?

Ella tragó saliva.

—Era la única forma de que pudieras venir, no podíamos esperar más, las otras opciones se hubieran demorado mucho en el tiempo.

Sentí una punzada horrible en el pecho. Sentí el peso de la traición sobre mí.

Traición, por parte de las dos personas más importantes de mi vida en esos momentos. Y por mucho que dijeran que era por mi bien, que era la única forma de hacerlo, yo lo sentía una traición igual.

Un engaño. Una mentira. Una en la que no solo yo estaba implicada, una que a saber qué consecuencias tendría. Pero claro, ahí entendí por qué mintieron.

Porque si me hubieran contado la verdad desde el primer momento me hubiera negado en rotundo a participar en tal atrocidad y no hubiera venido a Montana.

—Así que los dos estabais de acuerdo —confirmé.

Helen se me acercó con pasos cautelosos.

—Alma…

—No.

Negué varias veces con la cabeza. Alargó la mano para agarrarme del brazo, pero no le di la opción de llegar a hacerlo, me retiré con rapidez para atrás.

—No me toques ahora mismo.

Levanté la vista y vi que Wyatt miraba la escena, totalmente confundido.

—¿Puede explicarme alguien qué coño estáis diciendo?

Lo miré directamente a los ojos.

—Que no estoy confundida. Sí soy Alma Hunter.

Wyatt soltó una risa incrédula.

—Y yo te he dicho antes que eso es imposible, Travis se casó hace años.

Tragué saliva. Volví a mirar a Travis y pregunté sin rodeos porque era la última pieza que me faltaba de aquel loco rompecabezas.

—¿Savannah?

Vi el dolor en sus ojos al oír ese nombre y sin que hablara tuve su confirmación, aunque sí asintió.

Con esa verdad en mi mano solté el aire que estaba conteniendo. Y entonces pronuncié las palabras que ni yo misma terminaba se asumir. Las palabras que llevaban varios minutos atormentándome.

—No estoy casada con Travis.

—Por fin te enteras de algo, niña, te ha costado ¿eh? ¿Eres lenta?

Pues al parecer era menos lenta que él, porque yo sí había llegado a la verdad y él ni siquiera se la imaginaba.

Carraspeé. Cerré los ojos. Cogí todo el aire que pude y lo solté de golpe, para darme el valor necesario para decir las siguientes palabras.

O más bien para soltar la bomba de la verdad.

—Estoy casada contigo.

Wyatt se quedó completamente quieto mirándome como si me hubieran salido cuernos en la frente o un tercer brazo en el pecho y después soltó una carcajada brutal, peor que ninguna de las que se le habían escapado hasta ese momento.

De esas que salen por pura incredulidad.

—Vale, eres lenta, pero tengo que reconocer que también eres graciosa. Como broma no ha estado nada mal.

Nadie dijo nada. Y poco a poco su risa fue apagándose, hasta desaparecer del todo. Porque vio nuestras caras, las de los tres. Porque entendió que no era ninguna broma, porque vio la culpabilidad en la cara de su madre y de su hermano.

Frunció el ceño tanto que poco más y se le saltan los puntos que tenía en la ceja mientras miraba con ira a Travis.

—Eso no es posible.

Travis resopló.

—Yo no he firmado nada.

—Sí lo hiciste.

Wyatt giró la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Sí firmaste —repitió Travis.

—Te digo que no.

Travis tragó saliva.

—Lo que pasa es que no sabías lo que estabas firmando.

El silencio que vino después fue aterrador. Wyatt miraba a Travis como si fuera el mismo demonio que se había materializado allí delante de él en la habitación. Y Travis le devolvía la mirada, aunque en ella había miedo.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Aquellos papeles que firmaste antes de irte la última vez.

Los ojos de Wyatt se entrecerraron lentamente. Todos vimos cómo estaba recreando en su mente el momento que Travia le acaba de decir, recordando lo que pasó ese día.

—Las transferencias del rancho…—murmuró.

Travis bajó la mirada y dio un paso atrás.

—No eran transferencias, era un acta de matrimonio.

La mandíbula de Wyatt se tensó tanto que pensé que en cualquier momento se le saldrían todos los dientes uno a uno con fuerza.

—¡Cabrón de mierda!

La habitación se volvió un campo de batalla.

—¡¿Me casaste sin mi consentimiento?!

—¡No tenía otra opción!

—¡Claro que la tenías!

Wyatt intentó incorporarse demasiado rápido y soltó una maldición de dolor al tirar del hombro herido. Pero estaba tan furioso que no pareció importarle.

—¿Sabes la barbaridad que has hecho?

—¡Solo quería ayudarla!

—¡Usándome a mí!

Travis dio un paso adelante.

—¡No quería perjudicarte! El plan era que pasado un año habría un divorcio y ya está.

Wyatt soltó una risa seca.

—¡¿Y ya está?!

Travis asintió.

—¡Pues no! ¡No está! ¿Tú eres consciente de que legalmente estoy casado con una desconocida? ¿Una que si en vez de resultar herido hubiera muerto se hubiera beneficiado de una pensión de viudedad?

Abrí los ojos como platos. Con la que teníamos encima y tócate las narices en lo primero que estaba pensando. En que me hubiera aprovechado de su muerte.

Wyatt giró la cabeza hacía mí. Me miró de tal manera que me puso los pelos de punta.

—¿Y tú qué, niña? ¿Estabas metida en todo esto? Porque me cuesta creer que fueras tan tonta que no te enteraras. Qué sí que lo pareces. ¿Pero tanto?

Sus palabras dolieron. No solo volvía a llamarme, niña y tonta, sino que ahora añadía mentirosa.

Negué enseguida.

—Yo no sabía nada.

—Eso dices ahora, pero estoy seguro de que aprovechaste el tirón para vivir a mi costa, seguro que cuando viste mi nombre en el acta dijiste, va, qué más da. El caso era ser una Hunter, puedo casarme con uno y tirarme a otro.

Abrí los ojos como platos. ¿Pero qué demonios estaba diciendo este tarado?

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque la situación me estaba superando.

—Increíble, ahora se pondrá a llorar y todo.

—Wyatt…

—Ni Wyatt ni hostias, Travis.

—Cálmate.

—No pienso calmarme.

Me volvió a mirar y apuntándome

—Arréglalo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Lo que sea, pero hazlo. Quiero el divorcio. ¡Ya!

La rabia en su voz empezó a volverse todavía más cruel.

—Porque no pienso quedarme casado con una niña a la que no conozco de nada.

No dolieron sus palabras porque al fin y al cabo tenía razón, no nos conocíamos de nada, pero sí que dolió el desprecio con el que me habló sobre todo al decir la palabra niña.

—Wyatt —murmuró Helen.

—No, mamá —dijo con dureza.

Volvió a mirar a Travis y en esa ocasión no había solo enfado sino también desprecio.

—Me has arruinado la vida.

—Estoy buscando una solución.

—¡Pues búscala mejor! ¡Y hazlo pronto!

Respiraba cada vez más fuerte. Más furioso. Más roto.

—Tengo planes. Tengo una vida. Y ahora descubro que estoy legalmente atado a alguien a quien no he visto en mi puta vida hasta hace media hora.

Las lágrimas empezaron a caerme sin poder evitarlo. Y cuando volvió a hablar terminó de destrozarme.

—¡Sácala de mi vida ya!

Ahí ya no pude más.

Salí de la habitación prácticamente corriendo. Con el pecho destrozado. Con las piernas temblando.

Me apoyé contra la pared del pasillo y terminé dejándome caer al suelo mientras intentaba contener los sollozos.

Pero no pude. Me llevé las manos a los oídos y me los tapé, pero aun así seguía oyendo los gritos que daban Wyatt y Travis dentro de la habitación.

—¿Por qué coño lo hiciste?

—Ya te lo he dicho, intentaba ayudarla.

—Pues me has jodido bien a mí por ser tan caritativo. Anula el puto matrimonio o pide los papeles de divorcio ya.

—Si hago eso ahora tendrá que marcharse del país.

Silencio. Wyatt volvió a hablar y su voz fría y firme me atravesó como un cuchillo.

—Me importa una mierda si termina viviendo debajo de un puente.

Cerré los ojos con fuerza.

—Me da igual todo lo que le pase, yo no la conozco de nada. No es la clase de mujer con la que me hubiera casado nunca si hubiera podido elegir. Es una niña y tonta, además.

No pude seguir escuchando, me levanté y salí corriendo.

Capítulo 21



Cerré los ojos y volví a apoyar la cabeza en el tronco del árbol más grande de todo el rancho.

Ese árbol había sido mi lugar de silencio en solitario desde que llegué y en esos momentos lo necesitaba más que nunca. Aunque no estaba sola del todo.

Corso y Castan al verme salir corriendo de la casa, por instinto supuse, corrieron a mi lado.

Era como si supieran que necesitaba protección, como si quisieran estar ahí para mí.

Los dos estaban tumbados en el suelo a mi lado con sus cabezas cada uno en una pierna con los ojos cerrados disfrutando de mis caricias cuando un ruido de pasos acercándose me hicieron abrir los ojos. Travis.

Al verle pensé otra vez en lo que había pasado unos minutos antes.

El matrimonio. Wyatt. La mentira. Las miradas entre todos, que hicieron más daños que muchas de las palabras que se dijeron en la habitación del mayor de los Hunter.

Centré mi mirada en Travis viéndole como se acercaba a mí con pasos cautelosos, con miedo en su mirada, pero sobre todo con arrepentimiento en sus ojos.

En los minutos que llevaba allí sentada ya me había dado cuenta de que todo lo que había hecho había sido por ayudarme y no por hacerme daño o porque se le hubiera ido la cabeza teniendo una idea tan descabellada.

Me enfadé, sí. Quise odiarle por haberme metido en ese lío, también. ¿Puede hacerlo? Rotundamente no.

Porque conocía lo noble que era, porque sabía lo mucho que me quería, porque conocía demasiado bien el gran corazón que tenía. Porque sabía que jamás me habría hecho daño a propósito.

Cuando se sentó a mi lado y nuestras miradas se encontraron, pude ver que estaba roto por dentro.

—*Macaron*…lo siento.

Mi garganta ardió. Seguía enfadada, un poco, pero sobre todo confusa, necesitaba una explicación. Una sincera que saliera de sus labios.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

Travis agachó la cabeza y se pasó una mano por la nuca.

—Fue la única forma rápida que encontré para traerte conmigo. Estabas tan rota… tan perdida, que cada vez que hablábamos yo también me rompía un poco más al escucharte.

Hizo una pausa antes de seguir.

—Sí hubiera elegido las otras opciones, habríamos tardado meses en conseguir el permiso. Y mi madre y yo sabíamos que no podías seguir allí más tiempo sola.

Se me encogió el corazón al verle tan afectado, no por lo que había hecho, de eso estaba segura de que si diera marcha atrás lo volvería a hacer sin dudar con tal de ayudarme.

No, estaba afectado porque sabía que esa situación me había hecho daño, o más bien más que la situación, la mentira.

—Pero podrías haberme dicho la verdad.

—Lo sé. Como también sé que si hubieras sabido que era Wyatt y no yo con el que te casabas no hubieras firmado.

Negué con una sonrisa, pequeña, pero sonrisa. Porque me conocía casi mejor que yo misma, y tenía toda la razón, ni loca hubiera firmado.

—¿Y qué tenías pensado? ¿No decírmelo nunca?

Negó con rapidez.

—No. Mi madre y yo acordamos decírtelo cuando estuvieras mejor. Es más, antes de irnos ya teníamos decidido que lo haríamos a nuestra vuelta.

Pues él borde de tu hermano se os ha adelantado haciendo que todo saltara por los aires, quise decirle, pero me callé.

—Pues habéis llegado tarde.

Una sonrisa amarga cruzó sus labios.

—Sí, Wyatt ha decidido dejarse herir para volver a casa, y jodernos los planes.

Sabía que estaba bromeando para aligerar el ambiente. Aun así, resoplé antes de volver a acariciar el lomo de Corso.

El viento movía la hierba alta alrededor de nosotros y por primera vez desde que había llegado tuve miedo.

Miedo a tener que irme, miedo a perder mi lugar, porque el rancho ya lo era, y miedo a perderlos a ellos, a mi familia.

—Tu hermano me odia.

—Wyatt odia a todo el mundo desde hace años.

—Eso no es excusa para hablarme como lo ha hecho.

—No, no lo es.

Entrecerró los ojos.

—Hablaré con él, y le explicaré todo.

—No creo que eso sirva de mucho, ya le has oído.

—Pensé que tendría tiempo para arreglarlo antes de que él regresara. Dijo que la misión iba para largo, que sería de muchos meses, pero con lo que le ha pasado todo se ha ido a la mierda.

Y tanto que se había ido a la mierda, y más que se iba a ir, porque no le veía yo a Wyatt, muy abierto a querer escuchar a su hermano y entender por qué había hecho lo que había hecho.

Resopló antes de quedarse unos segundos pensando como si estuviera buscando en su memoria un recuerdo importante.

—Tengo la esperanza que el Wyatt de verdad vuelva, ese que siempre estaba dispuesto a ayudar a quien fuera, ese que sonreía todo el tiempo y no ladraba.

Mucho estaba pidiendo. Se le notaba el dolor en su voz al decir eso, como echaba de menos a su hermano, como le quería eso lo había visto en la habitación pese a la pelea que habíamos tenido.

Sí, había visto en todo momento lo preocupado que estaba al verlo herido.

—¿Os ha contado que le ha pasado?

—No, ha dicho que ya tendremos tiempo, lo que sí que le ha dicho a mi madre es que no va a volver.

Eso me alegró mucho, por Travis, por Helen y por él mismo. Porque sí sería un capullo, por cómo me había tratado, pero no le deseaba ningún mal y si se quedaba en el rancho, allí estaría seguro, al menos más que en combate, porque nadie estamos libre de que nos pase algo en cualquier momento.

—Wyatt es un capullo arrogante.

Travis se echó a reír.

—Lo sé, es eso y muchas más cosas.

—Ha dicho cosas horribles.

—Lo sé.

—Y parecía decirlas de verdad.

—Eso no lo creo, como lleva haciendo años es la rabia y la amargura que tiene dentro las que hablan por él.

Travis suspiró antes de seguir.

—Lleva muchos años viviendo entre guerra, disparos y muerte. Por eso creo que ya no sabe hablar como una persona normal.

Tragué saliva.

—No quiero ser un problema para él, ha dicho que tiene planes.

—No eres un problema.

—Sí lo soy.

Travis me miró muy serio.

—No vuelvas a decir eso, *macaron*.

La firmeza en su voz me hizo encoger un poco. Aunque antes de hablar volvió a suavizar el gesto.

—Escúchame bien, Alma. Tú eres familia para nosotros. Mi madre te adora y yo… yo no pienso perder a mi mejor amiga por culpa de este desastre.

Noté cómo los ojos empezaban a escocerme otra vez porque las lágrimas querían hacer otra vez acto de presencia. No pude aguantarlo más y me lancé a sus brazos.

Poque joder lo había hecho mal, sí. Pero lo había hecho a la desesperada por ayudarme, porque me quería.

—Perdóname *macaron*… solo quería salvarte —dijo con la voz rota.

Escondí la cara en su cuello.

—Lo sé, cuñado.

Me retiró un poco hacía atrás y se echó a reír entre lágrimas al oírme llamarle así.

—Me gusta ese título, quién sabe, lo mismo mi hermano se da cuenta que eres la mujer de su vida.

Lo miré con horror y al ver mi cara soltó una carcajada que se oyó en todos los campos.

—Es un borde insufrible pero no puedes negar que es guapo.

Joder eso no lo podía negar ni yo ni nadie, porque no solo era guapo, era guapísimo, un bombón de hombre vaya.

Me ruboricé un poco al pensar en ello. Travis al verme levantó una ceja.

—Vaya…

—No digas ni una palabra —dije amenazándole con el dedo.

—Te gusta, el capullo te gusta —dijo afirmando.

—Travis…

—Vale, ya me calló.

Pero conociéndole sabía que no lo iba a dejar pasar.

Se levantó del suelo y me dio la mano para ayudarme a hacerlo a mí. Ya estaba empezando a meterse el sol y era hora de ir a preparar la cena. Empezamos a caminar hacía la casa con los perros a nuestro lado y nosotros agarrados del brazo.

—Alma.

—Dime.

Vi esa sonrisa pilla que no solía augurar nada bueno. Y sabía de sobra que los cinco minutos que llevábamos en silencio mientras andábamos habían sido una tortura para él. Y que tenía que decir algo sino reventaría.

—A vuestro primer hijo podéis llamarlo azúcar. Dijiste que endulzarías su vida, pues qué mejor manera de luego celebrarlo.

Negué con la cabeza y me contuve para no darle una patada en el culo.

—No vas a dejarlo estar ¿no?

—Noooo.

—Idiota —dije fingiendo enfado.

—Pues este idiota, va a hacer todo lo posible porque acabéis juntos.

—¿Pero tú estás loco o qué te pasa? Qué parte de tu hermano me odia es la que no has entendido.

—No te odia, *macaron*, solo finge hacerlo porque se ha llevado el susto de su vida al verse casado.

Los dos nos miramos y nos echamos a reír.

—Le ha faltado poco para cagarse encima o para desmayarse, seguro que en ninguna de sus misiones ha estado más acojonado.

Negué con la cabeza sonriendo, porque era verdad que Wyatt se había enfadado mucho pero también al descubrir la verdad había estado a punto hasta de vomitar.

—Alma… Wyatt está enfadado y sus ojos echaban chispas, pero debajo de esas chispas también había algo debajo que he visto muchas veces en sus ojos, al menos cuando éramos más jóvenes.

Le miré confundida.

—¿El qué?

—Deseo.

Un jadeó se me escapó de la boca sin querer. ¿Qué mierda estaba diciendo? ¿Cómo me iba a desear a mi ese hombre? Eso era totalmente imposible.

—¿Has bebido?

Travis soltó otra carcajada bien alta.

—No he bebido y ya verás cómo el tiempo me da la razón y lo comprobarás por ti misma.

Hizo una pausa y me miró con media sonrisa.

—Mi hermano será un borde, y puede que su alma esté un poco perdida, pero su cuerpo funciona bien, o lo hará cuando se recupere. Así que ve preparándote.

Dios mío… Me estaba poniendo de lo más nerviosa, no quería seguir oyendo nada más, bastantes cosas habían pasado ese día ya como para añadir otra locura más.

Capítulo 22



Cuando entramos en la casa, nos topamos con Helen en el hall que al parecer acababa de bajar del piso de arriba.

En cuanto nos vio, sus ojos se llenaron de lágrimas y se acercó a mí de dos zancadas rápidas y sin dudar me envolvió entre sus brazos.

—Niña…

Se me encogió el corazón al oír su voz, la tenía totalmente rota.

—Solo queríamos ayudarte —dijo llorando—, perdónanos.

Le acaricié la espalda.

—Lo entiendo.

Y lo había entendido de verdad, porque la sinceridad en sus ojos y el arrepentimiento que sus ojos mostraban, eran buena muestra de que nunca quisieron hacerme daño sino todo lo contrario.

Helen se separó limpiándose las lágrimas y la acaricié la cara antes de darle un beso en la mejilla para que viera que no estaba enfadada, para que viera que todo estaba bien y que se quedara tranquila.

Por el rabillo del ojo vi como Travis olfateaba y sin decir nada empezó a caminar hacía la cocina siguiendo el olor de los dulces que ya ni recordaba que había dejado allí reposando.

Helen y yo le seguimos agarradas por la cintura y entramos un segundo después que él.

Estaba parado totalmente sorprendido mirando la mesa de la cocina que estaba repleta de bandejas.

Helen al ver lo que miraba su hijo abrió los ojos como platos.

—Dios mío… ¿Qué es todo esto?

Me ruboricé porque ahora al ver todo lo que había hecho entendí que me había pasado tres pueblos.

—Cuando llamaron para decir que traían a Wyatt herido me puse tan nerviosa que empecé a hacer dulces para intentar calmarme, pero creo que se me fue un poco de las manos.

—Pues benditos nervios, porque esto es el puto paraíso.

Travis levantó una de las bandejas que estaba tapada y cuando vio los más de treinta profiteroles tuve que agarrarle del brazo para que no se lanzara de cabeza a por ellos.

—Mierda puta, déjame comer uno, *macaron*…

—Ni hablar, no se comen dulces antes de la cena.

—Eres una dictadora.

—Y tú eres un ansias.

Sonrió de medio lado. Esa sonrisa ya me la conocía yo demasiado bien, algo tramaba.

Sacó el móvil e hizo un par de fotos desde distintos ángulos a la mesa para que se vieran bien todos los dulces.

Le miré alzando una ceja y Helen que al parecer sí que había adivinado las intenciones de su hijo se echó a reír.

—¿No serás capaz? —le preguntó.

—Ya lo creo que sí, que se joda por borde.

—¿Qué pasa?

Los dos se miraron y se echaron a reír.

—Espera y verás.

—Tres…dos…u… —Helen no llegó a decir el uno cuando un grito de Wyatt desde el piso de arriba me sobresaltó.

—¡Travis! ¡No seas cabrón, déjate de fotos y súbeme un trozo de cada!

Lo miré con la boca abierta.

—¿Le has mandado las fotos para picarle?

Se encogió de hombros antes de echarse a reír y teclear lo que parecía un mensaje.

—¡Déjate de hostias! ¿Qué cojones es eso de que no se comen dulces hasta que no se cene?

Nos miramos los tres y nos echamos a reír.

—Eres malo—dije sin poder parar de reír.

—Ha sido un borde contigo ¿no? Pues que se joda.

Entre Helen y él pusieron la mesa mientras yo calentaba la cena que ya había dejado preparada.

La había hecho mientras se horneaban las cosas. Eran pollo asado, con pimientos recién cogidos del huerto y patatas asadas, todo ello especiado con romero y limón.

Les serví una ración bastante generosa a cada uno, otra para mí. Y en una bandeja de esas con patas coloqué un plato con otra buena ración para Travis y un vaso de limonada fresquita que había hecho por la mañana.

Helen hizo amago de levantarse de la mesa para subirle la bandeja a su hijo, pero le pedí con la mano que no se levantara.

—Voy yo.

—¿Estás segura?

No estaba segura de nada. Pero no quería que hubiera mal rollo en la casa porque Wyatt y yo nos lleváramos mal así que me había propuesto hacer algo al respecto hasta que pudiéramos arreglar el lío que se había formado.

Subí despacio las escaleras con la bandeja en la mano y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Así que entré.

Wyatt estaba incorporado contra el cabecero de la cama. Como hacía calor seguramente su madre le había ayudado a quitarse la camisa que traía puesta y estaba con el torso desnudo y abajo solo llevaba un pantalón de deporte.

Tuve que apartar la mirada de su cuerpo porque aún herido y todo era el hombre más atractivo que había visto en mi vida y verlo así hizo que un calor abrasador me recorriera todo el cuerpo.

En cuanto se dio cuenta de mi presencia sus ojos azules esos tan fascinantes se clavaron en mí. Fríos. Duros. Intimidantes.

—¿Qué coño haces aquí?

Respiré hondo.

—Traerte la cena.

—Ve a hacer cosas de esposa —dijo con ironía.

Ni me molesté en contestarle. Me acerqué a la cama y me paré con la bandeja para ponérsela en las piernas.

—Ten cuidado no se caiga.

—No sé por qué me traes nada, no te lo he pedido.

Me mordí el labio para contenerme, y justo en ese momento y al verme hacer ese gesto bajo su mirada hasta mis labios y vi algo en sus ojos que me puso la carne de gallina.

Hay la leche que Travis iba a tener razón y el borde sí que me miraba de una manera rara, vamos no rara sino con deseo. Fue muy fugaz, pero pude distinguirlo.

—Tu madre está ocupada.

—¿Y tú que eres ahora la criada del rancho?

Lo miré con cansancio.

—¿Siempre hablas así a todos o es que conmigo te esfuerzas?

Una sonrisa torcida apareció en su boca. Vale, ahí me di cuenta de lo que realmente pasaba. Wyatt tenía tal frustración encima que no sabía cómo gestionarla.

Seguramente por haber sido herido en combate y encima había llegado a casa y se había encontrado con un panorama cuanto menos rocambolesco, y lo que pretendía era usarme a mí de saco de boxeo para desahogarse.

Pues lo llevas claro si piensas que me voy a dejar yo golpear por tus dañinas palabras majo, le dije en mi mente.

—Hablo como me sale de los cojones. Estoy en mi casa, si no te gusta ya sabes lo que tienes que hacer.

—Mira creo que deberíamos dejar un par de cosas claras.

Frunció el ceño.

—Yo lo tengo todo clarísimo, no te quiero aquí, no te quiero como esposa. No sé con qué mentiras has enredado a mi hermano para que te sacara del agujero en el que debías estar metida, pero conmigo no te va a funcionar.

Puse los ojos en blanco y apreté los puños.

—Yo no le he enredado de ninguna manera.

—Pues entonces es que se la chupas muy bien.

—¿Por qué hablas de lo que no sabes?

—No lo sé, pero me lo puedo imaginar, solo hay que verte para saber cómo eres.

—Ah ¿sí? ¿Y cómo soy?

—Una niña caprichosa a la que seguramente sus padres la han consentido en todo, a los que cuando ha querido más les ha dado la patada y ha buscado a un hombre con posibles para vivir a su costa.

Por ahí sí que no.

—Pues estás bastante confundido.

—No lo creo.

Cogí aire y le dejé la bandeja encima de las piernas. Me acerqué a la puerta para marcharme, pero antes de salir me giré un poco.

—Mi madre murió cuando yo nací así que no la he conocido y mi padre murió hace unos meses de ELA.

Vi cómo se quedó congelado y con el tenedor a medio camino de la boca al oírme decir eso.

—Y para que lo sepas, aunque no creo que sea de tu incumbencia, no tengo ni he tenido nunca nada con tu hermano.

Hice una pausa para coger aire.

—Es mi mejor amigo al que quiero un montón al igual que a tu madre. Los dos han sido mis dos pilares cuando la vida me rompió.

—Alma…

No le dejé seguir porque me había tocado mucho las narices y estaba deseando largarme de allí, pero antes decidí decirle un par de cosas más.

—Que no me quieres aquí y mucho menos siendo tú esposa me ha quedado claro. Yo tampoco quería esto, ¿sabes?

—¿No?

—No.

—Yo solo quería encontrar mi lugar.

—¿Tu lugar? —me preguntó confuso.

—Eso da igual, no creo que te importe saber qué significa eso para mí.

—Lo mismo sí.

Negué con la cabeza.

—El caso es que te he subido yo la cena porque quería proponerte algo, pero a la vista está que no será posible, así que no te preocupes por nada. Mañana mismo me pondré a mirar que hacer para arreglar nuestra situación.

—Solo hay una solución.

—Lo sé, un divorcio.

—Mi hermano ha dicho que si nos divorciamos te echaran del país.

Una risa amarga me salió sola.

—Así es, ya no tendré permiso para estar aquí, no ha pasado el tiempo suficiente.

—¿Y dónde vas a ir?

—A ti eso no te importa.

Frunció el ceño y vi como apretaba el puño de la mano que tenía sana.

—Me importa porque si te vas del rancho a otro estado, no quiero que mi hermano se largue para ir detrás de ti.

—Por eso no te preocupes, que en cuanto firmemos el divorcio, no solo saldré de este estado y del país, sino también del continente. Así que no, tu hermano no me seguirá. Yo no lo permitiría.

Se quedó pensando unos segundos.

—¿Qué era lo que me ibas a proponer?

—Como te he dicho, ya da igual.

Di dos pasos para irme, pero su voz ronca me hizo pararme en seco.

—Alma espera, quédate un momento y hablemos.

Iba a decirle que no, que ya estaba todo hablado, pero no me dio tiempo a abrir la boca Travis habló antes que yo.

Estaba en la puerta cruzado de brazos con una cara de cabreo que daba miedo. Ni Wyatt ni yo nos habíamos dado cuenta de su presencia, pero a saber el rato que llevaba allí y cuanto había escuchado.

—Alma baja a cenar, se te está enfriando el pollo.

Asentí.

Fui a salir por la puerta, pero cuando llegué justo a su altura vi que en la comisura de los labios tenía un rastro de chocolate.

Me pare a su lado y levanté la mano para limpiárselo.

—¿Cuántos profiteroles te has comido? —dije cruzándome de brazos.

—No los suficientes.

—Los tengo contados.

—Eh, ¿y dónde están los míos? —le dijo Wyatt.

—¿Has terminado de cenar?

—No.

—Pues no hay dulces.

—Joder ni que fueran tuyos. ¿Qué vecinas han hecho todo eso que había en la mesa? Porque mamá no ha sido, de eso estoy seguro

Travis y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Qué pasa?

—Nada, han sido derecha e izquierda las que han hecho todos esos dulces.

Nos miró con desconfianza.

—¿Quién cojones son esas? No las conozco.

—O sí que las conoces —le dijo Travis aguantándose la risa.

—No.

—Sí. ¿Quieres saludarlas? —le pregunté.

Sin dejarle contestar y desde la puerta levanté las dos manos y las moví en el aire.

—Estas son derecha e izquierda.

Cuando procesó mis palabras me miró con los ojos como platos.

—¿Tú has hecho todo eso? ¿Cuándo?

—Desde que llamaron para decir que te traían hasta que llegaste.

—No pensé que sabrías cocinar y mucho menos hacer dulces.

Miré a Travis.

—Vaya un marido que me has buscado, ya podrías haberte esforzado un poquito más.

Travis se contuvo la carcajada.

—Es un desecho de virtudes ¿sabes? —véase la ironía—. Juzga sin saber, da por hecho cosas de las que no tiene ni idea, es borde, prepotente y un montón de cosas más que prefiero no decir.

—Algo bueno tendrá ¿no?

—Supongo, pero yo no lo he visto ni creo que lo vea —dije antes de salir de la habitación para bajar a cenar con Helen.

Capítulo 23



Habían pasado ya tres semanas desde que Wyatt había llegado al rancho.

Tres semanas desde que el ambiente en la casa había cambiado por completo.

Y también tres semanas en las que yo había hecho todo lo posible por no cruzarme con el más de lo imprescindible. Solo lo había hecho cuando Helen me había pedido ayuda para cambiarle las sábanas mientras que él seguía metido en la cama guardando el reposo que le habían mandado.

Aunque como buen cabezota que era ya había intentado levantarse algunas veces, aunque solo había podido llegar hasta la silla que estaba al lado de su cama.

Yo no le había preguntado qué le pasó en el frente, pero sabía por Travis que una granada o bomba o lo que fuera porque yo de armas no tenía ni idea, le había alcanzado dejándole muy mal herido.

Le había dañado mucho el brazo en el que necesitaría rehabilitación, pero lo que más dañada tenía era la pierna.

No volvería a caminar bien, seguramente le quedaría una leve cojera, de ahí su decisión de retirarse del servicio activo.

Bueno la realidad es que no le había preguntado ni que le pasó, ni nada, porque en esas tres semanas apenas habíamos cruzado palabra.

Y no porque él no lo hubiera intentado, porque lo había hecho, sino porque yo no había querido.

Las veces que le había subido la comida se la dejaba encima de las piernas a toda prisa y salía de la habitación con la misma prisa. Pero él siempre intentaba preguntarme algo o entablar conversación.

A lo que yo le decía que estaba muy ocupada o que tenía muchas cosas que hacer y no podía quedarme a charlar.

No tenía ni idea qué fue lo que Travis le dijo o le contó sobre mi aquella primera noche en la que le subí la cena cuando me marché, pero desde ahí su actitud hacía mí cambió.

No es que fuera el hombre más amable del mundo, pero ya no me hablaba con desprecio, ni me insultaba llamándome mentirosa, y no había vuelto a decirme "niña" de forma despectiva. Pero por mi salud mental y por el bien de mi corazón, le rehuía.

Sí, ese era el motivo por el que lo hacía. Porque si el Wyatt, borde me había gustado desde que lo vi por primera vez, esa nueva versión que estaba dejando salir a la luz, me gustaba cada día más.

Y eso era un riesgo para mí. Porque sabía que si lo dejaba acercarse demasiado acabaría enamorándome de él, y no quería sufrir más.

Bastante lo había hecho ya, para lo joven que era, y sabía de sobra que si le dejaba entrar del todo en mi corazón sufriría porque sabía que él nunca me correspondería de la misma manera.

Que me deseaba eso lo tenía claro. Y no solo porque me lo hubiera dicho Travis en más de una ocasión sino porque lo veía en sus ojos cada vez que me miraba.

Porque podía ser joven y no tener ninguna experiencia con los hombres, pero tonta no era.

Mientras removía lentamente el chocolate fundido que tenía al fuego, levanté la vista hacia el techo al escuchar pasos de un lado a otro en el piso de arriba.

El médico estaba revisándolo. Helen y Travis estaban con él. Yo no. Y no pensaba subir.

Ya le preguntaría más tarde a alguno de los dos que tal habían ido las cosas, a él no, claro.

Suspiré despacio y aparté el cazo del fuego antes de empezar a rellenar los croissants que acababa de hornear con crema de chocolate con un toqué de canela.

Mientras lo hacía me quedé pensando en lo que había hecho sin que nadie en la casa se enterara.

Ni Travis. Ni Helen. Ni mucho menos Wyatt.

Hacía ya días que me había puesto en contacto por teléfono con un abogado de Bozeman para que con discreción me redactara los papeles del divorcio.

Sin condiciones. Así le había pedido que lo hiciera. Sin pedir absolutamente nada. Ni dinero. Ni propiedades. Ni compensaciones. Nada.

Era lo justo, y así tenía que ser. Solo quería romper aquel contrato de matrimonio absurdo que jamás debió existir. Y desaparecer de sus vidas antes de seguir molestando.

Porque por mucho que Travis siguiera insistiendo en que lo había hecho por ayudarme, aquello seguía siendo un error enorme.

Uno que nunca tendría que haber permitido, y no porque hubiera acabado casada con su hermano. Sino porque había sido una locura, aunque de verdad lo hubiera hecho con Travis.

Con el tiempo que había pasado y lo mucho que había pensado en ello, me di cuenta de que nunca debería haberlo hecho.

Debería haber sido más fuerte y haber intentado seguir yo sola sin que nadie tuviera que sacrificar su vida por mí.

Y como Wyatt había dejado bastante claro desde el primer momento, y a lo que le daba la razón, yo para ellos era una carga.

Así que estaba esperando que el abogado me mandara los papeles para arreglar todo ese lío.

Sabía que en cuanto firmara me tendría que ir, y eso dolía porque el rancho se había convertido para mí en mi lugar. Pero tendría que hacer un esfuerzo y buscar otro o al menos intentarlo.

También sabía que Travis y Helen se disgustarían con mi decisión, pero es que yo no era su responsabilidad, nunca debí serlo.

Como también sabía que no perderíamos el contacto, porque ellos me querían eso lo tenía claro, pero yo a ellos también, y allí donde fuera los llevaría conmigo en mi corazón para siempre.

—Como sigas pensando tanto se te va a caer el chocolate.

La voz de Helen me sacó de golpe de mis pensamientos. Levanté la vista.

Acababa de entrar en la cocina acompañada por el médico, un hombre muy amable al que ya conocía de las veces que había venido desde que Wyatt llegó.

—Helen me marcho ya, como te ha dicho todo va muy bien, mejor incluso de lo que esperaba. En nada estará hasta montando a caballo.

Helen sonrió más relajada. Más feliz. Y eso hizo que yo también sonriera, porque me alegraba por ellos.

—Doctor ¿quiere un café o un dulce?

—El café para otro día, niña, no puedo quedarme, hoy tengo todavía muchas visitas. Pero un dulce sí que me llevo.

Cogió uno de los croissants que estaban todavía templados y prácticamente gimió al darle el primer mordisco.

—Madre de dios…

Solté una pequeña risa. Cuando el médico se marchó, Helen se acercó a la isla de la cocina y observó todo lo que tenía preparado.

—¿Con qué delicia nos vas a deleitar hoy?

—Hoy voy a hacer estofado de carne para comer. Y de postre una tarta de queso.

—¿Y todo esto?

—Croissants rellenos de crema de chocolate con un toque de canela.

Helen sonrió negando con la cabeza.

—No sé qué habría sido de esta casa sin ti. Nunca se ha comido mejor desde que tú te encargas de la cocina.

Bajé la mirada fingiendo concentrarme en el chocolate. Porque cada vez que ella o Travis me decían cosas como esas, se me ponía un nudo en el pecho que tardaba horas en desaparecer.

Y precisamente por eso necesitaba irme de allí cuanto antes, porque el racho ya lo sentía como mi lugar, como mi hogar y cada día de más que pasara allí más fuerte sería después el dolor al irme.

—¿Qué tal ha ido la revisión? —pregunté cambiando de tema.

Helen apoyó ambas manos en la isla mientras sonreía ampliamente.

—Bien. Muy bien. Ya puede empezar a levantarse más tiempo y a moverse por la casa.

Mierda… Si eso era así, me costaría más evitarle.

—Me alegro.

Helen se cruzó de brazos y me miró seria.

—Ya no vas a poder seguir huyendo.

La miré alzando una ceja.

—¿Perdona?

—Huyes de Wyatt.

Negué con rapidez.

—No estoy huyendo.

Helen soltó una risa suave.

—Claro que sí, niña.

—No sé de qué hablas —dije haciéndome la despistada.

Me observó durante unos segundos con demasiada atención.

—Sí lo sabes.

Sentí un pequeño escalofrío.

—No.

—Alma, a mí no puedes engañarme.

Tragué saliva.

—No sé qué quieres decir.

Lo sabía, claro que lo sabía, pero estaba intentando hacerme la tonta, pero al parecer no me estaba funcionando muy bien.

—Te gusta mi hijo, y no te molestes en negarlo, no te va a servir de nada.

Abrí los ojos de golpe. Y automáticamente pensé en Wyatt.

En sus ojos. En su voz grave, esa que cada vez que la oía, me hacía estremecer. En aquella forma tan intensa que tenía de mirarme.

Carraspeé.

—Helen, te digo lo mismo que a Travis, déjalo por favor.

Resopló.

—Pues es una pena, porque si acabarais juntos al menos una de mis nueras sería de mi agrado.

La miré confusa. Pensé unos segundos y entonces la entendí.

—¿Savannah no te gustaba?

Negó con la cabeza.

—No.

—No me he atrevido a preguntar a Travis que pasó, veo en sus ojos que con solo oír su nombre aun le duele.

Helen cogió aire y se sentó a mi lado para resumirme un poco la historia de mi mejor amigo.

Capítulo 24



Seguí rellenando croissants mientras Helen con una taza de café en las manos que se había servido de la jarra que estaba encima de la isla, empezó a hablar y a contarme todo entre sorbo y sorbo.

Me contó que Savannah y él se conocían de toda la vida, ella vivía en el rancho con sus padres y al tener la misma edad, habían compartido, juegos, colegio, instituto que eran inseparables, vaya.

Cuando crecieron, pasó lo que tenía que pasar, que se enamoraron, o al menos y según la opinión de Helen y de algunas personas más, Travis sí lo hizo, ella fingió hacerlo.

La boda llegó demasiado rápido. Y eso que tanto ella como su marido le dijeron que eran muy jóvenes que esperaran y vivieran un poco más. Pero al parecer mi amigo la amaba tanto que no quiso esperar.

La paciencia no era lo suyo, eso ya me había quedado claro.

Cuando llegó a la peor parte de la historia, los ojos se me llenaron de lágrimas, ni me podía imaginar lo que había sufrido Travis con esa tradición.

Él mismo había sorprendido a su mujer con el veterinario del rancho, que también era su mejor amigo, en los establos, desnudos y haciendo lo que ya os podéis imaginar.

Ese mismo día el padre de Travis despidió al veterinario, que se marchó a vivir a las Vegas y Savannah se largó con él también.

—¿Y no se han divorciado?

—Travis intentó ponerse en contacto con ellas varias veces para hablarlo, pero la señorita desapareció del mapa o eso quiso hacernos creer —dijo poniendo los ojos en blanco—. Pero hace un mes por fin consiguió localizarla y le mandó los papeles del divorcio, está esperando que se los devuelva firmados —añadió.

—¿Firmará?

Helen soltó una risa amarga.

—Savannah siempre fue una caprichosa, lo mismo no lo hace solo por fastidiar, o le pide dinero en compensación por darle la libertad.

—Pues vaya joya de mujer.

—Ni te lo imaginas.

—Espero que sí que firme y Travis pueda seguir adelante.

—Eso espera él también y no solo para librarse de ella de una vez por todas, sino porque tiene pensado casarse contigo para que no tengas que marcharte.

Al oírla decir eso la cuchara que tenía en la mano se me resbaló de los dedos cayendo a plomo en el cazo de chocolate.

Giré la cabeza hacía Helen para decirle que eso no iba a pasar de ninguna de las maneras, pero un carraspeó a nuestra espalda me lo impidió.

Nos giramos las dos y allí mirándonos en la puerta de la cocina estaban los dos hermanos.

Travis miraba a su madre con resignación y un poco de enfado por haber revelado sus planes. Y Wyatt nos miraba a ambas muy serio. Demasiado.

Y en sus ojos había varias cosas, pero sobre todo cabreo.

Retiré la mirada y empecé a recoger todo lo que tenía sobre la encimera. Guardé el chocolate que me había sobrado. Puse los dos últimos croissants en la bandeja y pasé un trapo para limpiar los restos con rapidez.

—¿No ibas a hacer una tarta de queso para el postre? —me preguntó Travis acercándose hasta la isla con su hermano a su lado.

—La haré luego —dije forzando una sonrisa.

—Alma…

—Voy a dar de comer a las gallinas.

Nadie dijo nada. Pero noté cómo todos entendieron que no quería seguir allí, que no estaba cómoda.

Con todo recogido, pasé junto a ellos intentando ignorar la presencia de Wyatt, que no me había quitado la vista de encima en ningún momento.

Salí de la cocina y cerré la puerta a mi espalda.

Me quedé apoyada en la pared de al lado unos segundos intentando recuperar la respiración, ya que solo con verlo allí delante de mí de pie se me había acelerado más de la cuenta.

Y sin querer los oí hablar.

—Hijo, debes tener paciencia —dijo Helen.

Y después la voz de Wyatt, ronca y grave. Molesta. Tensa. Cansada.

—¿Paciencia? Llevo tres semanas intentando hablar con ella y no me deja decir ni una palabra, sale corriendo como ahora.

—Fuiste un cabrón con ella y la trataste fatal. ¿Qué esperabas?

—Travis deja de tocarme los cojones ¿quieres? Ya lo sé joder, solo quiero disculparme y tener una conversación normal con ella.

Me llevé una mano al pecho. Y la boca se me abrió tanto por la sorpresa que si hubiera habido moscas se me hubieran metido todas.

¿Disculparse? Había dicho que quería disculparse. Pues una de dos: O estaba tomando más medicación de la que tenía pactada y eso le estaba nublando el juicio. O el azúcar de todos los dulces que se estaba comiendo, que no eran pocos, porque se ponía morado todos los días, le estaba afectando a la cabeza y no razonaba bien.

Porque podría haberme esperado muchas cosas de Wyatt. Pero una disculpa por cómo me había tratado, desde luego que no. Alucinando estaba.

Con pasos temblorosos por lo impactada que estaba fui hasta el gallinero ya allí me quedé al menos una hora dándole vueltas a la cabeza a todo.

Abrí los ojos antes incluso de que hubiera amanecido. Y lo primero que sentí fue el estómago completamente revuelto.

Me quedé tumbada en la cama unos segundos mirando el techo de madera de la habitación mientras intentaba convencerme de que todo iba a ir bien.

Pero ni yo misma me lo creía. Porque durante los tres últimos días había conseguido esquivar a Wyatt prácticamente a todas horas. Y aquello había sido casi un milagro de conseguirlo.

Me había ido al huerto cuando él bajaba al salón. Había subido a mi habitación cuando él aparecía en la cocina. Incluso había adelantado o retraso con alguna excusa las horas de las comidas solo para no coincidir con él. Pero ese día ya no iba a tener tanta suerte.

Travis y Helen se marchaban durante unos días, no sabían cuántos, pero no menos de tres.

Él tenía que ir otra vez a cerrar un trato del ganado y ella se marchaba con él para visitar otra vez a su amiga la que había caído enferma y por la que estaba bastante preocupada.

Y eso solo significaba una cosa. Que Wyatt y yo nos quedábamos solos en la casa.

Solo de pensarlo ya sentía los nervios recorriéndome por todo el cuerpo.

Me levanté resoplando y me di una ducha rápida antes de bajar a la cocina. Como todos los días desde que llegué, el amanecer apenas había empezado a teñir el cielo cuando me puse manos a la obra.

Preparé café. Corté fruta de tres clases distintas. Y algo que no había hecho todavía desde que llegué al rancho. Tortitas.

Unas tortitas enormes con sirope, mantequilla y moras. Necesitaba mantener la mente ocupada.

Porque cada vez que pensaba en compartir mesa con Wyatt, porque me tocaría hacerlo, más alterada y rara me sentía.

Había terminado de colocar las últimas tortitas en el centro de la mesa cuando escuché voces acercándose.

Segundos después los tres entraron en la cocina. Travis fue el primero en reaccionar.

—No puedo quererte más ¡tortitas! —exclamó viniendo directo hacía mí para abrazarme.

Solté una risa cuando prácticamente me levantó del suelo en volandas.

—Con esto voy a sobrevivir todos los días que esté fuera.

—Eres un exagerado.

—No, no. Soy un hombre agradecido y feliz.

Helen se echó a reír mientras se acercaba a la mesa.

—Hija, es que los dulces que haces enamoran a cualquiera.

Wyatt, que no había dicho nada todavía, miró las tortitas entrecerrando los ojos.

—¿Y qué dulce es este exactamente?

—Tortitas —le contestó Travis.

Alzó una ceja mientras se acercaba a la mesa para verlas mejor.

—Nunca las he probado.

Me giré hacía él totalmente sorprendida.

—¿Cómo puede ser que nunca hayas comido tortitas?

Helen soltó una carcajada.

—Solo tienes que ver la cocinera que han tenido estos años, si la comida no era lo mío, hazte idea de los dulces.

—Mamá, tampoco cocinabas tan mal —dijo Travis con humor.

Wyatt le miró alzando una ceja.

—Una vez casi incendia la cocina friendo bacon.

—Fue un accidente.

—Fue un despropósito.

Me eché a reír y negué con la cabeza mientras empezaba a servir.

—Siéntate, siéntate —le dijo Travis a su hermano—, porque cuando pruebes esto igual te caes de culo.

Wyatt soltó una pequeña risa.

—¿Para tanto es?

Travis le miró con una sonrisa ladina.

—Come una y me lo dices.

Todos se acomodaron en las sillas y empezaron a desayunar.

Travis fue el primero en atacar el plato de tortitas y se echó cinco en su propio plato. Helen fue más prudente y cogió solo un par de ellas. Wyatt se sirvió solo una.

Esperé a que la probara sin quitarle la vista de encima y mientras lo hacía no separó sus ojos de los míos.

Me miró con intensidad. Con demasiada intensidad. Masticó despacio, y al tragar se relamió el labio inferior muy despacio.

Con ese gesto sentí que un calor abrasador se me subía de golpe por todo el cuerpo.

Aparté la mirada rápidamente

—Creo que hace demasiado calor aquí —murmuré mientras daba dos pasos atrás, —voy a salir a que me dé un poco el aire.

Travis se atragantó con el trago de café que estaba bebiendo, intentando aguantar la risa. Le fulminé con la mirada y levantó las manos como diciendo "vale, no digo nada".

De reojo vi como Wyatt sonreía de medio lado, se había dado cuenta claramente lo que me pasaba. De puta madre… pensé nerviosa.

Y Helen me observó confundida, menos mal era la única que no se había dado cuenta de mi estado.

—¿Estás bien, niña?

—Sí… sí perfectamente.

Mentira. No estaba perfectamente. Porque acababa de excitarme viendo a Wyatt comer una maldita tortita, es que era increíble joder.

Y profundamente preocupante. Muchísimo.

Capítulo 25



Media hora después de terminar el desayuno Travis y Helen estaban en la puerta de la casa con una pequeña bolsa con equipaje para varios días.

Wyatt ya se había despedido de ellos en el piso de arriba antes de irse a su habitación, a leer, mirar a la pared o vete tú a saber el qué era lo que estaba haciendo, no sería yo la que subiera a comprobarlo.

Era verdad que ya estaba mucho mejor. El cabestrillo que traía el primer día había desaparecido, aunque debajo de su camiseta se le veía la venda que todavía llevaba a la altura del codo.

Y aunque andaba, lo hacía con dificultad y con una ligera cojera.

Por eso pasaba bastantes horas en su habitación descansando y otras muchas en el salón sentado en el sofá viendo la televisión.

Aunque por los gestos de su cara, los resoplidos constantes y sus quejas se veía claro que estaba harto de estar tan ocioso.

Y lo entendía porque si fuera yo la que tuviera que estar así sin hacer nada la mayor parte del día me moriría de puro aburrimiento.

Antes de salir, Helen se acercó a mí.

—¿Necesitas que te traigamos algo de la ciudad?

—Sí, espera. Casi se me olvida.

Saqué rápidamente un papel del bolsillo trasero de mi pantalón, en el que había apuntado una lista de cosas.

—Son ingredientes para algunas recetas que quiero probar.

Travis miró el papel como si fuera una misión de vida o muerte.

—Aunque tenga que recorrer medio estado te los consigo. Seguro que con ellos vas a crear arte y yo seré el primero en disfrutar de él.

Me eché a reír.

—Eres imposible.

—Y tú haces magia con harina y azúcar, así que estamos en paz.

Después de despedirse dándome un beso y un abrazo cada uno, se marcharon. Y ahí fue cuando la casa se quedó en completo silencio.

Uno incómodo. Peligroso.

Suspiré y entré en la casa para seguir con las tareas del día. Intenté mantenerme ocupada y fuera del radar de Wyatt toda la mañana.

Limpié. Preparé masa. Ordené la despensa. Di de comer a las gallinas. Regué el huerto de Helen y recogí algunas verduras. Cociné un estofado para la comida. Y por último me puse a decorar una tarta que había estado horneando entre tarea y tarea.

Estaba tan concentrada colocando unas fresas sobre la crema que ni siquiera escuché pasos acercándose. Hasta que sentí algo detrás de mí.

Muy cerca. Demasiado cerca.

El cuerpo entero se me tensó. Antes incluso de girarme, unas manos que nada más verlas ya supe de quién eran porque las había observado en algunas ocasiones más de lo que estaría dispuesta a reconocer, aparecieron a ambos lados de mi cintura apoyándose sobre la encimera. Encerrándome.

Mi respiración se cortó de golpe. Cerré los ojos solo un segundo para reunir el valor necesario para girarme y enfrentarle. Y cuando lo hice me encontré cara a cara con Wyatt.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Tan cerca que podía oler su perfume mezclado con ese aroma masculino tan suyo, tan a hombre.

—¿Qué haces? —susurré.

Sus ojazos azules recorrieron mi cara despacio hasta que se detuvieron en mis ojos.

—Hoy ya no tienes escapatoria.

Tragué saliva.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Tú no tendrás nada que decir, pero yo sí.

Había algo distinto en él. Ese que tenía delante no tenía nada que ver con el hombre frío y borde de semanas atrás, era otro. Parecía nervioso. Incluso vulnerable.

Me quedé mirándole. O más bien enganchada a sus ojos, esos ojos que me tenían fascinada incluso antes de verlos de verdad, justamente desde que los vi en esa fotografía que estaba en el pasillo de las habitaciones.

Esperé a que hablara. Porque yo, aunque hubiera querido habría sido incapaz de pronunciar palabra por lo nerviosa que estaba.

—Alma…lo siento.

Parpadeé sorprendida.

—Todo lo que te dije estuvo mal. Muy mal.

No dije nada. Él bajó la mirada un segundo como si estuviera avergonzado antes de volver a mirarme a los ojos otra vez.

—Se que no es excusa, pero estaba enfadado y frustrado. Acababa de perder mi carrera, mi vida entera cambió en un segundo y llegué aquí encontrándome de golpe con el plan de Travis.

Su voz sonó rota al final.

—Y lo pagué contigo.

Mi pecho se encogió un poco.

—Sé que tú no tienes la culpa de nada. Todo esto fue idea de Travis.

Asentí lentamente. Wyatt al verme asentir soltó el aire lentamente.

—No quiero que estemos así.

Su voz bajó todavía más.

—Quiero hablar contigo. Quiero llevarme bien contigo. Quiero que me sonrías igual que sonríes cuando miras o hablas con mi hermano.

Dios… Aquello sí que no me lo esperaba.

—Y no quiero que sigas evitándome.

Esa frase sonó más a un ruego que a una petición y eso hizo que algo dentro de mí se aflojara poco a poco. Como si el muro que había construido a mi alrededor para protegerme no de él, sino de lo que me hacía sentir, se resquebrajara.

Suspiré despacio.

—Vale.

Sus ojos se abrieron ligeramente por la sorpresa al ver que había cedido.

—¿Vale? —preguntó para asegurarse.

Asentí.

—Vale.

El silencio entre ambos se impuso. Nos quedamos mirándonos. Quietos. Sin pestañear siquiera. Pero el aire entre nosotros cambió por completo.

Wyatt bajó lentamente la mirada hasta mi boca. Y yo hice exactamente lo mismo.

Mi corazón empezó a latir tan fuerte que os juro que hasta podía escucharlo. Bum… bum… bum.

Wyatt dio un paso y se acercó un poco más. Todavía más. Nuestras piernas se rozaron y nuestros pechos estaban casi a punto. Estábamos tan cerca que pude notar su respiración peligrosamente cerca de mi boca.

—Dime que no lo haga —susurró con voz ronca.

Sí, para hablar estaba yo, no te jode. Apenas podía respirar como para hacer el esfuerzo de que alguna palabra saliera de mi boca.

—Porque llevo queriendo hacer esto desde el día que te conocí —añadió.

Abrí la boca para responder algo, lo que fuera. Pero no fui capaz. Y eso que tenía varias cosas en mi cabeza que sí que quería decirle.

Las que más se imponían eran: Hazlo… hazlo… bésame.

Pero nada, estaba tan bloqueada por su cercanía que no pude hacerlo.

Wyatt pasó una mano lentamente por mi cintura y cuando me pegó del todo a su cuerpo sentí que iba a derretirme ahí mismo.

—Después puedes matarme, chillarme o pegarme sí quieres —murmuró—. Pero ni puedo ni quiero resistirme más.

Dios… Solo fui capaz de asentir muy despacio para decirle que sí, que lo hiciera que yo tampoco podía resistirme más a él.

Y lo hizo. Por fin lo hizo. Me besó. Y el mundo desapareció.

Porque no fue un beso brusco, ni salvaje, ni dominante como yo había imaginado mil veces en mi cabeza que sería. Fue lento. Suave. Como si estuviera saboreándome.

Como sí llevara muchos días imaginando ese momento y quisiera disfrutar cada segundo.

Sus labios se movieron despacio sobre los míos. Reconociéndome. Probándome. Y cuando su lengua entró en contacto con la mía pensé que me moriría allí mismo porque fue la mejor sensación del mundo.

Mis manos por instinto terminaron agarrándole la camiseta para que no se separara, para que no acabara ese momento, como sí quisiera tenerlo pegado a mí el resto de mi vida.

El beso se hizo un poco más profundo. Más intenso. Pero seguía siendo increíblemente delicado y delicioso.

Era como si Wyatt no quisiera dañarme si iba un poco más allá y volvía el beso más salvaje. Era como si a través del beso quisiera cuidarme. Y eso fue lo que terminó de romperme por dentro, lo que hizo que la última piedra del muro cayera y me quedara totalmente a su merced.

Porque nadie me había hecho nunca sentir así.

Sus manos recorrieron lentamente mis costados por dentro de mi camiseta. Subiendo y bajando despacio. Hasta que una de ellas llegó hasta mi pecho y me lo acarició por encima del sujetador.

Eso hizo que mi cuerpo se tensara automáticamente. Lo notó. Claro que lo notó.

Se separó de mi boca apenas unos centímetros y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado? ¿No quieres que te toque?

Bajé la mirada completamente avergonzada.

—No… no es eso —susurré.

Llevó una de sus manos a mi cara y con dos dedos me levantó la cara por la barbilla para que volviera a mirarle a los ojos.

La cara la levanté, pero la mirada la desvié hacía un lado, porque era incapaz de mirarle. Estaba totalmente abochornada. Y no por lo que me había hecho.

Sino porque seguramente él estaba acostumbrado a otra clase de mujeres. Con más experiencia. Más seguras. Y yo era todo lo contrario.

—¿Alma?

No fui capaz de contestar.

—Eh… venga, dime qué pasa.

Cerré los ojos unos segundos. Pensé. Dudé.

Pero finalmente decidí ser sincera aun a riesgo de que no quisiera ni siquiera volver a besarme al saber la verdad, que estaba segura de que era lo que iba a pasar.

Pero antes volví a bajar la cabeza para no ver su reacción al decírselo.

—Yo… yo nunca… he hecho esto.

Joder, qué difícil había sido decirlo. Pues no parecía hasta gilipollas balbuceando como una cría.

Intenté moverme para salir de sus brazos, pero en vez de separarse hizo todo lo contrario, puso más rígido su cuerpo para no dejarme escapar.

Levanté la mirada confundida. Y me quedé a cuadros. Me estaba sonriendo, joder. Pero no era una sonrisa de burla, no, era una sonrisa de cariño.

—Ya lo sabía, o me lo imaginaba más bien.

La hostia… Si antes al ver su sonrisa me había quedado a cuadros, con sus palabras directamente me congelé.

—¿Qué…?

—Alma, llevó desde que llegué observándote. He visto cómo me miras, cómo reaccionaba tú cuerpo al hacerlo y cómo te sentías confundida por ello.

Hizo una pausa antes de seguir.

—Eso y que mi hermano me contó tu vida me hizo darme cuenta de que no has estado con nadie.

Dios de mi vida y de mi corazón, qué puta vergüenza estaba pasando, más de la que había pasado en toda mi vida.

Resoplé a la vez que negué con la cabeza.

—Pues ya no hay nada más que decir.

Hice un amagó para girarme y seguir decorando la tarta a ver si con eso conseguía calmarme un poco, pero con sus manos me agarró las caderas impidiéndome moverme.

—Sí estás pensando que tu falta de experiencia me importa, te estas equivocando completamente.

Abrí los ojos como platos.

—Pero ¿cómo no te va a importar? Tú… tú estarás acostumbrado a otras mujeres más…

No me dejó terminar de hablar. Me cerró la boca con un beso corto antes de volver a hablar él.

—No me importa, Alma, y si quieres y me dejas me gustaría ser tu primero en todo, deseo ser tú primero en todo.

La madre que me parió… Eso sí que acabó de matarme del todo.

¿Estaría soñando? O alguna de las especias que usaba en los postres tenían efectos alucinógenos y yo no me habían enterado. Sí, tendría que ser eso. Porque era imposible que lo que estaba pasando fuera real.

Aun así, quise confirmarlo.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Asintió sonriendo.

Coño… pues no era un sueño, era verdad que quería algo conmigo y que no le importaba que no tuviera la más mínima experiencia. Que, por otro lado, eso no era tan malo porque así él podría enseñarme todo lo que sabía. Que viéndole cómo era estaba segura de que sabía y mucho.

—Quiero que te sientas cómoda y bien a mi lado, así que iremos al ritmo que necesites ¿vale?

Asentí sonriendo y al ver que estaba de acuerdo con su propuesta, me sonrió de vuelta antes de darme unos besos cortos y un abrazo.

Capítulo 26



Abrí los ojos y la sonrisa me salió sola en la cara incluso antes de ser realmente consciente de que estaba despierta.

Y en cuanto los recuerdos de los últimos tres días llegaron a mi cabeza, la sonrisa se hizo todavía más grande.

Porque me sentía feliz. Muy feliz en realidad. Como si estuviera flotando en una nube de la que no quería bajar nunca.

Desde aquel beso en la cocina, Wyatt y yo prácticamente no nos habíamos separado. Solo por las noches. Y porque Wyatt me había dicho que quería respetar mis tiempos y que quería que me acostumbrara a él.

Pero el resto del tiempo, había sido mágico. Casi irreal, al menos para mí, porque nunca había vivido algo igual, ni siquiera parecido.

Habíamos pasado horas enteras juntos en la cocina. Él sentado en una silla apoyado en la isla mientras yo preparaba dulces. O intentando ayudarme.

Aunque aquello de ayudar era bastante discutible. Desde luego era digno hijo de su madre porque era un completo negado en la cocina.

Solo de recordar su cara dos días atrás intentando montar claras a punto de nieve tuve que taparme la boca para no echarme a reír.

Había batido tan fuerte y tan mal que terminó salpicando media cocina. Y cuando por fin conseguimos parar la batidora, las claras parecían una sopa sin sustancia.

—*¿Por qué no suben?* —preguntó totalmente indignado.

Yo ahí ya estaba llorando de la risa.

—*Porque las estás torturando, Wyatt.*

—*Pues en las películas parece fácil.*

—*Claro, y disparar también y yo no sería capaz de hacerlo.*

Aquello le hizo reír tanto que acabó salpicándome de harina la cara y eso hizo que se desatara una guerra, al final acabamos como si fuéramos dos muñecos de nieve completamente blancos de la cabeza a los pies.

Sonriendo todavía por el recuerdo, me incorporé despacio en la cama.

También habíamos pasado horas tumbados en el sofá viendo películas antiguas, que sorprendentemente eran las que más nos gustaban a los dos.

O sentados en el porche compartiendo una limonada mientras mirábamos como el atardecer dejaba un color mágico en los campos.

Pero lo que más habíamos hecho era hablar.

Hablamos mucho, muchísimo. Yo le había contado cosas de mi padre. De Camile. De mi sueño frustrado de estudiar. De la pastelería. De Francia. De todo. Incluso de Travis.

Y todavía sonreía recordando cómo Wyatt había fruncido mucho el ceño cuando le confesé que al principio me sentí atraída por su hermano.

—*¿Te gustó Travis?* —preguntó mirándome mal.

—*Solo unos días.*

—*¿Unos días?*

—*Wyatt, no pongas esa cara. Como he dicho fueron solo unos días.*

—*¿Qué cara estoy poniendo?*

—*Cara de asesino. Uno muy peligroso.*

Al decirle eso resopló, pero un segundo después me susurró en los labios que me perdonaba mi falta de cordura porque me hubiera gustado su hermano y se lanzó a mis labios para demostrarme que el que tenía que gustarme para siempre era él.

Él también me habló de su vida. Pero mucho menos que yo.

Se le veía que era un hombre más reservado en ese sentido, y había ciertos temas de los que le costaba hablar.

Me habló de los países y ciudades en las que había estado durante los once años que llevaba en el ejército. Se abrió un poco más cuando me contó lo duros que fueron los inicios cuando llegó a la base con tan solo dieciocho años, y es que era un crío.

Un crío que fue allí obligado por las circunstancias.

Cuando fue a hablarme del motivo por el que se había marchado del rancho, le dije que Travis ya me había puesto más o menos en antecedentes.

Ahí respiró tranquilo y me dijo que, si ya lo sabía mejor, porque así se ahorra hablarme de esa época de su vida de la que no le gustaba ni hablar ni recordar lo que pasó.

Noté como, aunque no lo dijo todavía le guardaba algo de rencor a su padre por lo que pasó y por los años en los que apenas le dejaba respirar llamándole la atención a todas horas porque no seguía sus órdenes al pie de la letra.

De todo lo que me contó o le pregunté hubo algo en lo que fue muy parco en palabras y con lo que me di cuenta de que no estaba dispuesto a decir nada.

Eso fue cuando le pregunté si había tenido pareja. Dijo simplemente.

—Sí, la hubo, pero ya no.

Esa fue su corta contestación y rápidamente él mismo cambió de tema así que tragué mi curiosidad y lo dejé pasar.

Tenía la esperanza de que cuando pasara el tiempo y tuviéramos más confianza me lo contara por sí mismo. Pero hasta entonces respetaría sus tiempos y su intimidad como él estaba respetando mis tiempos con otras cosas.

También me confesó que esos años que había estado fuera le hubiera gustado haber venido a casa, que sobre todo los siete años que no piso el rancho lo echó muchísimo de menos.

Me levanté de la cama llena de energía y dispuesta a pasar otro día estupendo con él a solas. Y digo a solas, porque ya sabía que sería el último que estaríamos los dos solos en la casa.

La noche anterior Travis y Helen nos llamaron para avisar de que volverían al día siguiente más o menos a la hora de comer.

Travis me pidió o me rogó que el día de su vuelta le tuviera preparado algo que tuviera altas dosis de azúcar, que el viaje había sido agotador y necesitaba reponer fuerzas. Todo pamplinas por su parte.

Lo que le pasaba es que había tenido que mal comer donde había pillado y él ya se había acostumbrado a tener el plato lleno hasta los topes y a mis raciones diarias de dulces y lo echaba de menos.

Salí de la ducha con la toalla envuelta en el cuerpo y fui directamente al armario.

Repasé las prendas que tenía y decidí ponerme un vestido fresquito de tirantes que todavía no había estrenado.

Era una de las muchas prendas, más de las que necesitaba, pero que Helen insistió en regalarme uno de los días que bajé con ella de compras hasta el centro de Bozeman.

Me miré en el espejo y me gustó mucho el resultado, el vestido me quedaba estupendo y no solo el vestido sino la trenza que me había hecho me quedaba muy bien también.

Me perfumé un poco y por último me puse unas sandalias planas para completar el look.

Miré de reojo la ventana y vi como el sol ya empezaba a asomar. Un nuevo amanecer se abría paso en el rancho. Eso me hizo sonreír. Porque también se abría paso un nuevo día para mí. Uno que no sabía todavía que sería inolvidable.

Salí de la habitación intentando hacer el menor ruido, sabía que Wyatt seguiría dormido, porque los días anteriores se había levantado cuando yo ya tenía el desayuno hecho.

Caminé por el pasillo con sigilo, pero al llegar a la altura de la puerta de la habitación de Wyatt esta se abrió de un tirón.

Sin darme tiempo a reaccionar me agarró de la mano y me metió dentro pegándome a su cuerpo.

—¿Qué haces despierto tan temprano?

—Llevo un rato esperando que salieras, he oído el ruido del agua de la ducha y sabía que lo harías en cualquier momento.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Y para qué querías que saliera?

—Para darte los buenos días.

Le miré con la ceja alzada sin entenderlo bien. No me lo explicó con palabras. Me pegó totalmente a su cuerpo y me besó.

No fue un beso como todos los anteriores que nos habíamos dado los días anteriores, no, ese no tuvo nada que ver.

Los otros fueron lentos, pausados, fueron como si nos saboreáramos. Pero este fue mucho más intenso. Más pasional. Más duro. Como más hambriento.

Cuando nos separamos los dos teníamos la respiración agitada, mucho. Y aparte de eso, yo tenía un calor por todo el cuerpo sobre todo en la zona baja que me abrasaba.

—Tengo que bajar a preparar el desayuno —dije todavía con los labios pegados a los suyos.

—El desayuno puede esperar, quédate un rato aquí conmigo.

Me lo pidió de una manera, que me fue imposible negarme. Me llevó de la mano hasta su cama y allí nos tumbamos los dos juntos uno al lado del otro.

La situación al estar en su cama, en su espació, podía imponer mucho, pero sorprendentemente eso no pasó.

Me sentí muy a gusto allí con él. Era como si estuviera en el lugar en el que debería estar. En el que quería estar. Nos quedamos unos segundos en silencio, simplemente disfrutando del momento, de nuestra compañía y del calor del cuerpo del otro.

Capítulo 27



Los minutos pasaron y finalmente fue Wyatt el que rompió el silencio.

—Hoy voy a ir a las cuadras, quiero ver a Huracán.

Ya le había oído decir varias veces a lo largo de los días que tenía muchas ganas de ir a ver a su caballo, pero por las circunstancias que tenía no lo había podido hacer y eso lo tenía frustrado.

—¿No será mucho camino? —pregunté preocupada.

—No, la pierna casi ya no me duele. Y si me canso, paro y sigo.

Asentí.

—Bien. Pero espera que termine con mis cosas y te acompaño.

Él también asintió.

En los siguientes segundos algo raro pasó.

Nuestras miradas se encontraron al terminar de hablar y como siempre nos pasaba, sobre todo en los tres últimos tres días ninguno de los dos pudo apartarla del otro.

Era como si nos quedáramos enganchados, unidos por un hilo invisible e irrompible.

No sé si fue él o fui yo. El caso es que un segundo después nuestras bocas estaban unidas de nuevo. Ese beso sí que fue salvaje. No contenido. Fue puro fuego.

Subí una mano hasta su nuca para acariciarle y la otra a su pecho que estaba desnudo pues no se había vestido aun como había hecho yo. Sus manos también se movieron por mi cuerpo.

Una empezó a acariciarme el pecho por encima de la ropa.

En eso habíamos avanzado desde la primera vez que lo hizo y me tensé tanto, ya no lo hacía. Claro que no lo hacía, hacía todo lo contrario derretirme con su contacto.

Su otra mano subió despacio por una de mis piernas. Me acarició el muslo y subió hasta la cadera por debajo de mi vestido, lentamente como si quisiera grabarse todos los centímetros de mi piel en su mente.

Acercó su mano a mi centro y me lo acarició por encima de las braguitas. Me estremecí entera.

—¿Demasiado?

—No, sigue por favor —susurré contra su boca.

Siguió. Me volvió a acariciar un par de veces más por encima de la tela.

Subió la mano y agarró la cinturilla de la braguita para quitármela, pero antes de hacerlo se separó de mi boca para pedirme permiso con la mirada.

Que tuviera esa consideración y me preguntara en todo momento si podía seguir me desarmó por completo. Asentí sonriendo.

Me las quitó con una lentitud que me pareció agónica. El primer contacto de sus dedos en mi vagina fue… No tendría palabras para describirlo, la verdad.

Impresionante. Excitante. Y así podría estar diciendo palabras parecidas hasta cansarme.

Con dos de sus dedos me acarició el clítoris en círculos mientras que con su boca no dejaba de besarme y tragarse mis jadeos.

Metió un dedo en mi interior despacio, con delicadeza.

Primero lo movió en círculos provocándome un placer que en la vida pensé que se pudiera sentir, pero cuando fue un poco más allá y metió dentro de mí un segundo dedo y aceleró el ritmo ni tres minutos me pude contener.

Me dejé ir en su mano gritando su nombre sobre su boca. Apoyó su frente en la mía y me sonrió.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo.

—Bien.

—Quiero más.

Ni siquiera me paré a pensar lo descarada que sonó mi petición, estaba tan ciega por el deseo que estaba sintiendo que todo me dio igual.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Alma, puedo esperar el tiempo que haga falta hasta que estés preparada.

—No quiero esperar más, lo deseo ahora, te deseo ahora.

—Joder…

—Quiero que me hagas tuya.

Sus ojos al oírme decir eso pasaron de un azul claro a uno totalmente oscuro de lo mucho que se dilataron las pupilas por el deseo.

No me contestó con palabras en si estaba de acuerdo, lo hizo con hechos.

Se separó un poco de mí. Agarró el bajo de mi vestido y me lo quito por la cabeza con delicadeza al tener que incorporarme un poco aprovecho el momento y se deshizo también de mi sujetador.

Cuando me tuvo totalmente desnuda y tumbada en la cama se retiró hacía atrás para observarme bien.

—La hostia… eres preciosa. Eres pura tentación.

Sus palabras hicieron que me ruborizara y al verme, el muy capullo se rio bajito.

Se deshizo del pantalón corto que llevaba y se quedó completamente desnudo delante de mí.

Era la primera vez que tenía un hombre desnudo tan cerca. Tragué saliva. Porque joder, que era grande ya lo sabía, incluso más que Travis eso saltaba a la vista, pero es que todo lo de su cuerpo iba en consonancia porque su sexo era o a mí me lo pareció enorme.

Al verme mirarle con los ojos como platos soltó una risita.

—Tranquila, iré despacio.

—Vale —dije en voz demasiado baja.

Se inclinó para pegar su cuerpo al mío.

Volvió a besarme mientras que con una mano agarró su miembro y empezó a rozar mi entrada de arriba abajo con él.

La virgen santa, voy a morir de placer, pensé mientras me hacía eso.

—¿Bien?

—Más que bien —dije jadeante—. Sigue, sigue —añadí ansiosa.

Colocó su pene en mi entrada y me penetró muy lentamente hasta que llegó a la barrera de mi virginidad. Ahí empujó un poco más fuerte hasta que llegó hasta lo más hondo de mí.

¿Dolió? Pues no voy a mentir, porque sería una bobada hacerlo. Sí que dolió, pero fue un dolor muy leve y pasajero.

Wyatt se quedó dentro de mí, esperando a que el dolor pasara y a que mi interior se acostumbrara a él. Pero a mí me estaba pareciendo muy larga esa espera, porque quería más, necesitaba más. Así levanté un poco las caderas para pedirle con mi cuerpo y sin necesidad de palabras que se moviera.

Me encantó cómo me trató todo el tiempo. Lo hizo con mucha paciencia. Haciendo que mi primera vez fuera lo mejor posible y lo consiguió, porque no tenía ni idea cómo serían las siguientes, pero os aseguro que esa no la olvidaría en la vida.

Pasados unos minutos en los que se movió dentro de mi primero de forma lenta, creo que conteniéndose para no dañarme yo misma le pedí que acelerara, que no se contuviera.

Aceleró el ritmo.

—No puedo más voy a… voy a…
Ni las palabras me salían.

—Hazlo… hazlo y llévame contigo.

Ni un minuto después nos corrimos a la vez, chillando nuestros nombres en la boca del otro.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

—En la vida he estado mejor —le contesté sonriendo.

Salió de mi interior y me abrazó pegándome a su pecho.

Los minutos siguientes solo hubo silencio, uno muy necesario para que los dos asimiláramos lo que acaba de pasar.

A media mañana después de que yo hiciera todas las tareas, de que dejara a medio preparar la comida y de que en la isla de la cocina dejara reposando el flan que había hecho de postre ese día fui con Wyatt a las cuadras.

—¿Vas bien?

Llegábamos a mitad de camino y ya le había visto fruncir el ceño dos veces.

—Sí, tranquila.

—Wyatt…

—¿Qué?

—Que no me mientas, joder, que sé que te duele, no seas cabezota. Paramos un par de minutos y ya.

Resopló.

—No me duele, pero me molesta. Joder yo pensé que me recuperaría más rápido. Ha pasado más de un mes y mira cómo estoy, parezco un lisiado.

—¿Tu eres idiota o qué te pasa?

Mi voz salió muy dura. En tono enfadado. Y es que no era para menos, con la bobada tan gorda que acaba de soltar por le boca el muy idiota.

Fue a abrir la boca para contestarme, pero levanté la mano y se lo impedí.

—No vuelvas a decir nunca más una cosa así ¿me oyes?

—Alma…

—Ni Alma ni nada. No eres un lisiado, eres un hombre que ha sido herido en combate defendiendo a su país.

Resopló.

—Wyatt, ha pasado muy poco tiempo. El doctor está hasta sorprendido por lo rápido y bien que va todo, así que hazme el favor y ten un poco de paciencia.

—La pierna no me va a quedar bien —dijo lamentándose.

Se me encogió el corazón al oír con el dolor que lo dijo.

Que sí, que tenía que ser muy duro lo que le había pasado y más para él que había estado tanto tiempo enfrentándose a todo tipo de situaciones y en ese momento se sentía débil.

Y seguramente hasta inútil. Pero no dejaría que se machacara con eso y trataría de hacerle entender que todo podía mejorar.

—Puede que sí o puede que no eso no lo sabes.

—Lo sé.

—¿Eres adivino?

—No, pero he visto a muchos compañeros heridos y se cómo pueden ir las cosas.

Me crucé de brazos fingiendo estar enfadada.

—Y supongo que también has visto a muchos muertos. ¿No? Pues da gracias de que tú no eres uno de ellos.

Frunció el ceño ante mis palabras. Pensó unos segundos. Y finalmente negó con la cabeza.

—Tienes razón, en vez de lamentarme debería dar gracias por no haber vuelto en una caja.

Me acerqué a él y le di un pequeño beso en los labios.

—Eso mismo, aunque a mí me habría venido bien, ahora sería una viuda con la pensión de un capitán.

—Joder me la tenías guardada y la has soltado en cuanto has podido. ¿Eh?

Me encogí de hombros y dos segundos después me eché a reír a carcajadas haciéndole reír a él.

Volvimos a retomar el camino después de terminar las risas y en nada de tiempo llegamos a las cuadras.

En cuanto Nube me vio empezó a relinchar al igual que lo hizo Huracán.

Ya se habían acostumbrado a mí o más bien me adoraban nada más que me veían y no solo porque les solía dar terrones de azúcar sino porque iba todos los días a acariciarles y darles mimos.

—Les estas malacostumbrado.

—Se portan bien, hay que premiarles.

Wyatt me acorraló contra la pared del cubículo en el que estaba Huracán y pegó su cuerpo al mío.

—Yo también me he portado bien. ¿A mí me vas a premiar con algo?

Su voz sonó ronca y ahogada contra mi cuello, el que lamió con su lengua antes de dejarme un reguero de besos.

—Sí… claro. También te voy a premiar con dulces.

Siguió subiendo, besando mi mandíbula despacio hasta que llegó a mi boca. Me devoró literalmente.

Segundos, minutos, horas…

No sabría decir el tiempo que duró el beso, solo puedo decir que cuando nos separamos estábamos los dos en un estado de excitación impresionante.

Tardamos cinco minutos en recomponer nuestras ropas y respirar con normalidad.

Cuando por fin estábamos recuperados y después de despedirnos de los caballos, decidimos retomar el camino de vuelta a la casa.

Sin saber que nos esperaba una sorpresita al llegar.

Capítulo 28



La vuelta a la casa estuvo bastante entretenida.

No hizo falta que nos paramos para que Wyatt descansara y no porque no le hiciera falta sino porque lo hicieron varios trabajadores del rancho que se pararon a saludarle y preguntarle como estaba.

—Te aprecian.

—Yo a ellos también, a la mayoría los conozco desde que era un niño.

—Sí, Travis me lo dijo y a muchos de ellos ya los conocía de cuando he ido al huerto o a las cuadras.

—¿Conoces a Liam y a Violet?

—A Violet aún no, pero a Liam sí que lo he visto unas cuantas veces, tu madre me lo presentó.

—Es un buen hombre que ayuda mucho a Travis.

—Sí, además es muy simpático, me he reído mucho con él cuando hemos coincidido en el gallinero.

—Ya me han contado que las gallinas te adoran —dijo conteniéndose la risa.

—Bichos del demonio, me tiene frita, apenas me dejan moverme cuando entro, vienen todas a por mí como locas.

Al ver lo indignada que estaba soltó una carcajada.

—Eso es porque huelen el dulce en ti.

—¿Tú también?

—Yo también, ¿qué?

—Tu hermano dice lo mismo. No se dé dónde os sacáis eso de que huelo a dulce porque no es así.

Se acercó un poco más de lo que ya estaba ya que me llevaba agarrada de la cintura y metió la cabeza en mi cuello.

Aspiró y ronroneó a la vez. Y yo me estremecí sin poder evitarlo.

—Hueles dulce… muy dulce.

—Wyatt…

—¿Y sabes qué?

—¿Qué? —pregunté intrigada.

—Que estoy deseando probarte, quiero saber si sabes también como hueles.

La leche, qué calor me entró de repente al oírle decir eso.

Cerré los ojos un segundo. Y se me vino la imagen de él entre mis piernas.

Joder Alma, para haber sido virgen hasta hace solo unas horas, estás desatada, pensé riñéndome a mí misma.

—¿Te lo has imaginado?

Mierda…

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no!

Otra carcajada.

—Mentirosa…

Iba a decirle que no estaba mintiendo, aunque los dos sabíamos de sobra que no, pero me quede con las palabras en la punta de la lengua.

Wyatt no había visto lo mismo que yo porque estaba agarrándome, con la cabeza pegada aún a mi cuello y de espaldas a la casa.

Al ver que me había quedado parada y con la boca abierta me miró interrogante.

—Hay una mujer en la puerta de la casa.

Y qué mujer… Madre del amor hermoso, pensé. En la vida había visto una mujer vestida de esa manera y tan guapa.

Bueno, decir que era guapa era quedarse corta, la verdad es que era preciosa. De esas mujeres que llaman la atención sin pretenderlo y que tan solo con su sola presencia eclipsan a todo lo que las rodea.

Tenía el pelo moreno, brillante y rizado que le llegaba casi hasta el borde del trasero. Y su cuerpo… Dios del cielo, era un cuerpo perfecto.

Sí, esa era la palabra.

Justo en ese momento en el que la estábamos mirando porque Wyatt al decirle que había una mujer se giró, ella se dio la vuelta y pude verle la cara.

El color de ojos desde la distancia que estábamos aun no podía distinguírselos bien, pero estaba por apostar que eran claros, o verdes o azules.

Pero la cara sí que se la veía perfectamente. Era la cara de un ángel.

—¿Quién es? —le pregunté susurrando a Wyatt.

—Problemas.

Fruncí el ceño.

—¿Problemas?

—Y de los gordos.

En lo que le preguntaba a Wyatt habíamos caminado hasta la casa y ya estábamos solo a dos pasos de la mujer.

—Vaya, vaya… El capitán Wyatt Hunter en persona.

Le miró de arriba abajo de una manera que no me gustó ni un pelo. Era una descarada.

—Los años en el ejército cada vez te sientan mejor. Estás aquí de visita, supongo. Porque no creo que seas tan tonto como para volver a este sitio a morirte del asco ¿no?

¿Pero qué decía esta mujer? ¿Morirse del asco aquí? Pero si era el paraíso.

Mientras me preguntaba eso y más cosas, noté cómo Wyatt apretaba los puños y los dientes con fuerza.

Estaba claro que no le había gustado lo que estaba diciendo.

—¿Qué cojones haces aquí Savannah?

Me quedé helada al oírle decir su nombre. Sí que había pensado alguna vez cómo sería la mujer con la que Travis estaba casado. Pero desde luego que no me esperaba que fuera una mujer como la que tenía delante.

Explosiva. Descarada. Y un poco dañina. O mucho. Y no por lo que había dicho o lo que sabía que había hecho, sino porque me lo decían sus ojos.

Los tenía llenos de malicia. Se quedó mirando a Wyatt y chasqueó la lengua.

—He venido a ver a mi marido.

Wyatt soltó una risa amarga.

—¿Tu marido?

—Sí.

—Travis ya no es tu marido desde hace mucho tiempo, tú te encargaste de romper ese matrimonio. ¿O es que no te acuerdas?

—Legalmente seguimos siéndolo —contestó con chulería.

Yo seguía muda de la impresión y lo único que hacía era mirar a uno y al otro mientras hablaban.

—Pues espero que eso cambie pronto y que tu presencia aquí sea porque le traes los papeles firmados.

El cuerpo de Savannah se puso rígido y a la defensiva.

—Lo que yo haga aquí no es de tu incumbencia.

Wyatt dio un paso amenazante hacía ella.

—Todo, y escúchame bien, todo lo que tenga que ver con mi hermano es de mi incumbencia.

—Wyatt no te metas —dijo mientras también daba un paso hacía él con los puños apretados y los ojos llenos de ira.

—Me meto en lo que me sale de los huevos.

—En esto no. Esto es entre Travis y yo.

—Ni que se te pase por la imaginación que te voy a permitir que le vuelvas a hacer daño. Así que por tu bien te aconsejo que firmes esos papeles y te largues antes de que me cabrees más.

—¿Me estás amenazando?

—No. De momento solo es una advertencia.

—Pues te puedes meter tus advertencias por donde te quepan.

La madre que la parió. Es que no se callaba. No se achantaba ni un poquito, esta mujer sudaba chulería y soberbia por todos los poros de su piel.

La miré de arriba abajo y sinceramente me dio pena. Porque con lo bonita que era por fuera por dentro era totalmente opuesta. Era fea. O más bien era su alma la que lo era.

Al ver que movía mi cabeza y la recorría con la mirada fue cuando reparó en mi o cuando decidió cambiar de objetivo para seguir soltando veneno.

—¿Y esta quién es? ¿Has contratado una niña a la que ni le han salido los dientes para que te cuide mientras te recuperas?

—Esta tiene nombre ¿sabes?

—Ah ¿sí, niña? ¿Y cuál es?

—Soy Alma, el tuyo ni te molestes en decírmelo, ya lo sé.

—¿Así que te han hablado de mí?

—Sí, y demasiado bien diría yo.

Wyatt soltó una risita.

—Pues yo de ti no había oído hablar.

—Es que no tenías porque, ya no perteneces a esta familia, así que todo lo relacionado con ella, no te incumbe —le dijo Wyatt.

—Me incumbe si vive bajo el mismo techo que mi marido o tiene una relación con él.

Wyatt y yo nos miramos y nos echamos a reír. Esto era alucinar. Cómo podía tener el cuajo de querer saber. De querer pedir explicaciones. O de querer inmiscuirse en la vida de Travis después de lo que le había hecho.

—¿De qué os reís? Yo no le veo la gracia por ningún lado.

Se acercó dos pasos para ponerse justo delante nuestra en modo amenazante, pero más cerca de mí que de Wyatt. Al verla hacer eso Wyatt se tensó al instante.

—Ni te le acerques —dijo señalándola con el dedo.

—Vaya, la defiendes como si fuera algo tuyo.

No me esperaba para nada que Wyatt le contestara como lo hizo y me quedé totalmente alucinada.

—Porque lo es. Es mi mujer.

Savannah abrió los ojos como platos.

—¿Tu mujer?

—Eso he dicho.

—¿Desde cuándo?

Wyatt resopló. Y no solo eso. Porque el estado en el que se estaba poniendo ya le conocía muy bien, era el mismo en el que estaba el día en el que nos conocimos. Totalmente a punto de perder la paciencia.

Al ver que ninguno de los dos la contestamos volvió a la carga con Travis.

—¿Dónde está tú hermano?

—Trabajando.

Puso los ojos en blanco.

—Eso lo supongo, digo ¿en qué parte?

—No está en el rancho.

—¿Cuándo vuelve?

Nada, que no se cansaba.

—Savannah, no te voy a decir una mierda. Firma los papeles, déjaselos a tus padres y vuélvete a Las Vegas a seguir enseñando el culo.

Miré alucinada a Wyatt y con la mirada me dijo "Luego te cuento". Asentí.

—Volveré mañana —dijo finalmente antes de irse enfadada.

Wyatt me agarró de la cintura y entramos en la casa bastante tensos.

Capítulo 29

El resto del día intentamos dejar que la conversación y el encontronazo con Savannah no nos afectara, pero solo lo conseguimos a medias.

Comimos en silencio. Cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Después de comer Wyatt tenía la pierna bastante cansada por el paseo de la mañana.

Así que se tumbó en el sofá y a los diez minutos se quedó dormido.

En ese tiempo en el que descansaba me metí en la cocina a preparar algunos dulces.

Si Savannah volvía al día siguiente como había dicho y trataba a Travis con esa actitud, desde luego que mi amigo iba a necesitar bastante dosis de azúcar.

Saqué todos los ingredientes. Ya tenía en la cabeza que hacer desde que habíamos comido, eso fue en lo que pensé entre otras muchas cosas.

Lo primero que preparé fue una tarta Ópera. Estaba segura de que a Travis, bueno, y a los demás, les gustaría mucho por su finura y su sabor. Estaba hecha con capas de bizcocho, almendras, café y chocolate.

La segunda cosa que hice fue una bandeja enorme con más de cincuenta *macarons*, de varios colores y con tres tipos de relleno distintos. Unos de mermelada. Otros de crema de mantequilla. Y los últimos de ganache de chocolate.

Y lo último que hice antes de que Wyatt se despertara fue una docena de Palmier o cómo se las conocían en otros sitios palmeras de hojaldre caramelizadas.

Estaba colocando la última palmera en forma de corazón en la bandeja cuando un carraspeo me hizo levantar la vista.

Wyatt estaba apoyado en el marco de la puerta de brazos cruzados mirándome muy sonriente.

Se acercó con pasos lentos hasta la isla. Sus ojos brillaron al ver todo lo que había encima de la mesa.

Se pasó la lengua por su labio inferior como si ya estuviera degustando el sabor de cualquiera de los dulces que había allí.

Verle hacer ese gesto con la lengua hizo que mi cuerpo reaccionara. Me removí en el mismo sitio y Wyatt al verme sonrió de una manera lobuna.

—¿Estás bien?

—Sí…

Se acercó a mí y me encajó de la misma manera contra la isla que lo hizo días atrás.

Me di la vuelta para mirarle a los ojos y en ese momento nuestras miradas se engancharon como siempre nos pasaba cuando estábamos tan cerca. Fue él el primero en pestañear y romper el contacto.

Se inclinó hacía mí y pensé que me iba a besar, pero me equivoqué por completo.

Alargó la mano y cogió uno de los *macarones* que estaba en la bandeja y con rapidez se lo metió en la boca.

Cerró los ojos mientras se lo comía de una manera que hizo que el calor de mi cuerpo aumentara de forma inmediata.

—Un *macaron* delicioso.

Se relamió los labios sin dejar de mirarme.

Sin verlo venir apartó un poco las bandejas a un lado y sin apenas esfuerzo me agarró por las caderas y con una agilidad pasmosa me sentó en la isla de la cocina.

—¿Qué…? ¿Qué haces?

—Me he comido un *macaron* y estaba buenísimo, ahora me voy a comer el más grande de todos, necesito saber si está tan delicioso como me lo imagino.

—Wyatt…

Solo pude pronunciar su nombre porque solo con pensar en lo que estaba a punto de hacerme hasta sin palabras me quedé.

—Shhh… relájate, tú solo disfruta.

Relájate, decía. Para relajarme estaba yo, vamos.

Sí tenía una acelerada en el cuerpo que ni una moto de las de grandes cilindradas.

Me puso una mano en el pecho y me empujó suavemente para que me reclinara hacía atrás.

Me agarró por las caderas y tiró de mi para que mi sexo quedara justo al ras de la isla, sin perder al tiempo y teniéndome ya es esa posición tiró hacía abajo de mis braguitas y las dejó caer al suelo.

Me levantó el vestido y me lo enroscó en la cintura. En ningún momento mientras me hacía todo eso puede apartar la vista de él.

Con cada mano en una de mis rodillas hizo que abriera las piernas y me quedara totalmente expuesta.

Acercó una mano y pasó dos dedos por mi apertura que ya estaba totalmente húmeda. Para después llevárselos a la boca y lamerlos.

Os juro que solo con verle hacer eso estuve a punto de dejarme ir.

—Deliciosa —dijo mientras se relamía los labios en los que con los dedos se había dejado parte de mis fluidos.

Ni tiempo a respirar me dio siquiera. Se agachó y hundió la cabeza entre mis piernas.

Con la primera pasada de su lengua en mi clítoris y la succión de sus labios después me arrancó un jadeo que menos mal que estábamos solos en la casa sino me hubiera muerto de la vergüenza.

No me dejo descansar ni un solo segundo. Me lamió. Me saboreó. Me penetró con su lengua. Y recorrió todos mis pliegues sin descanso hasta que me acabé corriendo en su boca mientras gritaba su nombre.

Cuando se levantó y me miró aún seguía tan excitada que tiré de su camisa para besarle. Probarme en sus labios fue súper excitante.

Bajé mis manos y sin dificultad porque llevaba unos pantalones de deporte se los bajé. No llevaba ropa interior así que un impedimento menos.

Con la mano temblorosa agarré su miembro. Nunca había hecho una cosa así, pero vamos que tonta no era y al menos la teoría sí que me la sabía.

Empecé a moverlo de arriba abajo con movimientos suaves pero firmes. Mientras lo hacía, Wyatt agarró de los tirantes de mi vestido y me lo bajó hasta la cintura e hizo lo mismo con mi sujetador.

Dejó de besarme y bajó su boca hasta uno de mis pechos. Se metió el pezón en la boca y lo succionó con fuerza. Con la otra mano me masajeó el otro pecho con movimientos firmes pero delicados.

Lo comparé a como hacía yo cuando amasaba para hacer algún dulce.

—Dios… Alma me estas matando —dijo separando un poco su boca y jadear al mismo tiempo.

Seguimos dándonos placer un rato más hasta que llegó un punto que los dos necesitábamos más. Necesitábamos unirnos.

Me agarró con las dos manos por las caderas y acercó las suyas. Me penetró de una sola estocada. Y ya no dolió, solo sentí placer. Uno indescriptible.

Vi cómo se contenía. Y no quería que lo hiciera.

—Más… dame más.

—No… no quiero hacerte daño.

—No me lo haces, más rápido, más fuerte por favor —le rogué.

Me agarró más fuerte y empezó a bombear dentro de mí, con estocadas fuertes y certeras.

Y joder, si lo de por la mañana que fue más pausado había disfrutado, con ese ritmo ya fue la leche.

—Voy a…

—Yo también…

Y lo hicimos. Llegamos juntos al clímax mientras jadeábamos tan alto que el sonido rebotaba por toda la cocina.

—Joder ha sido… —dije sin poder acabar la frase porque ya lo hizo el por mí.

—La hostia.

El resto del día lo pasamos prácticamente sin salir de casa.

El calor fuera era totalmente insoportable, el verano estaba en todo su apogeo. Wyatt estaba acostumbrado a ese tipo de temperaturas al haber pasado allí parte de su vida o cerca en otras ciudades donde el calor era parecido.

Pero yo no me había hecho todavía a ese calor pegajoso y asfixiante, lo acabaría haciendo supongo, pero hasta entonces procuraba salir lo menos posible cuando el sol más apretaba.

Esa tarde antes de cenar mientras veíamos el atardecer en el porche, me contó lo que había querido decir de lo de enseñar el culo de Savannah.

Eso no me lo había contado Helen. Y seguramente era porque no lo sabía.

Pero Wyatt sí que estaba al tanto de ello ¿Por qué? pues la verdad es que ni idea, supuse que era porque, aunque fuera en la distancia le gustaba estar enterado de todo lo que pasaba para proteger a los suyos.

El caso era que Savannah y el veterinario no habían durado mucho, ella solo le había enredado para tener la oportunidad de largarse del rancho que era lo que quería desde el principio ya que esa vida nunca le gustó.

A Travis según me contó le dijo que quería que se fueran a vivir a otro sitio cuando se casaron, pero él se negó en redondo, el rancho era su vida.

En las Vegas al no poder vivir ya a costa del veterinario había tenido que buscar un trabajo y los dos últimos años había terminado trabajando en un local de esos en los que las mujeres bailan desnudas.

Me quedé a cuadros con esa información. Le pregunté a Wyatt si Travis conocía esa información y me contestó que estaba seguro de que no.

Lo que sí que nos preguntamos los dos y varias veces era que con qué intenciones habría venido Savannah. Ninguna buena, de eso era de lo único de lo que estábamos seguros.

Porque si no, habría firmado los papeles del divorcio y hubiera seguido con su vida y por fin y de una vez por todas hubiera dejado a Travis seguir con la suya.

Esa noche fue distinta a las demás.

Wyatt no me permitió irme a mi habitación. Dijo "tú conmigo a mi cama que es donde tienes que estar, que para eso eres mi mujer". Lo dijo en broma, pero lo dijo.

Y la noche fue…

Impresionante, increíble, alucinante y así podría estar horas. Porque una vez que pasamos de la puerta ya no hubo contención por parte de ninguno de los dos. Fue una noche de sexo sin freno, sin prisas, fue un no parar.

Capítulo 30



Daba igual que solo hubiera dormido un par de horas.

El reloj que tenía dentro de mi cuerpo funcionó como siempre y antes justo del amanecer ya estaba con los ojos abiertos como platos.

Giré la cabeza un poco a mi derecha y la sonrisa me salió sola cuando vi a Wyatt a mi lado dormido.

Su respiración era tranquila. Totalmente rítmica y constante.

Tenía el pelo alborotado y en su cara, aunque ya iban desapareciendo los rastros demacrados que tenía cuando llegó herido aun había restos de algunos de ellos.

Seguía teniendo ojeras. No eran profundas, pero sí seguían marcadas.

Le repasé el resto del rostro y vi que, sí que debía haber cogido algo de peso, porque sus pómulos ya no estaban tan hundidos.

Subí la vista y miré la cicatriz que se le había quedado encima de la ceja. Hacía ya días que el médico le había quitado los puntos. Se le quedaría marcada de esos estaba segura. Pero le quedaba hasta bien. Le daba un aspecto más de tío duro.

Suspiré. Todavía no me podía creer a lo que habíamos llegado con lo mal que empezamos.

Pero ahí estábamos. Juntos. Solo esperaba que durara y que, en algún momento, aunque tardara, Wyatt llegara a sentir algo por mí, como yo lo hacía por él.

Porque sí, ya no podía negarlo. Me había enamorado de él.

No estaba segura de cómo había pasado, pero echando la vista atrás creo que fue en el mismo momento en el que le vi en aquella foto que estaba en el pasillo.

Ahí nada más ver sus ojos ya sentí algo raro dentro de mí, como si esos ojos me dijeran que iba a caer rendida a sus pies. Pues esa sensación se hizo real porque así era como me tenía.

Total, y absolutamente perdida por él.

Me moví un poco para salir de la cama sin hacer ruido, pero hasta en sueños debió de notar mi movimiento porque la mano que tenía en mi cintura la apretó más para pegarme a él.

—¿Dónde vas? Es muy pronto.

Apenas se le entendía por la voz ronca y tomada que tenía por el sueño.

—Voy a preparar el desayuno, tú duerme un poco más, seguro que estás cansado.

Y es que en verdad tenía que estarlo. Porque después de todo el ejercicio que había hecho la tarde anterior y el resto de la noche y según tenía el cuerpo, tenía que estar agotado.

Y eso que le pregunté varías veces que si estaba bien, porque no creía yo que tanto esfuerzo fuera bueno para su pierna. Pero todas las veces me contestó que sí, que hacer el amor era la mejor manera de ejercitar su cuerpo y que era buenísimo para su recuperación.

—No estoy cansado.

Eso decía él, pero su voz no decía lo mismo.

—Wyatt… quédate. Voy a preparar el desayuno y te subo algo. ¿Vale?

Esperé su respuesta, pero esta no llegó. Se había vuelto a quedar dormido. El que no estaba cansado, anda que ya le valía. Me contuve una risita y con mucho cuidado salí de la cama.

Salí con el mismo cuidado de la habitación y me fui a la mía a darme una ducha y a ponerme ropa limpia.

Estábamos sentados comiendo y compartiendo una charla bastante amena cuando la puerta de la calle se abrió. Nos miramos y sonreímos a la vez. Travis y su madre ya estaban de vuelta.

Había una cosa que llevaba rondándome la cabeza desde el día anterior y que me tenía bastante nerviosa.

Y es que no sabía si Wyatt quería que su madre y su hermano supieran que había pasado algo entre nosotros.

Respiré profundo y antes de que los dos entraran en la cocina se lo pregunté, mejor saberlo para saber cómo actuar que hacer algo y meter la pata.

—¿Wyatt?

—Dime.

—Esto… —dije señalándole primero a él y luego a mí—. Que si quieres que quede entre nosotros o…

Me vio tan nerviosa, que se le escapó una pequeña risita.

—¿En serio crees que quiero esconder lo que tenemos?

Me encogí de hombros. Porque no sabía ni eso ni nada.

—No lo sé. No sé qué es esto, no sé lo que tú quieres, no sé hasta cuando lo quieres, no sé nada esa es la verdad.

La puerta de la cocina se abrió, pero no me dio tiempo ni siquiera a mirar a Helen y a Travis. Wyatt me agarró con una mano de la cintura, me pegó a él y me dio tal beso que hasta el aire me faltaba cuando se separó de mi boca.

—¿Te ha quedado claro? Porque creo que a ellos sí —dijo señalando con la cabeza a su madre y a su hermano que estaban a mi espalda.

Dudé si girarme o no. Porque no sabía cómo se podían tomar Helen y Travis lo que acababa de pasar, tenía miedo, sí, eso era lo que tenía.

Cogí aire y me dije “venga valiente, date la vuelta".

Me giré lentamente y me quedé con la boca abierta cuando los vi a los dos mirarnos muy sonrientes, luego se miraron entre ellos y por último se chocaron los cinco.

A qué venía eso, me pregunté.

—¿Qué hacéis?

—Celebrando que nuestro plan salió perfecto —contestó Travis.

Miré a Wyatt que negaba con la cabeza.

—¿Wyatt, tú sabes de qué hablan?

—Me lo estoy imaginado.

Helen y Travis se acercaron hasta nosotros y ella me dio un abrazo a mí mientras Travis palmeaba a su hermano la espalda.

—Me alegro mucho de que estéis juntos hija, no sabes cuánto —me susurró Helen al oído.

—Gra… Gracias —le contesté un poco avergonzada.

Cuando se separó de mí fue Travis el que se acercó y me envolvió entre sus brazos y me beso en la cabeza.

Los abrazos de Wyatt eran para mí impresionantes, pero los de Travis no se quedaban atrás, eran, en una palabra, necesarios.

—Al final te saliste con la tuya ¿eh?

Le miré sin comprender alzando una ceja.

—Le endulzaste la vida —me aclaró.

Los dos nos miramos y nos echamos a reír.

—De momento le he endulzado el estómago y un poco el carácter, lo otro solo el tiempo lo dirá.

Wyatt nos miró confuso.

—¿De qué habláis?

Travis se me adelantó y contestó a su pregunta.

—De cumplir una promesa.

—¿Qué promesa?

—Una que le hice a mi padre.

—¿Y qué promesa es esa?

Fui a contestarle, pero no sabría decir porque, pero algo se me vino a la cabeza. Algo que se había quedado en el aire y que no se explicó porque Helen y Travis se habían acercado a darnos la enhorabuena por estar juntos.

Algo que no pensaba dejar pasar.

—Luego te lo cuento, antes quiero saber otra cosa.

—¿El qué? —me preguntó Wyatt.

Me giré separé dos pasos atrás soltando a Travis que todavía me tenía sujeta por los hombros y le miré directamente a los ojos.

Esos que sabía que, aunque él no me dijera la verdad o me dijera una a medias, ellos sí lo harían.

—¿Qué has querido decir con eso de que el plan ha salido perfecto?

Wyatt se rio bajito. Helen carraspeó. Y Travis se sonrojó.

Se sonrojo, señores, mala señal… Porque eso quería decir que ya había tramado una de las suyas. Ahora solo me quedaba saber qué era y si lo que fuera me iba a hacer enfadar.

Porque no había que ser muy lista para saber que yo estaba implicada en ese plan o era parte de él.

Su mirada bajó y se quedó fija en el suelo. Mal asunto.

Si hacía eso era porque lo que fuera que hubiera hecho sabía que me iba a cabrear.

—Travis, ¿qué has hecho?

—Eh…

—Habla —exigí mientras me cruzaba de brazos.

Wyatt soltó una risa bajita. Giré la cabeza hacía él con rapidez.

—Sí te ríes es que lo sabes.

—No porque me lo hayan dicho, pero la actitud de mi hermano al entrar me lo ha dicho todo. Y tengo que añadir que estoy muy agradecido por su ayuda.

Me estaba empezando a cabrear, pero bien, porque al parecer allí era la única tonta que no se estaba enterando de nada.

Helen debió de notar mi estado. Notó cómo me estaba alterando más y más a cada segundo que pasaba.

—Nos fuimos para dejaros solos.

La miré con los ojos abiertos como platos. ¿Qué narices acababa de decir?

Pues que al parecer se habían marchado de la casa los dos para que Wyatt y yo nos quedáramos solos. Vamos que me habían tendido una encerrona. Porque estando solos sabían que tarde o temprano tendría que dejar de esquivar a Wyatt y hablar con él.

—¡¿Qué?!

—Que nos fuimos…

Travis iba a repetir las mismas palabras que había dicho su madre, pero le conté con un movimiento enérgico de mano.

—Eso ya lo ha dicho tu madre. Quiero que me expliques por qué y cuándo se te ha ocurrido el plan.

El porqué más o menos lo tenía claro. Lo otro pues también me lo podía imaginar, pero quería oírselo decir.

—Joder, *macaron*… es que mi hermano cada día estaba peor porque no le dejabas hablarte y tú…

—¿Yo qué?

—Tú estabas deseando hacerlo, aunque te lo negaras hasta a ti misma.

—¿Así que ideaste un plan?

—Uno muy bueno, por cierto —dijo Wyatt sonriendo.

—Gracias hermano. Necesitabais ese tiempo a solas y un empujoncito.

—No gracias a ti.

—Callaros los dos. Travis céntrate y cuéntamelo todo.

Miró a su madre de reojo y esta, sonriendo, asintió, así que cogió aire y me soltó todo de carrerilla.

Días antes y al ver que no daba mi brazo a torcer y que su hermano estaba cada minuto más desesperado al ver cómo le rehuía, se le ocurrió la genial idea de dejarnos a solas.

Arriesgándose a que pasaran dos cosas o que su hermano y yo acabáramos como habíamos acabado o que pasara todo lo contrario y hubiéramos acabado por sacarnos los ojos uno al otro.

Por suerte había pasado lo primero. Cosa que dijo que él tenía muy claro que iba a pasar y Helen le dio la razón porque ella no es que tuviera la esperanza de que así fuera, sino que lo sabía por cómo nos mirábamos su hijo y yo desde el primer día.

Así con esa idea o plan como él lo había llamado, habían arreglado todo para marcharse tres días fuera del rancho para quedarnos solos.

—¿Entonces no has estado trabajando?

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—No, *macaron*, mi madre y yo hemos estado en Dillon en un hotel y en la playa disfrutando de tres días de vacaciones.

¿Sería posible? Negué con la cabeza sonriendo.

—Eres un liante y el rey de los planes descabellados.

Wyatt se echó a reír y Helen se unió a sus risas.

—Sí, pero la suerte siempre está de mi parte, porque salen bien —dijo todo orgulloso.

—No sé si comerte a besos o darte una patada en el culo por ser un metiche.

—Venga, ni una cosa ni la otra, me das un dulce de esos que seguro que me has preparado y estamos en paz.

La carcajada de Wyatt rebotó en toda la cocina.

—Tienes un morro que te lo pisas.

—Puede, pero, ¿a que me quieres igual?

—Qué remedio me queda a estas alturas, ya no te puedo descambiar.

—¿Entonces me das un dulce? —dijo poniendo ojos de cachorrito.

Wyatt se acercó a mí y me agarró por la cintura. Acercó su boca a mi oído para hablarme bajito y que solo yo le oyera.

—Cariño, dale un dulce. Se lo ha ganado. No se lo diremos mucho para que no se lo crea y se suba más, pero gracias a él estamos juntos.

Asentí sonriendo y él me dejó un suave beso en los labios antes de soltarme.

—Te lo voy a dar, pero ni un plan más —dije advirtiéndole con el dedo.

Travis se puso a aplaudir y jalear mientras los demás nos reíamos a carcajadas. Me acerqué a la despensa donde tenía guardado todo lo que había preparado, pero no llegué ni a abrir la puerta, el sonido del timbre me lo impidió, dejándome clavada en el sitio, porque supe sin verla quién era.

Capítulo 31



—¿Quién será a estas horas? —preguntó Helen.

—Seguro que es alguno de los chicos que han visto mi camioneta y quieren decirme algo.

—O Liam —añadió Helen.

Wyatt y yo cruzamos una mirada con la que nos entendimos.

Los dos no pensábamos que ni era Liam ni ninguno de los chicos sino la arpía de Savannah que o había visto la camioneta de Travis o algún trabajador le había dicho si le habían visto llegar que ya estaba en casa.

Cerré los ojos y me separé de la puerta de la despensa.

Si era esa mujer, no era momento de sacar ningún dulce porque en cuanto Travis la viera estaba segura de que se le quitarían las ganas de comerlos o si se los comía lleno de rabia se le podían indigestar.

—Yo abro —dijo Wyatt sin dar opción a nadie a salir de la cocina antes.

A Travis le sonó un mensaje en el móvil y se sentó en uno de los taburetes y se centró en el teléfono con la vista fija en él.

Pero Helen, que al parecer había visto la mirada entre su hijo mayor y yo y que en esos momentos también debía de ver la preocupación mis ojos, se acercó a mí despacio y acercó su cara a la mía.

—¿Qué está pasando, cielo?

Se iba a enterar igual así que buena gana de demorarlo más. De la misma manera que ella había hecho susurrándome la pregunta le contesté con la verdad.

—Savannah está en el racho, ayer tuvimos un encontronazo con ella y prometió volver hoy, así que seguramente sea ella la que ha llamado.

Helen se retiró hacía atrás y cuando vi su cara se me retorció el estómago.

Se había quedado hasta pálida y sus ojos transmitían muchas emociones. Ira, eso era porque esa mujer tuviera el descaro de venir a su casa. Preocupación, eso era lo que más primaba, seguramente porque en cuanto se enterara Travis lo iba a pasar mal, pero también miedo.

—Tranquila —le pedí.

Me agarró la mano y yo se la apreté ofreciéndole mi apoyo.

Iba a decirme algo, pero las voces que llegaron desde el hall la impidieron hacerlo.

Las dos nos tensamos a la vez y cruzamos una mirado que venía diciendo, esto es imparable.

La voz alta de Wyatt se pudo distinguir perfectamente y también una más baja que era de mujer, así que, sí, era Savannah la que había venido a buscar problemas, a traerlos, a perturbar la paz o a las tres cosas a la vez.

Las dos miramos rápidamente a Travis que había levantado la vista del golpe del teléfono y miraba confuso hacía la puerta de la cocina.

—¿Qué coño está pasando? ¿Qué son esas voces?

Las dos dimos con rapidez los tres pasos que nos separaban de él y nos pusimos a su lado.

—Travis…

Giró la cara y me miró a los ojos.

—Dime qué pasa, *macaron.* ¿Con quién riñe mi hermano?

Mientras me decía eso se había levantado del taburete para ir a la puerta, pero su madre le paró tirándole de la manga de la camiseta.

—Travis, no…

Al ver la expresión de su madre y la preocupación en sus ojos su gesto se puso más serio de lo que yo le había visto nunca.

—Mamá, déjame. Necesito saber con quién discute Wyatt.

—Es con…

No me dio tiempo a decírselo porque ella misma lo hizo a gritos.

—¡Travis Hunter, sal aquí ahora mismo!

Las dos nos tensamos tanto que nuestros cuerpos se quedaron tiesos como dos palos. Y el de Travis no se quedó atrás porque hizo lo mismo.

Giró la cabeza y nos miró.

—¿Savannah? ¿Es Savannah?

Helen y yo solo pudimos asentir.

—¿Qué cojones hace aquí? Para firmar los papeles no hacía falta que viniera.

Estaba enfadadísimo al saber que su todavía mujer estaba en su casa. Algo totalmente entendible.

Cogí una bocanada de aire y me armé de valor para decirle algo que estaba segura de que no le iba a gustar.

—Vino ayer y nos dijo que no iba a firmar.

—¿Eso dijo? —me preguntó apretando los puños.

—Sí, y que quería hablar contigo. Supongo que por eso ha vuelto hoy.

Soltó una risa amarga.

—¿Hablar? ¿Quiere hablar? Bien, pues hablar no sé si la dejaré hacerlo, ahora que me va a escuchar, eso sí que va a pasar.

—Travis…—le rogó su madre.

—Tranquila mamá, no puede hacerme daño, ya no.

Sus palabras sonaron tan sinceras y certeras que no solo su madre respiró con tranquilidad, sino que yo también lo hice. Las dos teníamos miedo de que esa mujer volviera a entrar en la vida de Travis y volviera a hacerle daño de una manera u otra.

Abrió la puerta de la cocina que Wyatt se había encargado de cerrar cuando salió y la cruzó con pasos firmes y seguros.

Helen y yo le seguimos. Unos segundos después cuando llegamos al hall la escena que se abrió ante nuestros ojos era cuanto menos surrealista.

Wyatt estaba de espaldas a nosotros bloqueando la puerta y Savannah alzando la voz como una desquiciada le exigía que la dejara entrar en la casa de su marido.

Increíble pero cierto. Travis llegó en dos zancadas donde estaba Wyatt y le puso la mano en el hombro.

—Wyatt.

Giró la cabeza por encima del hombro y nos miró a los tres. Su mirada estaba totalmente llena de rabia y enfado, y al ver a Travis y a su madre también se llenó de preocupación.

—Déjame esto a mí.

—Ya era hora de que aparecieras, dile a tu hermano que se meta en sus asuntos —dijo Savannah mirando a Travis.

—Te he dicho ya varias veces que las cosas de mi hermano también son asunto mío —ladró Wyatt.

Travis me miró y sin decirme nada nos entendimos. Supe lo que me estaba pidiendo y me di prisa en hacerlo. Solté la mano de Helen que aún estaba unida a la mía y me acerqué hasta Wyatt. Lo agarré del brazo y tiré de él un poco hacía atrás.

Supo que era yo en cuanto la piel de mi mano tocó la de su brazo. Y no solo él reaccionó, sino que también su cuerpo lo hizo destensándose un poco.

—Ven —le pedí.

—Pero…

—Ven, por favor.

Sin girarse para seguir mirando a Savannah dio tres pasos atrás a la vez a que lo hacía yo separándose de la puerta.

—Déjale, quiere encargarse él solo de esto —le rogué susurrando.

Me agarró de la cintura mientras asentía y los dos con Helen a nuestro lado fijamos la mirada en la pareja que no se estaban diciendo nada, solo se median con la mirada.

Unos segundos después fue Travis el que rompió el silencio.

—¿Has traído los papeles firmados?

—No, necesito hablar contigo, a solas, por favor.

Casi se me desencaja la mandíbula al oír el cambio en el tono de voz de Savannah. Era totalmente meloso, suave y coqueto. Y sin con eso no fuera bastante el cambio en su expresión ya era para desmayarse. Estaba mirando a Travis batiendo las pestañas y sonriéndole como si él fuera la séptima maravilla del mundo.

—No quiero saber nada de lo que me tengas que decir. Solo me interesa que me des los putos papeles firmados.

—Travis… por favor yo… —dijo rogándole y mientras parecía que sus ojos se llenaban de lágrimas.

La cortó radical.

—¿Has estudiado interpretación mientras enseñabas todas tus vergüenzas en Las Vegas y te tirabas a cuanto cliente estaba dispuesto a pagar tu precio?

—Dios mío… —susurró Helen a mi lado antes de llevarse una mano al pecho.

—¿Eso también lo sabías? ¿Es cierto? —le susurré a Wyatt.

—No, no tenía ni idea, pero Travis parece muy seguro al decirlo, así que tiene que ser verdad —me contestó sin dejar de mirarlos.

—¿Qué dices? ¿Quién te ha contado esas mentiras sobre mí? —dijo Savannah muy indignada.

—No me lo ha contado nadie. Lo vi yo con mis propios ojos. Fue vergonzoso y totalmente asqueroso ver a la mujer de la que una vez estuviste enamorado, ofrecerse a los hombres sin importarle ni siquiera su edad como una auténtica zorra profesional. Solo te importaba quién era el que más pagaba.

Savannah soltó un jadeo. Helen cerró los ojos y negó. Y Wyatt y yo nos miramos alucinados al ver como Travis le había dicho todo eso sin inmutarse siquiera.

Ya no había dolor en sus ojos al mirarla, solo había la más pura indiferencia y eso era un claro síntoma de que hacía tiempo que la había superado.

—¿Fuiste a buscarme?

—Sí, quería que me firmaras los putos papeles, pero cuando te vi preferí no acercarme a ti. Por eso te los hice llegar por correo.

—Travis… yo he tenido que hacer eso por necesidad —dijo llorando—. Me equivoqué, yo siempre te he querido.

La carcajada de Travis nos dejó a todos clavados en el sitio.

—Mira Savannah, si tu plan al venir aquí ha sido para liarme y que volvamos a estar juntos, desde ya te digo que dejes de perder el tiempo y de hacer el ridículo.

—Yo no…

—Contraté un detective para que te investigara y estar preparado para todo. Sé que tienes problemas de dinero, sé que debes pasta, sé que esa pasta la pediste para llevar el ritmo alto de vida que te gusta y para pagarte cierto vicio que se mete por la nariz que es muy caro de mantener.

Travis hizo una pausa para coger aire y también se cruzó de brazos.

—También sé que tienes la mano muy larga y después de follarte a tus clientes les desplumas. Así que te voy a dar un consejo.

—Cuál… —susurró con miedo.

—¡Firma los putos papeles de una jodida vez y desaparece de mi vida para siempre!

—¿Y si no?

—Si no lo haces solo tengo que hacer una llamada y todas las pruebas que el investigador tiene en su poder estarán esta misma noche en la comisaría más cercana y tú mañana dormirás en un calabozo.

—No serás capaz —le dijo amenazante.

—Ponme a prueba. Ve a por los papeles ahora mismo. Si en diez minutos no los tengo firmados en mi mano, haré esa llamada.

No la dejó ni contestar, agarró la puerta y se la cerró de un portazo en las narices.

—Joder… —dije.

—La hostia —dijo Wyatt

—Madre del amor hermoso —añadió Helen.

Travis se dio la vuelta y nos miró uno por uno. Todos estábamos preocupados y alucinados al mismo nivel.

—¿Hijo, estás bien?

—Estoy bien, mamá.

—¿Cómo no me dijiste nada? —le dijo Wyatt.

Se encogió de hombros. Todos nos dimos cuenta de que no quería seguir hablando del tema. Que estaba bien o eso aparentaba era verdad pero que lo tenía que haber pasado muy mal cuando se enteró de la vida que llevaba Savannah en las Vegas pues también.

—*Macaron*, ¿un dulce?

—Hoy hasta voy a levantar la mano y te voy a dejar comer los que quieras antes de la cena —Todos, incluido él mismo, se echaron a reír al oírme y a la vez retomamos el camino a la cocina.

Capítulo 32



Cerré los ojos con fuerza a la vez que intentaba respirar. No lo conseguí.

Otra arcada subió por mi garganta. Ahí supe que en esa ocasión sería incapaz de retener lo poco que tenía en el estómago.

Un zumo eso era lo que había bebido, o intentado porque en realidad más de la mitad se había quedado en el vaso solo medía hora antes.

Salí corriendo de la cocina y a duras penas llegué al baño que estaba nada más salir en la puerta de al lado.

Bueno, más que un baño era un aseo. Que solo tenía un lavabo y una taza, que hacía el servicio perfecto cuando lo necesitábamos y no queríamos subir a la planta de arriba.

Me arrodillé con esfuerzo en el frío suelo y sin poder contenerme más dejé que mi estomago se vaciara.

Un par de minutos después y agotada por el esfuerzo me quedé sentada en el suelo y apoyé la espalda en la pared.

Suspiré. Una vez. Dos.

—*No puedes seguir sin saberlo* —susurré hablando conmigo misma.

Llevaba más de diez días así. Los primeros dos días pensé que algo me había sentado mal, pero cuando el cuarto día volvió a pasarme lo mismo que los días anteriores por la mañana.

Me dije a mí misma que eso ya no era normal. Y no lo era. O sí lo era, si mis sospechas se confirmaban.

Era una cría de veinte años, sí, pero no era tan inexperta en la vida para no saber o sospechar más bien que algo pasaba dentro de mi cuerpo.

Y no solo porque llevara con nauseas por la mañana todos esos días sino porque el último mes no me había venido el periodo.

La verdad es que estaba muerta de miedo. No porque no quisiera ser madre, porque eso siempre lo había tenido claro. Desde que era una cría le había dicho a mi padre que me gustaría tener una gran familia.

Hombre, no con diez hijos, pero sí al menos con tres o cuatro. Pues mira lo mismo el primero está en camino, me dijo una voz en mi cabeza.

El miedo que sentía era porque si de verdad lo estaba no tenía ni siquiera una ligera sospecha de cómo se lo tomaría Wyatt.

Que estábamos bien, pues sí. Que estaba viviendo un sueño junto a él, pues sí. Y que estaba enamorada de él como nunca en la vida pensé que lo estaría de un hombre y que lo quería con locura, pues también.

¿Él también me amaba? Pues sinceramente, no lo sabía. Yo pensaba o esperaba más bien que así fuera.

Con palabras no me lo había dicho, ni yo a él tampoco que conste, pero eso era por miedo a ver en sus ojos que él no podía contestarme de la misma manera.

Aunque su manera de comportarse conmigo, me gritaban casa día que sí, que sí que me quería.

Hacía cinco meses que había llegado al rancho. Solo cinco meses y a mí me parecía toda una vida. Me había adaptado tan bien y tan rápido a esa vida que era como si mi corazón hubiera encontrado por fin su lugar y por eso estaba en paz.

Ya no me pesaban los recuerdos de mi vida en Annecy. Todos ellos en los que siempre estaba mi padre me hacían sonreír y no tener ese nudo en el pecho que al principio no me dejaba ni respirar.

Ya cinco meses que estaba allí y Wyatt poco más tres desde que había regresado herido al que un día fue su hogar y según sus palabras ahora lo volvía a ser.

Y desde que Travis ideó ese plan absurdo para dejarnos solos en la casa y que limáramos asperezas casi tres meses atrás, estábamos juntos.

Ni una sola noche desde entonces habíamos dormido separados. Y durante el día poco lo hacíamos también.

Wyatt estaba recuperado casi al cien por cien. Solo le quedaban dos semanas de rehabilitación en el brazo, que el médico se lo había mandado más por prevención de futuras recaídas que porque realmente lo necesitara.

Y la herida de la pierna había curado del todo. Pero como vaticinó, le había quedado una ligera cojera, apenas perceptible a la vista.

Mucho te tenías que fijar al verle caminar para darte cuenta de que el paso con la pierna derecha, que era la dañada, lo daba un poco distinto al de la izquierda.

Tan bien estaba que ya llevaba los últimos quince días acompañando a Travis a los campos montado a caballo para ayudarle con el ganado.

Mientras ellos dos trabajaban en los campos, Helen se ocupaba de su querido huerto y de las tareas de la casa.

A esas tareas me unía yo para ayudarla en cuanto terminaba de hacer la comida y la ración de dulce diario, ese nunca faltaba. Pues menudos eran mi cuñado y mi marido, como para dejarles sin su dosis diaria.

Mi marido… Aún sonreía al pensar en ello. Y es que mira que a Travis no se le podía haber ocurrido una idea más descabellada que como él no podía hacerlo porque no era libre, que casarnos sin el consentimiento de ninguno, lo hizo con su hermano.

Ese tema no lo habíamos vuelto a tocar. Wyatt no me había vuelto a pedir que lo arreglara como hizo el primer día que nos conocimos y yo sinceramente tampoco había hecho nada. Simplemente eso se había quedado ahí como algo que pasó y ya está.

Aunque sí que era verdad que como esos días posteriores a cuando nos conocimos y al estar tan perdida y dolida por todo lo que me dijo, como sabéis había pedido a un abogado que me redactara los papeles necesarios para divorciarnos.

Pues esos papeles me llegaron. Pero no dije nada a nadie, los guardé en una de las maletas que traje el día que llegué y que estaban en el altillo del armario de la habitación que había usado antes de mudarme a la de Wyatt, y allí seguían.

Tenía la esperanza de no tener que usarlos nunca, pero quien sabe lo mismo las cosas se torcían y no me quedaría más remedio que retomar mi plan de marcharme.

Que no quería hacerlo por nada del mundo. Pero en esta vida nada es seguro. Bueno, eso no era del todo cierto porque había dos excepciones, una era nacer y otra morir.

Esas eran las dos únicas cosas de las que pueden estar seguras todas las personas de este mundo. De que nacíamos y moríamos.

Lo demás era puro azar, suerte o destino, que puede cambiar en cualquier momento, quiera uno o no. Y si alguien dudaba de mis palabras que se lo preguntaran a mi querido Travis, que ese si sabía lo que era llevarse un buen palo en el corazón por amor.

Todavía me estremecía cuando se me venían algunos días los recuerdos de Savannah y de todo lo que había hecho. No me entraba en la cabeza cómo había tirado su vida por la borda de una manera tan tonta, o al menos así lo veía yo.

Lo tenía todo. Un hombre que la adoraba por encima de todo, eso me lo había dicho el mismo Travis. Pero cualquiera del rancho al que le preguntaras, sobre todo a los veteranos, te lo decían igual.

Pues eso, tenía a Travis a sus pies, a unos padres magníficos y una vida en el rancho que era de ensueño. Pues no a ella eso no la pareció suficiente quiso más.

Y por su ambición había terminado de una manera que era como poco para echarse las manos a la cabeza.

En Las Vegas. Sola. Debiendo dinero. Enganchada a las drogas. Prostituyéndose y robando para pagar tanto ese vicio como el de vivir a todo tren que era lo que le gustaba.

Sinceramente era para sentir lástima por ella o eso pensaba yo.

Al menos Travis con esa amenaza que la hizo el día que se presentó en la casa y que lo único que quería de él era enredarle pensado que aun la seguía amando, consiguió que firmara los papeles del divorcio de una santa ver.

Lo hizo al día siguiente de la bronca y de que descubriéramos todo, ella no, pero su padre se acercó a la casa y le dio a Travis en sobre donde estaban todos los papeles firmados.

Y de paso le dijo que se quedara tranquilo que su hija no le volvería a molestar, que de eso se encargaba él.

Así que ahora Travis tenía el camino libre por si en un futuro él quería rehacer su vida y casarse con otra mujer. Aunque sinceramente al menos de momento no le veía yo mucho por esa labor.

Habíamos hablado muchas veces del tema y él siempre me decía que no volvería a enamorarse ni a casarse nunca con otra mujer.

Yo en esas conversaciones me reía mientras él me miraba indignado y le decía que eso al menos lo de enamorarse no estaba en sus manos.

Si estaba de pasar, pasaría y él no podría evitarlo, igual que me había pasado a mí con su hermano. Y mira que se comportó como un borde y un cabrón conmigo cuando nos conocimos pues aun así no había podido evitarlo.

Me había enamorado de él como una loca. Y es que el corazón no entiende de peticiones solo de sentimientos y contra esos no se puede luchar, solo se acepta.

Suspiré por ni sabía cuántas veces esa mañana desde que me había levantado al alba para hacer el desayuno para todos y me levanté del suelo.

Me acerqué al lavabo y me lavé la cara y los dientes. Me quedé dudando unos segundos y antes de pensármelo más porque si no, no lo haría alargué la mano y cogí una pequeña bolsita que había puesto encima de un armarito que había en una esquina donde estaban las toallas.

En ella había una prueba de embarazo que había comprado en Bozeman tres días atrás cuando fui con Helen a comprar algo de ropa de más abrigo que me haría falta.

Estábamos ya en diciembre y no es que hiciera un frío polar, pero sí que apretaba con fuerza sobre todo a primera hora de la mañana.

Mientras ella entraba en el banco cuando salimos de unas de las tiendas de ropa, yo le dije que iba a mirar a la floristería que estaba enfrente unos esquejes de especias, y ahí entré en la farmacia que estaba solo a dos locales de distancia.

Me apoyé en el lavabo y leí las instrucciones dos veces para estar segura de hacerlo bien.

Lo hice. Dejé la prueba encima del lavabo y me senté en la taza a esperar a que pasaran los cinco minutos que ponía en el papel que había que esperar.

Cinco minutos que de verdad que me parecieron cinco horas de lo largos que se me hicieron, y eso era debido a los nervios que tenía dentro, esos nervios que me estaban destrozando más que las náuseas.

Terminado el tiempo de tortura cogí la prueba y soltando el aire que estaba conteniendo la miré. Y menos mal que seguía sentada sino me habría caído redonda.

Positivo. Bien clarito se veía.

Estupendo Alma, ahora a ver cómo se lo dices al capitán, guapa, me dije mientras negaba con la cabeza.

Salí del baño. Entré en la cocina otra vez sintiéndome mejor que cuando había salido. Al menos con respecto a lo físico. Porque mentalmente estaba que no estaba. Tenía la cabeza tan llena de pensamiento que parecía una olla a presión a punto de explotar.

Capítulo 33



Estaba batiendo claras tan concentrada o perdida en mis pensamientos que no escuché cómo la puerta de la cocina se había abierto y había dejado de estar sola en la cocina.

Solo me di cuenta de ello cuando delante de mi vista en la isla de la cocina apareció de repente una cesta con varias verduras.

Me sobresalté un poco y levanté la vista de golpe.

—Alma, hija, ¿qué te pasa? Llevas unos días que parece que estás en la inopia.

Pues toda la razón le tenía que dar a Helen que era la que me acaba de preguntar eso.

Porque llevaba dos días, justo los que sabía que estaba embarazada que no parecía ni yo. Estaba distraída. Tanto que hasta dos postres se habían arruinado y eso jamás me había pasado, ni siquiera siendo niña se me había quemado nada. Y me daba una rabia…

Y no solo distraída, también seguía muy revuelta y pensativa a todas horas.

No había podido dejar de darle vueltas a la cabeza el cómo le diría a Wyatt que estaba esperando un hijo suyo, ni tampoco había podido dejar de martirizarme pensando en cómo se lo tomaría.

Dos días desde que lo sabía y no me había atrevido todavía a decírselo. Ni a él ni a nadie.

Me parecía justo que fuera él el primero en enterarse, y como no me había atrevido a decírselo porque estaba aterrada pues a los demás tampoco.

Que sabía de sobra que si se lo contaba a Travis me guardaría el secreto hasta que reuniera el valor necesario para hablar con su hermano, pero tampoco había hablado con él.

Tanto Travis como Wyatt llevaban tres días a tope de trabajo en los campos preparando todo para la tormenta de nieve que habían pronosticado que llegaría en dos días, y no había querido molestarle, o más bien preocuparle.

—Estoy bien, solo un poco revuelta, creo que he cogido frío y estoy incubando un catarro.

Le dije lo primero que se me ocurrió, a ver que me daba mucha cosa mentirle. Helen era como una madre para mí y la adoraba, pero es que de verdad que esa situación me estaba desbordando y no sabía ni qué hacer ni qué decir.

—Es que hace malísimo. Hay verduras que estaban todas llenas de escarcha —dije con pesar—. Al final se echarán a perder.

Me quedé pensando unos segundos y una idea genial me llegó de pronto a la cabeza.

—Deberías mandar construir un invernadero.

Me miró con los ojos brillantes.

—¿Un invernadero?

—Claro. En verano protegerá a las verduras más delicadas del sol directo y en invierno no se echarán a perder las que no aguantan estas bajas temperaturas.

—Dios mío Alma, es una idea fantástica.

La miré sonriendo y ella hizo lo mismo.

—Se lo comentaré a los chicos a la hora de la comida. Desde luego sitio tenemos y en hacerlo apenas se tardará nada.

—Puedes tener las dos cosas, el huerto y el invernadero y repartir la plantación según las necesidades.

Asintió. El resto del tiempo hasta que llegaron los chicos a comer lo pasamos las dos juntas en la cocina.

Yo terminando la comida, un guiso de carne con patatas y otras verduras, y un bizcocho mármol que era lo que tenía pensado hacer ese día desde que me había levantado.

Y ella, libreta en mano, dibujando un diseño del invernadero que quería. Así como una lista de las verduras, hortalizas, frutas y especias que debían ir en un sitio u en otro.

Sonreí varias veces al verla tan emocionada con el proyecto, ya que parecía una niña chica, haciendo la lista de regalos para navidad.

Al menos esa charla me sirvió para dejar de pensar por un rato en el problema que tenía encima.

La puerta de la cocina se abrió. Wyatt y Travis entraron con pasos cansados y después de saludarnos a las dos con un beso cada uno, se sentaron en los taburetes, o más bien se desplomaron en ellos.

—Parece que venís de la guerra —les dijo Helen.

—Había días allí que no eran tan agotadores, te lo aseguro —contestó Wyatt.

—Mierda de tiempo, nos está jodiendo bien. Vamos a contrarreloj. Es que cambiar a todo el ganado de sitio en solo tres días es una locura y encima nos queda reforzar las cuadras.

—Travis, vamos bien, no te agobies.

—No puedo evitarlo, no podemos permitirnos que le pase algo al ganado cuando llegue la tormenta.

Mientras estaban hablando yo le había ido poniendo un plato de comida delante a cada uno que les hizo suspirar y sin demorarse ni un segundo los dos atacaron el guiso como si llevaran semanas sin probar bocado.

—Todo irá bien, los chicos y Liam saben lo que hacen sin necesidad de decírselo —dijo Wyatt para intentar tranquilizarlo.

Travis asintió un poco más relajado.

—¿Qué tienes ahí en esa libreta?

Helen y yo nos miramos y sonreímos. Le hice un gesto con la cabeza para decirle venga díselo así se olvidarán un poco del ganado y estarán distraídos pensando en otra cosa.

Helen le pasó la libreta a Travis para que viera todo lo que había dibujado y apuntado en ella.

Un par de minutos después levantó la cabeza y sonrió satisfecho.

—Es una idea magnífica.

—¿Qué es? —preguntó Wyatt.

—Un invernadero, mira, ha diseñado como iría todo y está fenomenal.

Wyatt hizo lo mismo que su hermano y estudió minuciosamente todo lo que Helen había apuntado.

—Estoy de acuerdo, es una buenísima idea.

—La idea ha sido de Alma.

—*Macaron*, pues has tenido una idea cojonuda. En cuanto pase la tormenta nos pondremos a ello.

Wyatt me miró sonriendo y me guiñó un ojo.

Mi idea hacía feliz a su madre y por consiguiente a él, que era un hombre muy protector con su familia como ya había demostrado cuando pasó lo de Savannah con su hermano.

En eso me recordaba mucho a mi padre.

Él tenía ese mismo instinto protector conmigo y siempre a todas horas o por cualquier cosa estaba pendiente de que no me faltara de nada o de que estuviera bien en todo momento.

Mi padre.... Seguía echándole muchísimo de menos.

Pensaba en él a diario. Siempre recordando los buenos momentos de toda nuestra vida. En casa viendo películas. Los paseos por la orilla del lago. Pero sobre todo en la pastelería que era donde más horas habíamos pasado juntos.

Era imposible no pensar en él cuando hacía todos los días los distintos dulces.

A la cabeza se me venían el momento en el que le hice por primera vez, o como me iba diciendo las medidas exactas. Explicándome siempre todo con esa paciencia infinita que le caracterizaba.

Desde que me había enterado de que estaba embarazada estaba más melancólica de lo normal. Cuánto me hubiera gustado compartir ese momento con él.

En mi mente imaginaba cuánto le hubiera gustado sujetar en sus brazos a su nieto. Y cómo pasado el tiempo le sentaría a su lado y le pondría como había hecho conmigo a batir o a decorar de mil maneras todos los dulces.

Sacudí un poco la cabeza para sacar otra vez esos pensamientos de mi mente, esos que hacían que mis ojos se llenaran de lágrimas ya que solo eran pensamientos que nunca podrían hacerse realidad.

Serví otro plato lleno de guiso y se lo puse a Helen delante. Los tres seguían hablando entusiasmados del proyecto del invernadero.

Sonreí. Verlos así compartiendo como una verdadera familia esas charlas tan amenas a la hora de la comida o en cualquier otro momento me encantaba.

Y lo mejor era que a mí también me consideraban ya parte de esa familia y siempre me incluían en todo.

Me di la vuelta otra vez hacía los fogones con un plato en la mano para servirme mi plato. No es que tuviera mucha hambre ya que seguía con el estómago fatal, pero comer tenía que comer, así que haría un esfuerzo.

Dejé el plato en la isla, que era donde solíamos comer siempre y justo cuando me iba a sentar, el timbre de la puerta de la calle sonó.

Travis hizo el amago de levantarse.

—Sigue comiendo, voy yo.

—No me importa de verdad, siéntate tú que no has empezado.

—Travis termina que ya voy yo, por favor.

—Gracias, *macaron*.

Asentí sonriendo.

Me quité el mandil que tenía puesto antes de salir y lo dejé apoyado en la silla en la que al volver me sentaría.

El timbre volvió a sonar justo cuando llegué a la puerta. Me di prisa en abrir para que quien fuera no tuviera que volver a hacerlo o esperar más.

Cuando me fijé en la persona que estaba en el umbral de la puerta un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Era una mujer. Una mujer vestida de uniforme. Nada más verla supe que venía a buscar a Wyatt y algo en mi interior me dijo que para mí no sería nada buena esa visita.

—Hola.

Fue lo único que pude decir por lo impactada que estaba.

—Hola, quería ver a Wyatt, vive aquí ¿verdad?

—Así es.

Me moría de curiosidad por saber quién era, o que venía de decirle a Wyatt. Pequé de meterme donde no me llamaban, puede, pero es que no me pude resistir.

—Voy a avisarle. ¿Quién le digo que le busca?

—Es verdad, que ni me he presentado. Perdona es que estoy un poco nerviosa.

Y era cierto. Sus ojos, su gesto y el movimiento de su cuerpo la delataban. Estaba nerviosa, bastante diría yo.

—No pasa nada. Yo soy Alma —dije alargando la mano.

—Encantada. Yo soy Lainey—contestó estrechándome la mano.

—Pasa, estábamos comiendo —le dije con un gesto de la mano.

—No sé…

La vi dudar, pero finalmente dio un paso al frente y cruzó el umbral.

—¿Erais compañeros?

—Sí, hasta que le pasó lo del accidente. Pero también soy mucho más.

¿Mucho más? Madre mía… Tragué saliva o lo intenté.

—¿Más?

—Soy su prometida. Hace meses que no nos vemos porque he estado de misión, debería haber vuelto el mes que viene, pero las cosas se han adelantado. Pero él no lo sabe. He venido a darle una sorpresa.

Me quedé congelada en el sitio. Y hasta el color de la cara se me tuvo que ir, porque el aire no me llegaba a los pulmones y él corazón se me había parado, además de roto.

Sí, así lo sentía. El corazón roto, destrozado y totalmente partido en mil pedazos.

Su prometida…

Cerré los ojos un segundo y los flashes del día que nos conocimos llegaron a mi mente a toda velocidad.

Sus frases, lo enfadado que estaba. Cómo le dijo a Travis que le había jodido la vida. Cómo dijo bien claro que él tenía planes.

Bien… Pues ya sabemos cuáles eran esos planes. Casarse con su pareja, esos eran.

Capítulo 34



Noté como una mano me tocaba el brazo con delicadeza.

Abrí los ojos y vi que había sido Lainey que me miraba un poco preocupada.

—¿Oye, estás bien? Parece que vas a desmayarte.

Pues mira eso no lo descartaba, desmayarme, morirme o teletransportarme si hubiera podido de allí a millones y millones de kilómetros de distancia.

Forcé una sonrisa.

—Sí, es que estoy un poco acatarrada.

Me soltó el brazo y asintió. Le pedí con un movimiento de la cabeza que me siguiera.

Caminó a mi lado hasta la cocina. Cuando abrí la puerta los tres seguían hablando del invernadero, pero al oírnos entrar giraron la cabeza a la vez hacía nosotras como si estuvieran sincronizados.

Lainey al ver a Wyatt no perdió el tiempo. Con pasos rápidos se acercó hasta él, le agarró la cara con las dos manos y lo beso en los labios. Y ahí ya quise morirme del todo.

No sé si le devolvió el beso porque no quise mirar demasiado, pero desde luego que no la retiró.

El silencio en la cocina se impuso de una manera aterradora. Nadie decía nada. Nadie se movía. Nadie era capaz de reaccionar ante lo que acababa de pasar. Desde la puerta miré a todos por turnos.

Primero a Helen. Su cara era un poema y en sus ojos había mucha confusión, pero también consternación.

El siguiente al que miré fue a Travis. Miraba a su hermano de una manera que… si le hubiera podido partir la cara allí mismo lo hubiera hecho. Sus ojos destilaban confusión, pero también enfado, mucho enfado.

A la siguiente a la que miré fue a Lainey.

Ella era ajena a las miradas de todos ya que solo tenía ojos para Wyatt que era al que tenía delante y al que miraba con amor.

Dios mío. Mi corazón cada vez iba más y más deprisa y un sudor frío me recorría el cuerpo. Aparte de que las náuseas habían vuelto y tenía más ganas de vomitar que nunca.

Los últimos ojos que busqué fueron los de Wyatt. Los encontré, pero solo dos décimas de segundo ya que me retiró la mirada.

Y eso ya me dijo todo lo que necesitaba saber. Lainey no había mentido, era de verdad su prometida. Por lo tanto, os podéis suponer quién sobraba en esa ecuación.

Así que hice lo que tenía que hacer, marcharme de allí.

Di dos pasos atrás y salí de la cocina cerrando la puerta a mi espalda. Como pude, porque me encontraba realmente mal, di un paso, luego otro y otro más hasta que llegué a las escaleras.

Me agarré al pasamanos con las manos temblorosas y subí hasta mi habitación.

Me senté en la cama totalmente abatida. Sin pedir permiso las primeras lágrimas empezaron a caer por mis mejillas sin control.

Me llevé las manos a la cara y me la tapé con ellas. Cerré los ojos con fuerza, el dolor que estaba sintiendo en ese momento no se podía describir con palabras.

Pero al haber cerrado los ojos fue todavía peor, porque cientos de imágenes empezaron a pasar por mi cabeza a toda velocidad.

El primer día que nos conocimos. La discusión. Sus duras palabras. Cómo me pidió una y otra vez que lo arreglara, ahora ya sabía por qué.

Los días posteriores esquivándole. El día que nos quedamos solos. El primer beso. Mi primera vez y todas las que habían venido después. El cómo me miraba. Lo bien que me trataba.

Todo. Todo se me vino a la mente.

¿Qué había sido yo para él? Me pregunté. Un entretenimiento hasta que retomara su vida. Hasta que sanara del todo. Hasta que ella volviera.

Ella… Con ella era con la que de verdad quería casarse. A la que sí que se lo había pedido. Yo solo era un plan. Una imposición. Una carga.

Me llevé las manos al vientre y el llanto se intensificó. Dios mío ¿qué iba yo a hacer ahora en el estado que estaba? ¿Dónde iría?

Porque desde luego allí no podría quedarme viéndole hacer su vida con otra mujer, aparte de que el primero que no me dejaría quedarme sería él. La amante y la mujer no pueden convivir bajo el mismo techo, eso estaba claro.

Camille… En ella fue en la que pensé.

Estaba segura de que me tendería su mano y me ayudaría en lo que hiciera falta. Ella seguía siendo mi amiga. Ella una vez más sería mi gran apoyo.

—*Sí, me iré con ella, nos iremos con ella* —susurré hablándole a mi hijo.

Llamaron a la puerta. Con prisas me limpié las lágrimas de la cara. No quería que nadie me viera llorar, no quería que me vieran rota, no quería volver a dar pena a nadie.

Di paso. La puerta se abrió y por ella aparecieron Travis y Helen. Ambos traían una cara que era para hacerles una foto y enmarcarla.

—*Macaron*, ¿estás bien?

Una risa amarga se me escapó sola.

—Sí, claro.

—Tú eres tonto, ¿qué pregunta es esa? Pues claro que no está bien.

—Joder es que no sé ni qué decir —dijo pasándose las manos por la cara, muy nervioso.

Helen se sentó a mi lado en la cama y me agarró la mano. Travis hizo lo mismo por el lado contrario.

—Vaya sorpresas que te de la vida. ¿Verdad?

Travis gruñó. Helen suspiró.

—Su prometida —dije riéndome.

Al oírme reír los dos me miraron como si me hubieran salido cuernos. Porque el panorama no era para reírse ni mucho menos. Pero solo había dos opciones: o me reía de mi propia desgracia o me echaba a llorar hasta que se me secaran los ojos.

Y sinceramente estaba harta de llorar. Muy harta.

Los dos seguían callados sin saber qué decir o qué hacer. Supuse que estarían igual de impactados que yo o más.

Porque que a mí no me hubiera dicho que se iba a casar con otra mujer, pase. Pero que no se lo hubiera dicho ni a su madre ni a su hermano, era increíble.

—Esos eran los planes que tenía, los que nos dijo el día que llegó.

—Eso parece —murmuró Travis entre dientes.

—Es que no entiendo cómo no ha dicho nada. Cómo ha podido estar conti…

No dejé que Helen terminara la frase. No quería hablar más de ello. No quería torturarme más. Solo quería que todo terminara. Que el dolor que tenía en el pecho parara. Solo quería desaparecer.

Así que cambia de tema. O más bien hice una pregunta para salir del paso y que Helen no hablara de la no relación que había tenido con su hijo.

—¿Siguen abajo?

Los dos cruzaron una mirada y vi como dudaban si contestar con la verdad o no.

—¿Siguen en la cocina? —volví a preguntar.

—No —susurró Helen.

—Se han ido al hotel que ella había reservado en Bozeman. Para hablar, ha dicho mi hermano —añadió Travis entre dientes.

¿A hablar a un hotel? Me dieron ganas de echarme a reír a carcajadas. A hablar. Claro que sí. Y yo era modelo de pasarela, vamos.

Me levanté de la cama soltándoles las manos.

—¿Dónde vas?

—A comer. Soy la única que no lo ha hecho —dije encogiéndome de hombros

Travis me miró alucinado.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? Sé que le quieres.

Cerré los ojos mientras negaba con la cabeza.

¿Tranquila? No, no estaba tranquila ni mucho menos, aunque intentara aparentar que sí lo estaba. Pero no quería preocuparles más de lo que ya parecían estar.

—Pero él a mí no, y nunca lo hará. Creo que eso ha quedado bastante claro hoy. Que le atraigo pues sí, que me desea pues también. Pero nada más.

—No digas eso, sé que mi hermano siente algo por ti. Joder tiene que sentirlo —dijo cabreado.

—Travis, déjalo por favor. Lo que fuera que hubiera entre nosotros se ha terminado. El seguirá con sus planes y yo con mi vida.

—¿Y cómo crees que sea eso? Seguís casados.

No por mucho tiempo quise contestarle, pero callé.

—Lo arreglaremos. Esto nunca debió de pasar y lo sabes.

Los dos se levantaron de la cama y se acercaron a mí.

—Vamos a la cocina, estás muy pálida necesitas comer.

Asentí y los tres bajamos juntos a la cocina.

Cuando entramos encima de la isla vi que ellos tampoco habían terminado de comer. El plato de Helen estaba apenas empezado. El de Travis todavía le quedaba una buena parte y el de Wyatt estaba parecido.

Allí había dejado el plato y la comida olvidada. Como a mí, pensé.

Alguien podría preguntarse si en algún momento tuve la esperanza de que me eligiera a mí. Pues sí, sí que se me había pasado por la cabeza, o más bien lo había deseado con todas mis fuerzas.

Y esa esperanza estuvo ahí en un rincón. Latente. Pequeña. No visible. Pero estuvo. Pero solo hasta el momento en el que Travis había dicho que se habían ido a un hotel. Ahí se esfumó radicalmente.

Porque si me hubiera querido elegir a mí. Antes de irse con ella a hablar me hubiera dicho algo, lo que fuera. Pero no lo había hecho. Solo me había retirado la mirada. Ese gesto fue el único que recibí por su parte. Ese gesto fue más que suficiente para sacarme de su vida.

Nos sentamos en silencio a comer. Ellos ni idea qué pensarían. Yo, la manera en la que me marcharía de allí cuanto antes.

Porque irme, tenía que irme. Tenía que marcharme y encontrar mi verdadero lugar. Porque al parecer el que yo había creído que lo era, no lo era en realidad. Solo había sido un sitio para sanar, para recuperarme de una perdida.

Y ahora tendría que buscar otro. Esperaba que el definitivo. Uno en el que sanar. Reconstruir mi roto corazón y sacar adelante a mi hijo.

Capítulo 35



Wyatt

Según caminaba con mi hermano a mi lado de vuelta a casa fui perdido en mis pensamientos ya que él iba hablando por teléfono dando instrucciones a uno de los chicos para que fueran adelantando trabajo mientras nosotros comíamos.

Mis pensamientos volaron en todas las direcciones.

Pensé en mi juventud en el rancho. En lo feliz que era allí, en lo mucho que me gustaba en su vida. Pero en como tuve que cambiarla porque era imposible que mi padre y yo nos entendiéramos.

¿Me equivoqué al irme? Puede que sí, o puede que no. Eso ya nunca lo sabría.

Pensé en los años que había pasado en el ejército. En todas las cosas que había vivido allí. En todas las atrocidades que había visto con las que todavía tenía pesadillas algunas noches.

En los buenos amigos que había hecho. Unos retirados ya, unos por decisión propia y otros como yo por obligación. Y otros que no tuvieron ni quisiera la oportunidad de elegir porque no volvieron a casa.

La imagen de la mujer con la que había pasado los últimos tres años de mi vida llegó a mi cabeza. Lainey.

Todo empezó poco a poco. Primero ese respeto al ser su superior. Luego las miradas. Las bromas. La complicidad. Las noches de sexo esporádico. Y cuando me quise dar cuenta, oficialmente ya éramos una pareja o así nos veían todos.

Nos entendíamos. Veíamos la vida de la misma manera. La relación era cómoda. Habíamos visto las mismas cosas. Sabíamos la mierda que esconde el mundo. Mierda que la gente normal ni podría llegarse a imaginar y eso al fin y al cabo une.

Pensé en si de verdad me había enamorado de ella o solo la quería por rutina. Porque si así era, ¿por qué no le había hablado a mi familia de ella?

La respuesta llegó con rapidez a mi cabeza. No, no estaba ni había estado enamorado de ella nunca. Y eso lo sabía porque en esos momentos estaba enamorado. Como un loco. Pero de otra mujer.

De una con la que no había empezado con muy buen pie porque llegó a mi vida en el peor momento.

Llegó cuando perdí mi carrera. Cuando estaba frustrado porque sabía que mi cuerpo no quedaría igual. Y dolido porque a la que consideraba mi pareja y con la que me iba a casar, no porque se lo hubiera pedido sino porque acordamos en consenso que nos parecía el paso más lógico al llevar tiempo juntos, no me había puesto como su prioridad eligiendo su trabajo antes.

Así que cuando llegué a casa tan jodido y me enteré de la locura de plan que había tramado mi hermano casándome con la que en un principio me pareció una niña, me volví loco de rabia y lo pagué con ella.

Ella, Alma, mi niña.

A ella mi hermano la había mentido o engañado de la misma manera que a mí. Con la diferencia que a mí me usó y a ella la salvó.

Pero después de pasarse toda la noche contándome la historia de su vida, de por todo lo que había pasado y de lo mucho que había sufrido, me ablandé. Quién no lo haría ante una situación así.

Ahí me di cuenta de lo mal que me había portado con ella y lo cabrón que había sido diciéndola muchas de las cosas que le dije, barbaridades la mayoría.

Los días siguientes intenté hablar con ella, disculparme, acercarme y tener trato con ella. No me lo permitió.

Pero durante esos días podría asegurar que lo mucho que la observé, lo mucho que la deseé y lo mucho que anhelé que me tratara como lo hacía con mi hermano y con mi madre, hizo que la mirara de otra forma.

Ahí en esos días fue cuando empecé a sentir algo muy fuerte por ella. Algo que cuando conseguí que me dejara traspasar la línea de acercarme a ella, se hizo mucho más fuerte. Imparable. Enorme.

En conclusión, que esos sentimientos se intensificaron tanto que acabé total e irremediablemente enamorado de ella como un loco.

La quería. La adoraba. Y la amaba más que a nada ni a nadie.

El siguiente pensamiento que se me pasó por la cabeza, me hizo sonreír como un tonto. Tenía un plan. Sí, esta vez era yo el que lo tenía y no mi hermano.

Mi plan era que el día de Navidad le daría un regalo que esperaba que aceptara encantada, porque estaba seguro de que ella también me amaba.

No me lo había dicho con palabras. Yo a ella tampoco. Pero nuestras miradas y nuestros cuerpos nos lo gritábamos uno al otro todos los días.

Ese día de navidad le pediría que se casara conmigo. Que aceptara renovar los votos por la iglesia. Que tuviéramos una boda de verdad. No una estampando una firma sin saber lo que hacíamos.

Y esperaba que me dijera que sí, porque quería pasar el resto de mi vida con ella. Quería formar una familia con ella. Quería envejecer a su lado.

—¿Por qué sonríes tanto?

La pregunta de mi hermano me hizo pestañear y volver al presente.

—Nada, cosas mías.

—¿Cosas que tienen que ver con la mejor pastelera del mundo?

Resoplé. Tenía un hermano de lo más cotilla.

Pues esta vez se iba a quedar con las ganas de saber, porque no le contaría nada de mi plan. Era solo mío. Él ya hizo el suyo por su cuenta, pues esa vez me tocaba a mí.

Así que me encogí de hombros y no dije nada.

Cuando entramos en la cocina allí estaban las dos mujeres de mi vida. Mi madre y ella. Alma.

Me acerqué a darle un beso a cada una y a Alma la noté rara, llevaba así unos cuantos días. Solo esperaba que no cayera enferma y es que con las bajas temperaturas que teníamos no sería nada raro.

Lo dejé pasar y me prometí que esa noche cuando estuviéramos en la cama le preguntaría y si no me convencía su respuesta llamaría al médico para que viniera a revisarla.

Nos sentamos a comer y mi madre totalmente entusiasmada con contó la idea que había tenido Alma y los muchos planes que tenía para montar un invernadero.

Llamaron al timbre y fue Alma la que se ofreció a ir a abrir.

Unos minutos después volvió. Pero no lo hizo sola. Lo hizo con la persona al lado que yo menos me esperaba. Lainey.

No habíamos vuelto a hablar desde que yo había sido herido en combate. Y desde que le pedí en la cama del hospital que no se marchara a otra misión, que se quedara conmigo, porque la necesitaba.

No se quedó. Ni siquiera se lo pensó. Se marchó alegando que su trabajo iba por delante de cualquier cosa.

Ahí fue cuando me di cuenta de que no me quería. Que yo solo era una conveniencia. Una comodidad. Así que antes de que se fuera no le dije ni adiós. Ahí di por hecho que lo nuestro estaba acabado, terminado, zanjado.

Pero por lo que hizo nada más verme en la cocina, al parecer ella no pensaba lo mismo.

Se acercó sin que lo viera venir y me besó. Allí delante de mi hermano, de mi madre y lo peor de todo de Alma.

Alma… Estaba seguro de que algo le había dicho Lainey de quien era porque estaba apoyada en el marco de la puerta totalmente pálida y los ojos llenos de dolor.

Antes incluso de que me diera tiempo a reaccionar se marchó.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a por ti.

Mi madre y Travis nos miraban alucinados. Mi madre además tenía un disgusto muy grande en su mirada y mi hermano un cabreo de tres pares de cojones. Normal.

Con el gesto de Lainey besándome habíamos hecho daño a Alma.

—¿Quién eres? —le preguntó mi hermano?

—Su prometida —le contestó sonriente.

Travis gruñó. Mi madre se llevó las manos al pecho y soltó un pequeño jadeo. Y yo me cagué en toda mi puta estampa. Porque ahí me di cuenta de que era de la manera en la que se habría presentado a Alma. Y tendría que estar pensando de todo y nada de ello bueno. Y con toda la razón del mundo.

—Vámonos de aquí, tenemos que hablar —dije levantándome de la silla.

—Tengo una habitación de hotel en Bozeman. Llegué anoche muy tarde y no quise venir a esas horas.

—Bien. Vamos. Hablaremos allí.

La agarré del brazo y tiré de ella hacía la salida de la cocina.

—¿Wyatt?

—Ahora no.

No podía pararme a darles explicaciones. Primero necesitaba cerrar de una vez por todas ese capítulo de mi vida, para poder seguir en paz con la vida que realmente deseaba al lado de Alma.

En el camino no dije ni una palabra por más que Lainey insistió en preguntar.

Llegamos al hotel. Entramos en la habitación y ella lo primero que hizo fue tirarse a mis brazos para volver a besarme. Me aparté. En casa me pilló desprevenido. Pero eso no se repetiría.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? ¿Qué te pasa a ti? Te presentas en mi casa después de meses sin vernos, sin hablar, sin una llamada. Me besas y le dices a mi familia que eres mi prometida después de dejarme tirado.

Paré para reírme, porque es que de verdad que estaba alucinando.

—Sabes que tenía que irme.

—No, no tenías que irte. Quisiste irte que es distinto. Pues si te fuiste ya no puedes volver.

—¿Qué significa eso? —preguntó frunciendo el ceño.

—Que lo nuestro se acabó en aquella habitación de hospital.

Frunció más el ceño y se cruzó de brazos. Lainey podía tener una cara que parecía que era una mujer clamada. Nada que ver con la realidad. Tenía una mala hostia cuando se enfadaba impresionante.

—Siéntate. Vamos a hablar y a dejar todo claro —le pedí.

Se sentó y hablamos. Mucho. Muchísimo en realidad.

Yo le conté cómo me sentí con su abandono. Lo que pensaba de la relación que habíamos tenido. De lo que había vivido esos meses. De mi decisión de dejar el ejército. Del rancho. De mi hermano y de mi madre.

Y de Alma, sobre todo de Alma. De cómo me había enamorado de ella, de lo mucho que la amaba y de los planes futuros que tenía con ella.

Lainey me habló por su parte de lo cansada que estaba, de que también quería dejarlo. De lo mucho que echaba de menos a su familia.

Esa tarde y durante la mitad de la noche hablamos más y con más sinceridad que en todo el tiempo que habíamos estado juntos.

Fue agotador, pero también muy satisfactorio. Quedamos como buenos amigos y con un recuerdo bonito de lo que fuimos. Dos personas unidas por las circunstancias pero que no estaban destinadas.

A mitad de la mañana volví al rancho. Estaba tan agotado, buen en realidad los dos lo estábamos de tanto hablar que acabamos quedándonos dormidos en la cama mientras hablábamos casi antes del alba.

Entré en la cocina y nada más entrar ya noté que algo pasaba. No olía a mantequilla, ni a azúcar, no olía a dulce. No olía a ella.

Mi madre y Travis estaban sentados muy serios en la isla de la cocina, con lo que parecía una infusión en las manos. Mi madre tenía los ojos rojos de haber llorado y la cara de desolación de Travis daba miedo.

—¿Qué ocurre?

Mi hermano no me contestó. Me tiró un sobre deslizándolo por la isla para que lo cogiera. Le miré extrañado.

—Ahí tienes lo que querías.

Fruncí el ceño. Abrí el sobre y al ver lo que era el aire dejó de entrar en los pulmones. Pasé las hojas hasta el final sin leer nada, solo quería comprobar que no era verdad. Que no lo había hecho.

Pero sí que lo había hecho. En la última hoja estaba estampada la firma de Alma.

—Solo falta tú firma. Hazlo y lo llevaré ahora al registro. Esta tarde serás un hombre libre de nuevo.

—¿Dónde está?

Se miraron y negaron con la cabeza.

—¡¿Dónde está?! —repetí.

—Y qué más te da.

—¿Cómo me va a dar igual? —dije indignado.

—Ya tienes lo que querías, déjala en paz.

—Dime dónde está —dije agarrándole por la camiseta, muy alterado.

Travis cerró los ojos un segundo. Y cuando los abrió vi que lo había hecho porque estaba aguantándose las lágrimas.

—Se ha ido —susurró mi madre.

Me giré de golpe hacía ella.

—¿Dónde?

—A Francia. No podía quedarse aquí. No quería quedarse aquí. No podría soportar verte casado con otra mujer.

—¡Ella es mi mujer! ¡La única que voy a tener!

—¡¿Qué?!

Cogí los papeles y del tirón los partí en mil pedazos.

—¡La amo joder! ¡La amo tanto que duele!

—La hostia…

—Una hostia te voy a dar o muchas, como no me lleves ahora mismo a buscar a mi mujer.

—Vámonos ya, joder. Su vuelo no saldrá hasta dentro de una hora. Lo he mirado cien veces y no he ido a por ella porque la quiero y no quería que sufriera más.

Sin decir nada más y a toda carrera, mi hermano y yo salimos de la casa para ir a buscar a la mujer que amaba y amaría toda la vida.

Capítulo 36



Alma

Pasé una tarde malísima. Pero la noche fue todavía peor.

No pegué ojo. Ni cinco minutos siquiera. Nada. Absolutamente nada. Solo estuve tumbada en la cama mirando el techo y por la ventana el reflejo de la luna.

Cuando el amanecer hizo acto de presencia, ya tenía decidido que hacer y cómo.

Bajé la maleta del altillo del armario. La abrí y saqué el sobre con los papeles redactados del divorcio.

No pensé. No dude. Solo firmé.

Hacer eso fue fácil. Doloroso pero fácil. Lo que no lo fue tanto fue escribir una carta a Travis y a Helen. Tardé en hacerlo casi una hora entera. Pero lo hice.

En ella les decía que me entendieran, que por favor me dejaran marchar. Que lo necesitaba y les pedía que no me odiaran por hacerlo.

Les dije que los quería, que los echaría de menos pero que era necesario que siguiera en otro lugar no en uno que me había dado paz y felicidad pero que si me quedaba con los nuevos cambios solo me traerían sufrimiento y dolor.

En la carta les decía que me iba a Francia con Camille. Que los llamaría cuando llegara y que me gustaría que siguieran formando parte de mi vida.

Por último y después de decirles unas cuantas cosas más. A Travis le pedí que le entregara el sobre a su hermano.

Terminada la carta. Cogí una mochila y metí algunas prendas de ropa. Dejé allí mucha, pero en poco tiempo no me valdría así que era absurdo llevármela.

Bajé a la cocina y encima de la isla dejé el sobre y la carta encima.

Antes de salir sonreí entre lágrimas al recordar todos los buenos momentos que había vivido allí mismo. Las charlas. Las risas. Todos los dulces que había hecho. Pero el mejor de todos sin duda era el primer beso que Wyatt me dio.

Con el corazón encogido salí de la casa sin mirar atrás. No, no lo hice. Porque sabía que si lo hacía no tendría el valor para marcharme.

Caminé hasta los campos. El frío de la mañana y la niebla que flotaba en el ambiente se me metía hasta las entrañas, pero aun así no me detuve.

Busqué con la mirada a los hombres que sabía que estarían ya por allí trabajando y cuando localicé a uno con el que ya había hablado varias veces le pedí por favor que me llevara al aeropuerto que tenía una urgencia familiar.

No me preguntó nada. Me llevó sin más y no tendría vida para agradecérselo.

Entré en el aeropuerto y allí me hice lo que pretendía. Invisible.

La gente iba a lo suyo, sin fijarse en los demás. Unos con cara de sueño arrastrando maletas como si pesaran cien kilos. Otros con vasos de café en la mano, imaginé que para intentar que la cafeína les despertara del todo.

Me acerqué al mostrador y pregunté a la chica la mejor combinación para ir a Francia.

Fue muy amable y me explicó todas las opciones que tenía. Me quedé con la más barata, aunque tardara un poco más. Aún me quedaban unos pocos ahorros, pero cuando pagué los billetes mi cuenta se quedó temblando.

En cuanto llegara a Francia buscaría un trabajo con urgencia.

Aún quedaban un par de horas para embarcar así que me pasé por una cafetería y pedí algo de desayuno. Ese día parecía que las náuseas me estaban dando un poco de tregua y necesitaba alimentarme bien.

Una hora y media después ya había pasado los controles y estaba sentada mirando al vacío en una silla de la terminal de mi vuelo cuando la voz de un hombre me sobresalto.

—Buenos días. ¿Es usted Alma Hunter?

Cuando me fijé en que eran de la seguridad del aeropuerto me entró de todo por el cuerpo. Pensé en qué decirle.

En si decir si era Alma Hunter o Alma Moreau. Me decidí por lo primero porque seguramente lo seguía siendo, a Travis no le habría dado tiempo a llevar los papeles al registro, aunque Wyatt los hubiera firmado si ya había llegado a casa.

Era muy temprano y no estaría abierto.

—Sí, lo soy —contesté a media voz.

—Acompáñenos, por favor.

Se me encogió el estómago. ¿Qué estaba pasando?

Miré de reojo alrededor y quise morirme de la vergüenza allí mismo. Toda la gente que estaba allí me miraba. Nos miraba. Me juzgaban.

Me levanté despacio. Cogí mi mochila que la tenía apoyada en el suelo y me la colgué al hombro. Agaché la mirada. Y Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El hombre de seguridad me pidió con la mano que lo siguiera. Y lo hice. Caminé a su lado. Salimos de la terminal y seguimos andando en silencio por un pasillo frío y oscuro por el solo podía entrar el personal del aeropuerto.

Cada segundo que pasaba era peor que el anterior. Mis nervios aumentaban. Al igual que las miles de preguntas que se me pasaban por la cabeza.

Abrió una puerta y me cedió el paso. Entré arrastrando los pies y sin levantar la mirada del suelo.

—Esperé aquí, ahora vendrán a hablar con usted.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué estoy aquí?

—No lo sé. Yo solo cumplo órdenes de arriba.

Asentí, porque no me había mentido. Sus palabras fueron totalmente sinceras. Se marchó y me quedé sola.

Repasé con la mirada el lugar. Era una especie de despacho. Tenía una mesa escritorio, con sillas a ambos lados. Un sofá de dos plazas pegado a la única ventana pequeña y cuadrada que había y una estantería con los que parecían libros de viajes.

Dejé la mochila en el suelo, pero no me senté.

Los nervios que me recorrían todo el cuerpo no me dejaron así que paseé en círculos. Pensando en todo y en nada. Pensé en Travis, en Helen, en mi padre, en Camille y en él, sobre todo pensé en él. En Wyatt.

Los minutos pasaban y nadie venía. Y mis nervios fueron en aumento.

Miré el reloj diez veces en quince minutos. Resoplé la menos veinte veces y me aguanté las lágrimas otras tantas.

Estaba de espaldas a la puerta cuando se abrió. Me giré despacio. Y cuando vi a la persona que estaba allí delante, mirándome, tuve que agarrarme al respaldo de la silla que tenía al lado para no caerme. Wyatt.

Había levantado la mirada al girarme, pero en cuanto vi que era él, la bajé automáticamente.

No quería ver sus ojos. No quería ver cómo me miraba. No podía ver esos ojos que me enamoraron desde la primera vez que los vi. Si los miraba me rompía más. Si los miraba dejaría de respirar. Así que los evité.

—Alma…

No por favor, no digas mi nombre de esa manera. No lo digas como si fuera alguien. No lo digas como si siguiera habiendo algo. Quise gritárselo, pero no pude. De mi boca no salió nada.

Dio dos pasos adelante. Yo uno atrás. Verme hacer eso le hizo detenerse.

—¿Tú has hecho que me traigan aquí? —me atreví a preguntarle.

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesitaba hablar contigo.

Su voz parecía rota. ¿Por qué parecía así?

—Ya firmé. Todo estaba bien redactado. ¿Hay algún problema?

Resopló.

—¿Crees que estoy aquí por los papeles del divorcio?

¿Y por qué más podría estar? Me pregunté.

—No habría otro motivo.

—Sí lo hay.

Fruncí el ceño.

—El abogado dijo que no era necesario que fuera al registro, que con firmarlo era suficiente.

Negó con la cabeza a la vez que daba dos pasos más. Yo no pude dar ninguno, la mesa a mi espalda me lo impedía.

—Esos papeles no van a llegar al registro.

Me tensé entera.

—¿Por qué?

—Los he roto.

—¿Qué? —susurré.

—Los he roto —repitió—. Alma, mírame…

Dios mío. No fue una orden. No fue una petición. Fue un ruego.

Un ruego con la voz rota. Con la voz tomada. Con la voz suave. Esa que usaba cuando me susurraba cosas al oído en la cama después de hacer el amor.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Sin pedir permiso. Sin poder evitarlo.

Cogí aire, ese que apenas me llegaba a los pulmones y lo hice, levanté la mirada y me quedé congelada. Sus ojos, esos azules que tanto quería también estaban aguados.

Dio otro paso. Cerca. Ya estaba cerca. Tanto que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo. Podía oler ese olor tan característico suyo que tenía tan grabado en mi mente que lo reconocería sin abrir los ojos entre miles de personas.

—Wyatt…

Oírme decir su nombre acabó de romperlo.

Sin pensarlo me envolvió entre sus brazos. No me moví. No pude hacerlo. Solo apoyé la cabeza en su pecho y me dejé abrazar.

—No te vayas. Quédate conmigo. Ámame como yo te amo a ti.

Se me cortó la respiración y mi corazón se saltó un latido. Mis manos se movieron solas, estaba segura de ello, porque mi cerebro estaba tan bloqueado que no era capaz ni de pensar, mucho menos de dar órdenes. Agarré con fuerza su camisa.

—Pero…

—No hay peros.

—¿Ella? —me atreví a preguntar.

—Ella fue alguien. Alguien que estuvo. Pero alguien que nunca tuvo ni tendrá mi corazón. Ese solo es tuyo. Lo es desde que mis ojos se cruzaron con los tuyos.

Dios mío de mi vida.

—Quédate Alma, si no me quieres no me importa, yo nos querré por los dos. Pero quédate conmigo por favor.

Se acabó, pensé. No pude seguir callada. No pude dejarle seguir pensando que no lo amaba.

—No te quiero…

Vi cómo cerraba los ojos y negaba con la cabeza con pesar.

—Querer es una palabra muy pequeña para describir lo que siento por ti. Te amo. Te amo con cada fibra de mi ser. Te amé sin conocerte. Te amo ahora. Y te amaré el resto de mi vida.

Sus lágrimas corrían por sus mejillas sin control al igual que lo hacían las mías.

—Quiero que seas mi mujer.

—Ya lo soy.

—No. Lo eres por un plan, no por elección.

Me soltó y dio un paso atrás. Se metió la mano en el bolsillo y sacó algo que dejó dentro de su puño.

Carraspeó.

—Tenía un plan. Iba hacerlo el día de Navidad. Pero el de los planes que salen como los planea, es mi hermano. Así que yo voy a improvisar.

Se arrodilló y abrió la mano mostrándome un anillo precioso. Y al verle hacer eso me llevé las manos a la boca.

—Alma, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres ser mi mujer no solo en papel sino también en el corazón? ¿Quieres formar una familia conmigo? ¿Quieres que mi lugar sea el tuyo?

No dudé. ¿Quién lo haría?

—Sí, sí, sí y sí —contesté afirmativamente a todas sus preguntas antes de arrodillarme frente a él y lanzarme a sus labios.

El beso fue… El mejor que nos habíamos dado. Cargado de sentimiento. Lento. De reencuentro. De Promesas. Pero sobre todo de amor, de mucho amor.

—Vámonos a casa —me pidió.

—Vámonos.

Dimos unos pasos hasta la puerta, pero antes de llegar me paré en seco. No podía salir de allí sin decirle lo que guardaba en mi interior.

—¿Qué pasa? —me preguntó extrañado.

—¿Lo de formar una familia te gustaría que fuera pronto?

Sonreí., y Wyatt sonrío de una manera y con un brillo en los ojos que me hizo soltar el aire que estaba conteniendo.

—Me encantaría. Siempre he querido ser padre. Y si es contigo, cuanto antes mejor. Así tendremos tiempo de tener muchos.

Solté una risita baja.

—En unos siete meses, entonces.

Me miró extrañado.

—En siete meses, ¿qué?

—Llegará el primero.

Se me quedó mirando unos segundos, los justos en los que procesó mis palabras.

—¿De verdad? —preguntó con la voz temblorosa.

Asentí sonriendo.

—Dios, Alma, soy el hombre más feliz del mundo —dijo antes de volver a abrazarme.

Y yo la mujer más feliz del mundo, pensé.

Porque no solo había encontrado mi lugar al haber aceptado aquel plan descabellado de Travis, sino que habían encontrado al amor de mi vida.

Porque Wyatt lo era, era el amor de mi vida. Y también fue mi marido antes de ser mi todo.

Epílogo.



Diez años después…

Oí las risas mucho antes de llegar a la cocina.

Muchas risas. Risas de adultos mezcladas con las de los niños.

Caminé despacio y me asomé sin entrar en la cocina. Al ver la que había formada dentro cerré los ojos y cogí aire.

Cuando los abrí volví a mirar y no pude no sonreír, aunque también quisiera matar a todos los que estaban allí dentro al ver la que estaban formando en mi cocina. En mi territorio. En mi zona de paz. En mi santuario.

Me apoyé un poco en el marco de la puerta en una posición en la que no podían verme y observé a todos los que estaban allí dentro.

Dos adultos. O al menos eso deberían ser. Y siete niños.

Los fui mirando uno a uno. Primero a mi hijo mayor, Henry. Él ya tenía diez años y llevaba el nombre de mi padre. Elección que estuvo tomada antes incluso de que naciera. Sonreí más al mirarle cómo interactuaba con su padre.

Eran dos gotas de agua. Mismo pelo, mismos ojos, mismos gestos y mismo carácter. Era sin duda un mini Wyatt.

A su lado y dando órdenes, como siempre, estaba su hermana. Mi segunda hija de ocho años, Hazel. Ella había salido completamente a mi imagen y semejanza, al menos en el físico. Porque ese carácter autoritario, mío no era.

Wyatt solía llamarla mi generala y ella, lejos de enfadarse, le encantaba y más se crecía.

En una esquina de la isla subidos de rodillas en dos sillas estaban mis hijos de seis años Isla y Jack. Nuestros gemelos y los terremotos de la familia. Si había un problema ellos estaban detrás siempre. Si una trastada se iba de madre, ellos también.

Eran los revolucionarios que traían a Hazel de cabeza porque se quejaba a todas horas de que eran los únicos que no la hacían caso.

Físicamente Jack se parecía a Travis e Isla era una mezcla entre su padre y yo.

Sentado encima de la isla bajo la atenta mirada de su padre estaba nuestro pequeño de tres años Oliver. Otro que era un calco de mi marido, pero solo en el físico. Porque en carácter era igualito a mí.

Oliver era nuestro pequeño, pero solo por un par de meses más. El tiempo justo en el que naciera nuestra hija Emma que estaba en mi vientre durmiendo tan ricamente en esos momentos.

Seis hijos. Seis tesoros. Y seis amores que tenía aparte de mi marido.

La carcajada escandalosa de mi sobrina mayor me hizo girar la cabeza inmediatamente hacía ella.

Lucy. Esa fue la elección de su nombre al nacer hacía ya siete años.

Qué bonita era y qué alegre. Siempre sonriendo, siempre diciendo alguna tontería para hacer reír a los demás. Pero vamos, con los padres que tenía a nadie le sorprendía que fuera así. Era una mezcla perfecta de los dos.

A su lado estaba partiéndose de la risa su hermano, él único que tenía y que así sería para siempre ya que su madre no podía concebir más hijos desde su nacimiento ya que hubo complicaciones y se quedó sin la posibilidad de volver a concebir.

Mi sobrino pequeño se llamaba Cash, tenía cinco años y era una fotocopia en miniatura de Travis. En todo se parecía, en todo.

Repasados los niños, mi mirada se fue a Travis, que no dejaba de reírse más incluso que los niños.

Travis… Mi amigo, mi vaquero, mi salvador. El que siempre estuvo, el que seguía estando y al que tendría que agradecer toda la vida el que hubiera cruzado medio mundo para ir a buscarme. Y el que mediante un engaño necesario como él solía decir, me trajo al rancho.

A mi hogar, a mi lugar y al sitio en el que encontré el amor y en el que cada día que pasaba era más feliz.

Sonreí al pensar en lo que tantas veces me dijo de "Yo no voy a volver a enamorarme" "Yo no voy a volver a casarme"

Pues mira tú por dónde. Estaba casado desde hacía ocho años. Se casó justo un año después de que lo hiciéramos Wyatt y yo por segunda vez.

Pero no podríais ni imaginaros con quién.

Ahí va… Con Camille.

Sí, con mi querida amiga del alma. Con mi hermana de corazón.

De ella se enamoró como un loco igual que ella de él y acabaron casándose en Francia de la misma manera que yo lo hice con Wyatt. Solo que ellos fueron muy conscientes los dos de lo que hacían.

¿Cómo llegó a pasar esto? Pues cuando yo me casé con Wyatt y sin que lo supiera, Travis y sus planes, cómo no, ideó que ella fuera mi dama de honor.

Travis se encargó de todo. De los billetes de avión, de ir a buscarla al aeropuerto el día que llegó y de guardar el secreto hasta el final.

Pero previo a ese día mientras preparaban el viaje se pasaron las horas muertas hablando.

Él del rancho, ella del restaurante. Travis de su pasado con Savannah y Camille de lo jodida que había estado por la ruptura meses antes con el camarero con el que empezó a salir.

Una conversación llevó a otra y así, poquito a poco, se fueron enamorando y el mes que Camille pasó en el rancho de vacaciones y para asistir a mi boda fue el punto que les faltaba para dar el paso.

Ella se tuvo que volver a Francia y Travis quedarse. Siguieron la relación a distancia unos meses, pero era duro estar separados por ocho mil kilómetros.

Así que el rey de los planes se lio la manta a la cabeza y sin pensarlo ni dudar se largó a por ella. Hicieron en Francia lo mismo que yo, para que ella pudiera vivir en el rancho. Se casaron.

Un par de meses después de estar ya en casa celebraron como nosotros una segunda boda, esta vez de corazón como la llamaba mi marido. Y ahí seguían mis amigos, muy enamorados y felices y yo más por verlos así y por tenerlos a mi lado.

Al último que miré fue a mi marido. No lo había dejado para el final porque fuera el menos importante sino porque sabía que en el momento que lo mirara todo lo demás desaparecería durante unos minutos porque no sería capaz de apartar mi mirada de él.

Wyatt seguía igual de guapo o incluso más, igual de imponente e igual de maravilloso que siempre. Era el mejor marido y también el mejor padre.

Como me propuso en el aeropuerto, nos casamos un par de meses después de esa pedida en el rancho rodeados de los nuestros en una boda íntima, pero preciosa.

Nosotros seguíamos queriéndonos como el primer día, aunque tardáramos en decírnoslo. Ese amor siempre estuvo ahí y fue, era y siempre será el que nos ayuda a superar los baches que se nos presentan.

Juntos contra todo, como solía decirme Wyatt.

Unos pasos a mi espalda me hicieron girarme y sonreír. Camile y Helen acababan de llegar del huerto.

Desde que Camille lo vio por primera vez se enamoró de él y desde que vivía en el rancho ayudaba a Helen tanto ahí como en el enorme invernadero que teníamos.

—¿Qué haces ahí en la puerta? ¿Por qué no entras?

Me aparté un poco.

—Compruébalo por ti misma.

—No sé si es buena idea mirar. Y si no lo es menos lo será entrar.

Camille se asomó por la misma rendija por la que lo había hecho yo e hizo un barrido visual a la cocina.

Se retiró de golpe para atrás y me miró con los ojos como platos.

—¿Qué cojones están haciendo?

—Una tarta, creo —le contesté riéndome.

—¿Una tarta? Pues parece que Wyatt se los ha llevado al frente.

Y tenía toda la razón del mundo. Era para grabarles a los nueve. Estaban manchados de harina y chocolate de la cabeza a los pies. Unos con el pelo blanco, otros con berretes de chocolate que se extendía hasta sus camisetas y otros batiendo crema que había más fuera que dentro del recipiente.

—No será para tanto —dijo Helen acercándose para mirar.

Tres segundos fueron los que tardó en separarse marcha atrás y alejarse de la puerta.

—Yo ahí no entro ni bajo tortura.

—Cobardica.

—Cobardica y todo lo que tú quieras, pero no entro. La última vez que estuvieron todos de inventos en la cocina necesité una semana para quitarme los pegotes de masa del pelo.

Camille y yo nos echamos a reír.

Al oírnos reír, Henry, que era el que más cerca estaba de la puerta, la abrió dejándonos al descubierto.

La dos nos miramos y después de encogernos de hombros entramos ya sabiendo que aquello acabaría en desastre.

—*Macaron*, mira todos los pequeños pasteleros que tenemos.

¿Pequeños pasteleros? Una leche para él. Eran pequeños demonios, y él el demonio mayor que los dirigía.

—¿Quién va a limpiar luego todo esto?

—Papá.

—El tío Travis.

Me eché a reír ante la contestación de todos al igual que lo hacía Wyatt al ver la cara de indignación de su hermano.

—Será posible —dijo ante de resoplar.

—Resopla todo lo que quieras, pero quiero ver esto limpio antes de irme a la cama esta noche.

Mientras hablaba me había ido acercando como el imán que era hacía Wyatt cada vez que lo tenía cerca.

—¿Y tú no vas a ayudarlo?

—No —me contestó Wyatt riéndose—. Ha sido uno de sus planes, así que, que apechugue.

—Si a ti te encantan sus planes.

—Solo cuando tienen que ver contigo.

Nos echamos a reír antes de besarnos.

—Gracias a su plan y su mentira eres mía —susurró en mi boca.

—Y tú mío.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora
